ANIA ZAERA

CUÉNTASELO A UN EXTRAÑO

EL DILEMA DE ALMA

SERIE CÓMPLICE

CUÉNTASELO A UN EXTRAÑO

EL DILEMA DE ALMA

ANIA ZAERA

Copyright © 2021 ANIA ZAERA

Todos los derechos reservados

Sello: Independently published
Propiedad Intelectual: M-007346/2021

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Para todas aquellas personas que piensan que hay una canción para cada momento de nuestra vida.

Y para todas aquellas, que creen que el primer amor nos marca de una manera distinta.

¡Espero que lo disfrutéis y os guste!

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
SINOPSIS
nota de autora
PRÓLOGO
1. DURANTE UNA MIRADA
2. LAMENTO BOLIVIANO
3. TE ENTIENDO
4. ME HACES FALTA
5. SI TÚ NO ESTÁS AQUÍ
6. NO ME DOY POR VENCIDO
7. ME VOY
8. NADA SIN TI
9. QUE ME ALCANCE LA VIDA
10. AMIGA MÍA
11. ¿A DÓNDE VAMOS?
12. PERFECT
13. TODO CAMBIÓ
14. ¿DÓNDE ESTÁ EL AMOR?
15. AFTERGLOW
16. SATURNO
17. EL DILEMA DE ALMA
18. NO PLACE
EPÍLOGO
Referencia a las canciones
Agradecimientos

SINOPSIS

Esta es la historia de Alma. Una mujer joven, amante de los animales y con un camionero cerebral que suele adueñarse de su boca en los momentos menos oportunos. Vive en Madrid, es divertida, amiga de sus amigos y feliz con su, algo, complicada vida.

A sus treinta y un años ha sufrido una gran pérdida con consecuencias increíbles. Su adolescencia ha estado marcada por la enfermedad de su padre, pero aun con todos los reveses de la vida es una mujer fuerte e independiente que ha logrado sus sueños. Disfruta de su familia y de la Chupipandi que siempre está ahí para sostenerla.

También es la historia de Rodrigo. Un chico español, afincando en Londres, que ha conseguido el sueño de tener su propia empresa. Es guapo, romántico y siempre ha tenido una vida sin complicaciones.

Los dos son felices, los dos parecen haber cumplido sus sueños. ¿Crees que tienen algo en común? Viven en países distintos, tienen vidas paralelas…

Alma debe tomar una decisión importante y no puede dejar que nada ni nadie, interrumpa su monólogo interior. Pero el destino es caprichoso y suele enviarnos el amor, cuando menos lo esperamos.

El mundo de Alma está patas arriba y necesita la ayuda de alguien imparcial, que le ayude a decidir cuál es el camino correcto.

¿Le pedirías ayuda a un Cómplice sin conocerlo de nada?

Atrévete a adéntrate en el Dilema de Alma y vivirlo en primera persona. ¿Qué me dices? ¿Me acompañas en esta elección vital?

nota de autora

El día que decidí escribir esta novela fue sin pensarlo. Alma y Rodrigo llevaban años en mi cabeza, pero siempre tenía una buena excusa para no lanzarme a escribir. Tengo mucho trabajo, los niños son muy pequeños, no sabré hacerlo, yo no soy escritora… y un sinfín de excusas más.

Pero la pandemia del Coronavirus me mandó a un ERTE de un año y medio.

No, no creas que me puse a escribir al principio. Tuve que pasar más de un año en casa, estudiando inglés, francés, marketing digital… y aburrirme hasta de respirar, para que me lanzara a escribir. Y cuando, por fin, me decido, vuelvo al trabajo.

Sí suena a chiste, pero es cierto, en medio de mi primera creación literaria y superconcentrada porque me estaba encantando la experiencia, mi jefe decide que tengo que volver. Han sido unas semanas caóticas, pero también preciosas.

Estoy orgullosa de haber llegado hasta el final. Cuando escribí el libro, solo pensaba enseñárselo a mis chicas, pero contra todo pronóstico les gustó y me animaron a publicarlo.

No sé si será mi primera y última novela. Espero que no, porque otros personajes ya me están chillando que cuente su historia. Pero si así fuera, gracias por pensar en leerla.

De corazón espero que disfrutes de Alma, Mada, Rodrigo, Mateo, Roberto y compañía.

Una última recomendación.

Si quieres vibrar y sentir como Alma, accede a su lista de canciones y escúchalas en el momento oportuno.

Accede en:

http://www.ania-zaera.com/cuentaselo-a-un-extrano/

Gracias.

Ania Zaera

PRÓLOGO

¡Hola!, ¿tú debes ser…? ¡Ah, cierto!, primera norma: no decirme tu nombre.

Bueno, pues aquí estamos. Si te parece bien, me pediré una valeriana, porque mentiría si digo que no estoy atacada de los nervios. Tú pide lo que quieras, yo invito. En fin, ¿por dónde empiezo…? Seguiré los pasos como se indica en la web:

www.cuentaseloaunextrano.com

Antes de nada, en mi defensa diré que jamás se me hubiera ocurrido que existiera una web en la que, después de hacer un test de compatibilidad, te vieras con un desconocido para contarle un problema, esperando que sus palabras te ayudaran a tomar una decisión. ¡Mucho menos se me hubiera ocurrido inscribirme!

Estaba desesperada tecleando en el buscador cosas como: señales para tomar una decisión, ayuda para decidir, cómo acertar en la vida... De repente, como si de una señal se tratara, la web se materializó.

La verdad es que no puedo decir que no tenga allegados que no sepan el dilema que tengo o que no me hayan aconsejado. La cuestión es que creo que es una de las decisiones más importantes de mi vida y preciso el punto de vista de alguien totalmente imparcial. Necesito una persona que no esté involucrada emocionalmente en mi historia. Puede que sea la elección más trascendental que tomaré en mi vida y no quiero cagarla, perdón, fastidiarla. También he de decirte que me siento extraña y nerviosa con esta situación. Hasta el punto de que no le he contado a nadie nada de este encuentro.

¡Dios! ¡Cómo me enrollo! Me pasa muy a menudo. Tú como en tu casa y con toda la confianza, que todavía no tenemos, córtame cuando veas que me voy por las ramas.

Leo los pasos:

Paso 1: presentarme, ponerte nombre y firmar el contrato de confidencialidad de la web.

Paso 2: contarte mi historia sin tapujos ni miedos y con la mayor sinceridad, como si fueras mi diario y nadie pudiera leerte.

Paso 3: escuchar tus argumentos y tomar una decisión.

Paso 4: volver a vernos para contarte cómo acaba mi historia. Siempre y cuando las dos partes estemos de acuerdo.

Bien, como diría una de las personas más importantes de mi vida: «¡Empieza ya! Y rapidito que se te hace de noche».

Paso 1: Soy Alma, tengo treinta y dos años, soy veterinaria y en estos momentos estoy muy… pero que muy perdida en la vida.

Si te parece bien, te llamaré *Cómplice*. ¡Te viene que ni pintado! Serás mi cómplice en esta historia.

Paso 2: bien, aquí va mi historia…

1. DURANTE UNA MIRADA

Gijón - 2 de agosto de 2020

Estaba contemplando el mar junto a mi perra, desde el paseo marítimo de la Playa de San Lorenzo, a la altura de la escalera ocho. *Cómplice,* si no lo conoces deberías ir. Es espectacular, Asturias es increíble, tiene todo en un solo lugar. Playas salvajes, montañas preciosas, parajes escondidos... Es uno de mis lugares favoritos del mundo.

Ese es el principal motivo por el que agradezco en el alma a los padres de mi amiga Mada que compraran una casa allí. Y, por supuesto, que siempre estén dispuestos a hacerme un hueco como una más de su familia.

¡Al caso! Estaba perdida en mis pensamientos, intentando decidir qué hacer en las dos próximas semanas. Y, sobre todo, si debía llamar a Borja o no. De pronto, mi perra Vanda escapó en dirección a la carretera. Te juro, *Cómplice*, que todo ocurrió en tres segundos: Vanda ladró, corrió, escuché el frenazo de un coche y un golpe seco.

Durante una fracción de segundo, creí que no volvería a ver a mi preciosa galga, color canela y con una mancha negra adornando su cabecita.

Sí, Vanda con «v». ¿Que por qué?

Porque la encontré cuando tenía unos seis meses entre varias matas de lavanda. En el momento en que la acogí entre mis brazos, toda ella temblaba y olía a esa planta. Ahí supe tres cosas: La primera es que alguien no tenía corazón por abandonar a esa pequeña, la segunda que con mi amor conseguiría que confiara en el ser humano, y la tercera que se llamaría Vanda.

Y allí estábamos, siete años después, con el susto en el cuerpo y rogando al universo que mi niña estuviera bien.

Sí, ella estaba bien, no llegó a cruzar la vía. Sin embargo, observé con horror como un chico se agachaba a socorrer a un precioso *golden*

que no tuvo la misma suerte.

Cómplice, ella nunca había salido corriendo así. Por eso, cuando me paré a mirar el mar y me perdí en mi mente, no sujetaba la correa con fuerza. Corrí en su dirección y con premura la agarré para disponerme a socorrer al otro perro.

—Hola, me llamo Alma. Soy veterinaria. Si no te importa, voy a echarle un vistazo. Mientras, necesito que busques si hay alguna clínica cercana.

El chico que tenía enfrente me miraba como si hubiese visto un fantasma. Como parecía estar en estado de *shock*, lo repetí. Esa vez pareció escucharme.

—Hola, me llamo Raúl. Este es Trasto, el perro de mi hermano Rod... olfo —tartamudeó nervioso y abriendo mucho los ojos a causa de la impresión, al comprobar la aparatosa herida que el perro tenía en la pata—. ¡Joder!, ¡mi hermano me va a matar! Dime que se pondrá bien, por favor.

Realmente, *Cómplice*, con todo lo alto y fuerte que era, parecía bastante asustado e intenté tranquilizarlo.

—Creo que Trasto solo tiene una pata trasera rota. Pero necesito que encuentres una clínica para asegurarnos. ¿Entendido?

Sí, soy muy mandona, ya me irás conociendo.

—He visto un veterinario abierto a menos de cien metros. Si me dices cómo cogemos a Trasto te lo agradecería, no quiero causarle más daño.

—Raúl, ¿verdad? —El chico guapo de ojos verdes asintió con la cabeza—. Necesito que lo sujetes por las patas delanteras, apoyando todo su cuerpo sobre tu pecho. Yo me encargo de inmovilizar las traseras. ¿Estás listo?

Me miró sin mucho convencimiento, confesando:

—No, pero cuanto antes lo hagamos mejor para él.

Al entrar en la clínica, una recepcionista majísima y muy atractiva, eso también hay que decirlo, nos atendió. Al momento,

llegaron dos veterinarios para hacerse cargo del perro.

Quince minutos después, salieron para decirnos que efectivamente tenía una pata rota y que debían operarlo.

Quince minutos... ¡solo había pasado un cuarto de hora, *Cómplice*! Y me sucedieron más cosas en ese pequeño intervalo de tiempo que en los últimos diez años de mi vida.

¡Rebobino para que me entiendas! Mientras esperábamos a que los veterinarios salieran a explicarnos qué le pasaba exactamente al perro, hablé con el morenazo:

—Raúl, tranquilo, seguro que Trasto estará bien.

Yo intentaba parecer lo más serena posible, pero la verdad es que en esas circunstancias no es fácil. Y más cuando no puedo entrar a quirófano y hacerme cargo de la situación, debiendo limitarme a esperar noticias.

—Alma, no lo entiendes. Trasto es el mejor amigo de mi hermano. Si le pasara algo, no me lo perdonaría nunca. —Su voz sonaba destrozada—. Apenas tiene tres años, todavía tiene mucha vida por delante. Es genial, divertido, cariñoso y juguetón. ¡No puedo imaginar qué pasaría si...!

Apoyé una mano en su hombro para infundirle ánimos y demostrarle que no estaba solo. Cuando nuestros ojos conectaron, hablé con calma, evitando demostrar cómo me afecta sentirme impotente.

—Raúl, Vanda es mi mejor amiga. Por ello te comprendo y puedo entender a tu hermano, pero de verdad que va a estar bien. Confía en los profesionales que lo están atendiendo.

El chico me seguía mirando como quien ve un ovni y reconozco que estaba empezando a ponerme nerviosa. Observándole con descaro, un pensamiento cruzó mi mente:

«No puede ser ese Raúl, ¿no?».

Creo que la forma en que le estudié hizo que fuera él quien se pusiera nervioso, se levantó de la silla en la que estaba y, alejándose unos pasos, informó:

—Voy a llamar a mi hermano para que venga cuanto antes.

—Sí, será lo mejor. ¿Quieres que me quede contigo a esperar o prefieres que me vaya?

Su contestación me dejó confusa.

—¡¡¡No!!! No puedes irte. —Mi cara debió ser un poema y suavizó el tono tan imperativo que había utilizado segundos antes—. Por favor, espera a que llegue mi hermano. Seguro que querrá darte las gracias por ayudarnos.

Llámame loca, *Cómplice*, pero es que había algo en este chico que me intrigaba. Y como tengo una parte masoca, decidí quedarme un rato más. Raúl se alejó para llamar por el móvil y solo pude escuchar un fragmento de la conversación más rara que había oído en mi vida.

—Hola, Rod... olfo. Tienes que venir a la clínica veterinaria Vistamar. Sí, la que está en la calle detrás del apartamento. Trasto ha visto a una galga y ha salido corriendo, el mosquetón de la correa ha cedido y… ¡¡Sí, joder, está vivo!! —No podía escuchar al otro interlocutor, pero Raúl estaba atacado y levantaba la voz sin ser consciente de que todo el mundo lo miraba—. ¡¡Escucha!! Le ha atropellado un coche, parece una pata rota. ¡Que me escuches, joder! Que la galga es de ella. —Tras algo que pareció una pregunta, Raúl aclaró—: ¡Sí, de ella!

Se hizo el silencio. El chico se dio cuenta de que lo miraba y, disimulando, se alejó más de mí. Añadió algo en voz baja y colgó. Me quedé pensando si hablaban de Vanda y de mí. Supuse que sí y otra idea surrealista apareció para ponerme un poquito nerviosa… Vale, muy nerviosa.

«¿Hablaba con él? No, eso sería una casualidad increíble. Me estoy volviendo loca con todo lo que me está pasando, seguro que es eso». Me autoconvencí y saqué el móvil para evitar la mirada de Raúl.

Cinco minutos después, la espera me estaba superando y me levanté para entablar conversación con la recepcionista. La cual hacía ojitos a Raúl, sin entender que él estaba demasiado preocupado para ser consciente del despliegue de miradas seductoras que ella le dedicaba. Charlábamos sobre el accidente, cuando escuché la puerta abrirse a mi espalda.

Te prometo, *Cómplice*, que si esa chica abre más la boca toca el suelo con la barbilla. Por eso, curiosa de mí, me giré para ver qué la tenía en ese estado. ¡Y ya te digo yo, que la mía sí llegó al suelo!

Allí, delante de mí, estaba él. Un hombre alto, de metro ochenta y cinco, fuerte, moreno, con ese pelo ni largo ni corto, lo justo para tener ganas de enredar tus manos en él, y los ojos color avellana con motitas verdes más intensos que hayas visto nunca. Además, por lo que se intuía debajo de las bermudas caquis y la camisa blanca, estaba musculado. Nada exagerado. Musculado en el sentido de algo marcados los abdominales, definidos los brazos y las piernas.

¡Vamos un *macizorro* lo mire quien lo mire!

Ahora entendía por qué se había quedado en ese estado la chica… ¡y yo! Pero no solo era un chico guapo, nooo. ¡Era él! Rodrigo, mi Rodri, mi Ro. Bueno a ver, *Cómplice*, mi Rodrigo de cuando teníamos dieciocho años y al que llevaba trece años sin ver. Ese que, por aquel entonces, estaba a medio camino entre niño y hombre; y ahora era un hombre en mayúsculas.

Sin embargo, si crees que mi boca abierta como si no tuviera mandíbula que la sujetase a mi cara era de órdago, deberías haber visto la suya.

Al principio pensé que miraba a la *buenorra* de la recepcionista, pero cuando pude recomponerme y volver a parecer una persona adulta y formal, me di cuenta de que miraba directamente hacia mí. Con una intensidad que hizo que todo el vello se me erizara, enviando un pinchazo de excitación directo al centro de mi ser.

Sí, así como te lo cuento, *Cómplice*. Yo es que aquí donde me ves, con carita de no haber roto un plato, soy muy sexual. Y mi mente calenturienta me llevó a pensar que si Rodrigo conseguía eso solo mirándome, ¿qué no conseguiría en las distancias cortas?

Y de esa guisa estaba yo, cuando me percaté que después de años sin vernos, él estaba ahí tan perfecto y yo aquí, con una coleta alta, unos shorts azules algo desgastados y una camiseta básica de tirantes blanca que había vivido tiempos mejores. Rezando a los dioses para que la raya mal puesta que me había pintado en el ojo no se hubiera corrido y pareciera la novia cadáver.

No, no exagero, *Cómplice*. Como ves, mi tono de piel es mortuorio. Con suerte después de mucha piscina, playa y sol, allá por finales de agosto, puedo tener tono nórdico. El cual me dura hasta octubre que vuelvo a mi estado natural, o sea, color fantasma o blanco lejía, como dice la cachonda de Mada.

Rodrigo debió de intuir que mis pies estaban clavados al suelo y decidió acercarse. Nos observábamos en silencio, justo en el momento en que por el hilo musical de la clínica, sonaba el estribillo de *Durante una mirada*, una canción de la Oreja de Van Gogh. Fue una mirada de segundos, en la que el mundo se detuvo y parecía que volvíamos a estar juntos.

Cómplice, siempre he pensado que hay una canción para cada momento de nuestra vida. Soy de las personas que creen firmemente que la música nos habla. ¡Pero coño, no tan claro!

—Hola, Alma. Cuánto tiempo sin verte.

Él pretendía ser amable. El problema fue que, según escuché su voz, se me esfumó el romanticismo y salió la adolescente guerrera de años atrás.

—¡No me jodas! ¿En serio?

Efectivamente, esa soy yo en el momento en que se me apaga el filtro del cerebro y conduce mi camionero cerebral.

—Ya veo que te acuerdas de mí y que te alegras de verme —respondió con una sonrisa juguetona.

Ese gesto, junto a todos los recuerdos que volaron a mi mente en tan solo segundos, hicieron que se me encendiera la sangre y hablara sin filtro en el instante en que, con la cabeza bien alta y la mirada clavada en sus ojos, saludé:

—Hola, Rodrigo. Sí, es lo que tiene desaparecer y no volver jamás. Ahora entiendo la cara de tu hermano al verme. Por cierto, Raúl, ya me explicarás quién es tu hermano Rodolfo.

Vi a Raúl ruborizarse y agachar la cabeza, evitando la mirada reprobatoria que le dediqué. Mientras, Rodrigo soltaba una risotada, lo que hizo que mi ira se desatase. Me giré y, clavando la mirada en este último, aclaré en tono irónico:

»La verdad es que Raúl me sonaba, pero no lo había reconocido. Porque claro, ahora tendrá unos veinticinco años, ¿no? —Sin dejarle hablar continúe mi discurso—. En mi defensa diré que tenía unos doce años la última vez que le vi. Espero que Trasto se recupere completamente y que te vaya bien. Yo mejor me voy. Te diría que ha sido un placer volver a verte, pero sería mentirte y, a diferencia de otros, prefiero ir con la verdad por delante.

Dicho esto, siendo consciente de que la recepcionista volvía a tener la boca abierta, esta vez por mi retahíla, de que Raúl se había quedado a un par de metros sin acercarse y que Rodrigo me miraba conteniendo una sonrisa que me estaba sacando de mis casillas, decidí darme la vuelta y marcharme.

2. LAMENTO BOLIVIANO

Trece años atrás - 4 de agosto de 2007

Mada es como una hermana para mí, las dos somos hijas únicas y, por gracia del destino, nacimos el mismo día, en el mismo hospital y con solo cuatro minutos de diferencia.

Tres años más tarde nos conocimos en el colegio y, desde el momento en que nuestras madres llegaron al dato de nuestra idéntica entrada al mundo, decidimos hacernos pasar por mellizas. Para nosotras es un juego y, aunque somos bastante diferentes físicamente, la gente suele caer en nuestro pequeño engaño.

Mada es rubia, con el pelo rizado y largo hasta media espalda, tiene unos ojos verde esmeralda que hipnotizan a cualquiera, pasa de metro setenta y siempre ha sido de complexión delgada pero atlética. Mucho tiene que ver con que, desde que tenemos uso de razón, adora hacer *running*, natación, bici o cualquier deporte que se ponga de moda.

Yo, como puedes ver, soy mas bien bajita, rozo el metro sesenta de milagro, con el pelo más oscuro que ella, bastante liso, aunque algo ondulado en las puntas y una melena a la altura del pecho, que no me aprecias por el moño mal echo que llevo... Y si algo me gusta de mí, es mi heterocromía parcial. Si te fijas en mis ojos, verás que tienen distintos tonos de azul y marrón, pero perfectamente separados y definidos. Son diferentes y la verdad sea dicha, son muy originales y por eso me encantan. Algo que siempre me ha acomplejado es mi pecho, Tengo poco para mi gusto, pero la naturaleza decidió regalarme estas caderas demasiado anchas para la cintura estrecha que tengo. Aun así, en conjunto soy una mujer con curvas que aprendió a quererse una vez pasada la adolescencia. Aunque tengo que decir que ahora me valoro como debo o, al menos, trabajo a diario en ello, eso lo garantizo. Además, como dice mi madre: «¡Las mujeres deben tener curvas!».

Bueno, como te iba contando, desde que Mada y yo cumplimos diez años, debido a que mi padre comenzó a tener problemas de salud y mi madre tuvo que ayudarlo mucho en las primeras etapas; los

padres de Mada decidieron invitarme a sus vacaciones estivales y se convirtió en toda una tradición.

Cómplice, esa familia elige destino de una manera muy peculiar. Cada año alternan entre mar o montaña. Laura, la madre de Mada, extiende un mapa de España en la mesa del salón. Es un planisferio único porque está dividido en diez secciones. A continuación, mi amiga cubre los ojos de su padre Luis; y este se acerca al mapa para señalar una zona con el dedo. Una vez elegido el cuadrante, investigamos los mejores pueblos que visitar, metemos los nombres en una urna y, finalmente, Mada y yo sacamos un papelito al azar. ¡Así decidimos que pueblo nos toca visitar!

Ese año el destino nos llevó a El Arenal, un pueblecito de montaña en Ávila, cuyo enclave está en la Sierra de Gredos.

Cuando llegamos, después de subir por una carretera de montaña preciosa pero que me dio bastante respeto, ascender y descender varias cuestas, con más pendiente de la que suelo ver normalmente, y maravillarme con algunas de las casas más bonitas que había visto hasta la fecha, divisamos la casa que alquilamos.

Era todo un sueño, una cancela de hierro forjado daba paso a un jardín delantero con un camino de piedras blancas, flanqueado por flores de diversos colores. Recuerdo que era un chalé de una planta, con la fachada de ladrillo color terracota claro y vigas vistas marrón oscuro. Se dividía en cuatro amplios dormitorios, dos baños, una cocina enorme de estilo rústica y un salón comedor presidido por una chimenea de piedra, la cual confería a la estancia un aire hogareño y acogedor. La sala conectaba a través de un ventanal con el jardín trasero. En ese espacio se encontraba la piscina, una barbacoa y un balancín de tres plazas que era la mar de cómodo y del que me enamoré sin poder remediarlo. Me sentía libre cuando me levantaba, me preparaba un café y salía a tomármelo en aquel asiento, con la montaña de frente y aire puro que respirar.

El día que llegamos, según dejamos las maletas, Mada y yo nos fuimos a explorar el pueblo y a buscar la oficina de turismo para hacernos con algo de información de la zona. Nuestra suerte fue que, al llegar a la pequeña caseta de información, atendía una chica superamable, llamada Lucía, que nos explicó todos los sitios que teníamos que conocer. Y lo más importante, para dos chicas con ganas de bailar y conocer gente, nos indicó dónde se reunían los jóvenes del pueblo. Nos comentó que esa noche había una fiesta de ritmos latinos

en la única discoteca del pueblo.

Encantadas con la noticia, dimos una vuelta por la zona antes de regresar para cenar con los padres de Mada y prepararnos para la fiesta.

A las once de la noche estábamos listas para darlo todo. Porque, además de ser jóvenes y estar de vacaciones, bailar salsa, bachata, cumbia y cualquier ritmo latino nos volvía locas, bueno, en eso no hemos cambiado.

Recuerdo que llevaba un vestido ceñido en tonos verdes y azules, con escote en V y unos centímetros por encima de la rodilla. La verdad es que con los tacones de diez centímetros que me planté, estaba estilizada y ni siquiera me pareció que mis caderas fueran tan desproporcionadas en ese momento como mi mente llevaba tiempo advirtiéndome. Recogí mi cabello en una coleta alta, asegurándome que las puntas quedaran bien onduladas para darle movimiento y utilicé un maquillaje suave, con una buena dosis de rímel para realzar el color de mis ojos.

Mi mejor amiga apareció preciosa con un vestido corto marrón chocolate, con escote corazón y unos taconazos beiges de esos de ¡aparta que paso! Estaba despampanante, como siempre.

—Alma, esta noche triunfas. Bueno… triunfamos. ¡Que yo no me pienso quedar atrás!

—Estoy segura de que triunfarás y, también, de que mañana ya estás enamorada de algún lugareño, aun sabiendo que cuando nos vayamos, dentro de dos semanas, ya no lo estarás.

Una carcajada escapó de mi garganta por la cara de enfado de Mada con mi comentario. Aun así, las dos sabíamos que yo tenía razón. Mi hermanita postiza se pasó desde los dieciséis años convencida de que estaba enamorada, a esas alturas yo ya había perdido la cuenta de las veces que la oí decirlo. Pero igual que decía estarlo a los pocos días se desencantaba. ¡Así es Mada! o por lo menos lo era en la adolescencia.

—¡Oye! ¡Que no soy tan enamoradiza! —contestó con los brazos en jarra.

—¿Seguro?

—Bueno, vale, a ti no te puedo mentir, hermanita. —claudicó haciendo que nos diera la risa. Y así, divertidas, nos pusimos en camino.

La casa que alquilamos estaba a las afueras del núcleo urbano, cruzando la Plazoleta, un lugar conocido del pueblo y donde vimos a mucha gente jugando a la petanca, deporte muy extendido en Francia y que por lo visto allí es practicado de forma regular por muchísimos vecinos. Según aprendí se debe a que ese pueblecito está hermanado con uno del país galo y, también, a que prácticamente todo el pueblo tiene algún familiar afincado en Francia, por lo que cosas típicas como el Ricard, bebida que por cierto no me gustó nada, allí es habitual tomarlo en el aperitivo como lo hacen en nuestro país vecino, mezclando ese licor con un chorrito de agua.

En fin, que me lío, según lo que vimos en nuestro paseo de exploración, no debía de haber más de cinco minutos andando desde el chalé hasta la discoteca, por lo que decidimos ir caminando.

Cómplice, en nuestros cálculos iniciales no contamos con los tacones ni con las calles empedradas. Por ello, algo más de quince minutos después, estábamos en el lateral de un edificio compuesto por cuatro pisos. Los dos superiores parecían viviendas, la planta que daba a la calle principal era un bar; y en la más baja se encontraba la discoteca. A esta última se accedía por el lateral, en medio de una gran cuesta, por la que no era fácil bajar con semejantes taconazos. Al menos no, sin parecer un pato mareado. ¡Eso puedo afirmarlo!

Al traspasar una gran puerta superpesada de hierro, llegabas a un pequeño hall con la taquilla y el ropero. Desde allí, cruzando una segunda puerta, esta vez de madera, entrabas en la discoteca. Apoyada en el marco de la entrada divisé todo el interior y eché un vistazo rápido a lo que allí se encontraba. Vi que toda la planta se dividía en dos zonas comunicadas. La primera era una sala con una barra larga que ocupaba todo el lateral derecho y a la izquierda toda la pared eran sillones con mesas pequeñas. Al fondo, cruzando esa sala, estaba la pista de baile con la cabina del DJ.

Cómplice, esa discoteca me encantó. Tenía un aire a los años ochenta superchulo. Todo el techo estaba cubierto de hueveras de cartón, imaginé que para insonorizar, y el suelo tenía una buena capa de serrín, material que hacía años que no veía en ningún bar de Madrid.

Nos fuimos a la barra pensando en pedirnos algo de beber y otear con disimulo. No habíamos recibido nuestras copas cuando hasta nosotras llegó Lucía, la joven del punto de información turístico.

—¡Hola, chicas! Me alegro de que hayáis venido —saludó con una sonrisa sincera.

—Hola, Lucía, gracias por toda la información. Mada y yo adoramos bailar salsa. ¿Te tomas algo con nosotras? —ofrecí para corresponder.

—Gracias, chicas. Hoy no puedo, mañana hay boda y tengo turno doble en los salones para banquetes del pueblo. Pero otra noche sin falta.

Mada y yo la sonreímos, era una chica majísima y sabíamos que nos llevaríamos bien con ella. Mi amiga la abrazó y le aseguró:

—¡Te tomamos la palabra!

Lucía se quedó pensativa unos instantes, echó un ojo rápido hacia la pista de baile y divertida preguntó:

—¿Sabéis qué?, ¿veis a esos tres chicos altos de allí?

Nos señaló un lateral de la pista. Divisamos un grupo de tres y asentimos.

—¿Los que están sujetando el altavoz, no vaya a ser que se pierda? —Esa era mi hermanita con su tono burlón.

—Sí, esos. Id y al más bajito de los tres le decís lo siguiente…

Nos dio la risa. Ella se marchó y nosotras, con ganas de pasarlo bien, nos encaminamos al grupo que nos indicó.

Mada, que no tiene vergüenza ni la ha conocido —para lo que quiere—, se acercó al que parecía un poco más bajo que sus acompañantes y, pegándose a su oído, recitó las palabras de Lucía.

—Pequeño saltamontes, yo no puedo cuidar de estas dos chicas tan guapas y simpáticas. Así que, ya estás invitándolas a una copa y enseñándoles cómo nos divertimos por aquí. Y si te pasas de listo, te

meto ratones en la cama mientras duermes.

La cara del chico era un poema, primero se puso rojo como un tomate para luego estallar en carcajadas.

—¡Qué cabrona es mi hermana! Hola, soy Quique.

Visto de cerca, se parecía bastante a Lucía. Era rubio con el pelo a la altura de los hombros, ojos azules, piel algo más morena que la mía. Aunque se intuía que, en general, era de mi especie nórdica. Medía cerca del metro ochenta y se apreciaba un cuerpo fuerte y fibroso. ¡Vamos, un vikingo *buenorro*!

—Hola, soy Mada y esta es mi hermana Alma.

—Hola, pequeño saltamontes —saludé divertida.

A mi último comentario, le siguió una carcajada a mi izquierda que hizo que me girara y mis ojos se encontraran con el chico más guapo que había visto nunca. Moreno, dos ojos verdes penetrantes, piel tostada y con una altura que rondaría el metro noventa, si no era algo más. Cerré la boca para no parecer muy idiota.

—Hola, chicas. Yo soy Roberto y este es mi hermano Rodrigo —se presentó el morenazo.

—Encantada, Roberto —afirmé.

Tengo que decir, que no miré al tal Rodrigo porque con semejante espécimen en frente, me olvidé hasta de que la Tierra gira.

—Hola, simpática. Soy Rodrigo.

Ese comentario, de lo más sarcástico, hizo que mirara hacia un lado del adonis y mis ojos se encontraran con los de su hermano. También estaba muy bueno, pero es que el primero era como un dios griego.

—Disculpa, Rodrigo, es que viendo semejante *buenorro* se me ha apagado la educación.

Sí, *Cómplice*. Ahí estaba mi camionero cerebral adueñándose de mi boca. Aparece de visita mucho más de lo que me gustaría.

—Ya... y se te ha encendido la loba interior, ¿no? —contestó visiblemente irritado.

No me preguntes por qué, pero en lugar de enfadarme, me entró la risa y todos me siguieron. Bueno, todos menos él…

—Perdona, Rodrigo, ¿verdad? —Asintió con mirada cautelosa—. ¿A que adivino? Sois mellizos y tú eres al pobrecito al que le tocó ser el patito feo y eso jode, ¿a que sí?

La mirada de rabia que me dedicó, seguida de las risotadas de los demás, me hizo comprender que me estaba pasando y de que estaba en lo cierto. Por lo que para suavizar el tema añadí:

—Tranquilo, si lo digo por experiencia propia. Mada y yo somos mellizas y como puedes ver —di una vueltecita sobre mí misma poniendo cara de pena—, me llevo la peor parte.

—¡Joder con la peor parte! —exclamó Quique.

Ese comentario hizo que hasta Rodrigo estallara en carcajadas. Yo, aprovechando el momento, le agarré por el brazo y tiré hacia la barra.

—Venga, que mi comentario fuera de lugar se merece que te invite a una copa.

Le dediqué la mejor de mis sonrisas; Rodrigo aceptó mis disculpas y mi invitación. Y así, empezó la mejor noche de mi vida en la que estuvimos bailando y riendo durante horas.

Esa velada fue muy esclarecedora para lo que vendría los días después. Resultó que Roberto estaba liado con la tía buena del pueblo; y cerca de las tres desapareció. Mada, como era de esperar, se enamoró perdidamente de Quique —nunca entenderé la capacidad de mi hermanita para el enamoramiento prematuro—. Aunque en ese caso empaticé con ella, ya que el chico resultó un vikingo guapo y divertido. Como el flechazo parecía recíproco, se pasaron la noche bailando, dedicándose miraditas y charlando.

Hacia las cinco de la mañana, Quique le dijo algo a Rodrigo, cogió a Mada de la mano y desaparecieron de nuestra vista.

—Quique va a llevar a tu hermana a la calleja, volverán en un

rato. ¿Quieres una copa? —me explicó mi nuevo amigo.

—¿Perdón? ¿A dónde va mi hermana?

Esa noche comencé a intuir que mis caras bordes y mi levantamiento de ceja, a modo de interrogación, a Rodri le hacían gracia o le parecían tiernos, no estoy muy segura.

Sí, a esas alturas ya le llamaba Rodri. ¡No me mires así, *Cómplice*! Me lo dijo él para abreviar, todo el mundo lo llamaba de esa forma.

—Parece ser que tu hermana quiere un par de besos de mi amigo y, para estar tranquilos, han salido a una calle que hay aquí detrás, volverán en un rato —aclaró—. ¿Quieres una copa o no?

—¡La mato, te juro que la mato! Esta chica no tiene cabeza, ¡si se acaban de conocer! Tráeme una copa y mucha conversación para evitar que salga a buscarla y la lleve a rastras a casa.

Mi determinación y la mirada de mala leche que se me puso debieron decirle que hablaba totalmente en serio. Por ello, me acompañó hasta una de las mesas y se fue a la barra a por nuestras bebidas.

Dos segundos después de que se marchara se me acercó un chico de lo más pesado. Solo recuerdo que intentó sacarme a bailar, le dije que no, me sujetó del brazo y, un instante después, estaba sentado en un sofá de la mesa de al lado. En mi forcejeo con el «cansino» no vi llegar a Rodrigo —con cara de pocos amigos— y sentarlo de un empujón.

—¿No te está diciendo la chica que no quiere bailar? Nunca deberías sujetar a una mujer por el brazo de esa manera, pedazo de mierda. Vete antes de que llame a seguridad para que te echen a patadas.

No es que necesitara que me salvaran, bueno, reconozco que con dieciocho añitos tenía menos carácter que ahora, pero contemplar la cara de rabia de Rodri, y ver cómo me defendía, encendió un deseo en mí que nunca había sentido.

En el instante en que nos quedamos solos, escuché que sonaba la canción del verano, *Lamento Boliviano* de Daniel Mata. Con su frasecita de «y yo te amare por siempre». En ese momento, nuestros ojos

conectaron y algo dentro de mí se removió. Un sentimiento extraño que nunca había experimentado. No sabía lo que era, pero me gustaba sentirme así.

—Alma, ¿estás bien?

—Sí, tranquilo, creo que iba un poco borracho, pero estoy perfectamente. —Su cara era de preocupación—. De verdad, Rodri, estoy bien. ¿Te sientas?

Señalé el asiento contiguo y pareció relajarse al colocarse junto a mí.

—Hazte a la idea de que esto os puede pasar más veces mientras estéis de vacaciones por aquí —teorizó algo cabizbajo por lo sucedido.

—¿El qué? ¿Tomar una copa con un moreno simpático y guapo o que un baboso me tire los trastos sin miramientos?

—Las dos cosas. Ahora mismo sois como una especie exótica. Todos os han visto y quieren vuestra atención. Por eso, no te extrañes si en los próximos días ves muchos «pavos reales» a vuestro alrededor.

—Bueno, eso tiene fácil solución. Hacednos de guías turísticos y así matamos dos pájaros de un tiro: Me tomo una copa con un chico guapo y simpático cuando quiera, y evitas que los otros «pavos» nos atosiguen. Porque tu hermano vendría, ¿no?

—Sí que te ha gustado mi hermano. —Su tono sonó de lo más cortante y yo quise aclarar la situación.

—Era broma, tonto, me refería a ti con lo de guapo y simpático. Aunque me encantaría que en algún momento me explicaras, qué problema tienes con el físico de tu hermano. —Por su cara supe que no era el momento—. ¿Quieres que salgamos un rato? Estoy un poco cansada de estas luces.

Se levantó y, apoyando una mano en mi espalda, me guio hacia la salida.

Nos sentamos en unas escaleras de piedra situadas en frente de la discoteca para ver a Mada llegar. Allí nos quedamos hablando, más de una hora, sobre mil cosas. Observé esa zona del municipio y tuve que preguntar por algo que me llamó mucho la atención desde que

llegamos aquella mañana.

—¿Cuántas fuentes hay en este pueblo?

—Ja, ja, ja, muchas. Pero no tengo ni idea de por qué. Lo que te puedo asegurar es que el agua siempre sale bien fresca y es natural.

La fuente que se encontraba a nuestra izquierda era rectangular y con dos chorros laterales. Según calculé rápidamente, era la tercera que veía en algún punto del pueblo y apenas conocía algunas calles. Pensé que debía contarlas a lo largo de las vacaciones y saber si era capaz de llegar al número exacto. Rodri comprobó que no dejaba de mirar hacía aquel pequeño manantial y pareció leerme la mente.

—Nunca me he parado a pensar cuántas hay, pero si quieres podemos averiguarlo juntos.

Nos sonreímos y por primera vez me perdí en sus ojos de una forma real, casi tangible, fue como si a través de ellos pudiera conocerle y él pudiera hacer lo mismo con los míos. Asentí y comencé a preguntar mil cosas. De pronto quería saberlo todo de su vida. Y así empezamos una conversación a buen ritmo en la que hablamos de que yo pensaba tomarme un año sabático, para trabajar como voluntaria en varias protectoras de animales a lo largo de Europa y América, antes de empezar la carrera de veterinaria. Le conté muchas anécdotas de mis viajes con Mada. Omití los problemas de salud de mi padre porque la gente solía mirarme con lástima cuando conocía esa parte de mi historia. Y, además, porque le mentí como una bellaca respecto a mi parentesco con Mada. Lo último que quería era que pensara que nos habíamos reído de ellos nada más conocernos.

De él aprendí cómo era su vida en Londres desde que, a los quince años, se mudó con su familia por una gran oportunidad laboral de su padre. Se sinceró y me habló de lo mucho que echaba de menos el clima de España y de su sueño de tener una tienda de ropa donde todo lo hubiera diseñado él.

Es como si el tiempo entre nosotros se hubiera detenido, solo estábamos él, yo y nuestras ganas de conocernos. Y habría sido así, si Mada no hubiese aparecido gritando:

—¡¡Alma!! Nos vamos ya. La discoteca ha cerrado y me meo mucho. Despídete del guaperas y *pa'* casa.

—¡Joder, hija, que fina eres! Anda, vámonos antes de que Quique salga corriendo —contesté entre divertida y frustrada.

Miré a su acompañante e intuí que a él mi hermanita le hacía mucha gracia.

—Es tarde, chicas, os acompañamos a casa y nos vamos —ofreció el vikingo.

—Gracias, Quique, pero no hace falta —repliqué y entendí que mi tono sonó más autoritario de lo que pretendía en un primer momento.

—No era una pregunta, os acompañamos y punto. Ya te he dicho que hay mucho «pavo real» suelto.

El comentario protector de Rodrigo me calentó las entrañas y, con una sonrisa, nos pusimos en camino. Nos despedimos en la puerta y quedamos en ir al río la tarde siguiente.

Te juro, *Cómplice*, que nunca se lo dije a Mada por no caer en lo que yo siempre critiqué. Pero cuando me acosté esa noche sentí una certeza en mi pecho. Me había enamorado por primera vez en mi vida, y lo había hecho de Rodrigo.

3. TE ENTIENDO

Los días siguientes fueron increíbles. Por las mañanas hacíamos turismo con los padres de Mada, comíamos en algún restaurante de la zona y, después, nos íbamos con los chicos a disfrutar de alguna actividad.

Nos enseñaron las piscinas naturales del Río Arenal, el puente de Najarro, las piscinas municipales, paseamos por las callejuelas del pueblo, anduvimos por sus caminos vecinales y reímos, reímos mucho.

Sí, *Cómplice,* Rodri cumplió e intentó ayudarme a averiguar cuántas fuentes había allí. En esos días fui apuntando mentalmente cada una que veía y me descubrí emocionada cada vez que encontrábamos una nueva. Aprendí a leer a Rodrigo y a anticiparme en algunos casos a su localización, ya que cuando nos aproximábamos a una, él, de forma inconsciente, sonreía canalla. Recuerdo algunos nombres como la fuente de la trucha, la fuentecilla, la fuente de las machorras o la de la plaza, pero, si no me falla la memoria, juraría que en aquel entonces contamos ocho manantiales dentro del pueblo, aunque Rodri me aseguró que además había fuentes naturales que manaban de las piedras por toda la sierra, aliviando la sed a las personas y animales que por esos caminos transitaban. En algún paseo pude refrescarme con ellas y tuve que darle la razón. Son detalles tontos que se me grabaron a fuego en la mente y que jamás olvidé. Y confieso que, hoy en día, todavía no sé si me quedó alguna por descubrir.

Recuerdo, también, que durante las fiestas del veraneante celebradas el segundo fin de semana de agosto, bailamos en la verbena, animamos a los chicos en el torneo veinticuatro horas de fútbol y cenamos en la plazoleta. Allí se encontraba el bar para tapear por excelencia en El Arenal, o eso nos contaron los chicos. Si alguna vez vas, pide las *braviolis* o la oreja, ¡están buenísimas! Si todavía continúa abierto, claro.

He de decir que el río es precioso, el agua está helada, pero es un lugar maravilloso, todo verde, con cascadas, piedras donde tomar el sol en medio de una vegetación frondosa y lugares como el Charco de las Culebras donde bañarse. Aunque debo confesar que las vistas de la

piscina municipal no tienen precio, me enamoré de ese lugar. Está situada en lo alto de la montaña y ves todo el valle. Me pareció increíble. Un lugar idílico que transmite paz y tranquilidad.

Entre juegos, risas y paseos me enamoré de Rodrigo; y aunque por su forma de mirarme, protegerme y cuidarme intuía que yo también le gustaba, ninguno habíamos dado el paso de besarnos. En el fondo, yo era consciente de que Rodrigo tenía veinte años, vivía en Londres y, a esas alturas de las vacaciones, solo me quedaban tres días para volver a mi vida en Madrid.

Creo que los dos lo sabíamos y nos debatíamos entre dejarlo estar como un bonito recuerdo de amistad o convertirlo en algo más.

Una tarde, el día catorce si no me equivoco, en el puente de Najarro, Rodrigo me invitó a dar un paseo a solas lejos del grupo. Caminamos en silencio por un sendero y nos sentamos en las rocas que hay junto a una cascada. Una imagen espectacular y preciosa que quedaría grabada en mi mente para siempre. El sonido del agua era relajante, pero yo estaba nerviosa. En mi interior me moría de ganas de que Rodrigo me besara o me dijera lo que sentía por mí. Estaba sumida en mis pensamientos cuando noté su mano posarse sobre la mía. Nos miramos sin decir nada, estoy segura de que sobraban las palabras. Ese silencio lo decía todo y, por ello, de forma involuntaria mi respiración comenzó a ser irregular, algo que no pasó desapercibido para él. Rodrigo se acercó a mí, todo el vello se me erizó y los nervios se dispararon sin control, observé cómo sus pupilas se dilataban debido a la cercanía, me concentré en aspirar su aroma y juro que la distancia entre nuestras bocas me estaba quemando, por eso cerré los ojos y aguardé ese contacto que esperaba que calmara esa sensación de impaciencia y necesidad que me nacía en las entrañas. Unos segundos después, sentí su respiración a escasos milímetros de mi boca y entreabrí la mía, pero en lugar de su beso… una lluvia inesperada cayó sobre nuestras cabezas consiguiendo que abriera los ojos de golpe.

Cómplice, no supe qué pasó, hasta que un instante después escuché la carcajada propia de un niño. Resultó ser un pequeño demonio que estaba jugando y decidió, en su diminuta mente retorcida, que tirarnos un cubo de agua helada del río, detalle importante, debía ser superdivertido. Los gritos, de la que imaginé era su madre, terminaron de romper el momento más romántico de mi vida. Al final, a Rodrigo y a mí nos entró un ataque de risa y decidimos volver con el grupo.

Decir que fue frustrante es quedarse corto. Aunque para Mada fue una anécdota que todavía hoy recuerda y se parte de risa imaginando la escena.

El día dieciséis de agosto se celebra la Rosca. Consiste en pasar un día de campo, riendo, jugando y comiendo rosca.

¿Qué es una rosca?

Cómplice, es parecida a la empanada, pero hecha como con un pan de bollo, las hay dulces o saladas y no es día de la Rosca si no te comes un pedacito. En mi caso, que soy de buen comer, probé todas las variedades que los chicos llevaron.

Para celebrarlo, nuestros guías particulares nos invitaron a disfrutar la festividad en la cabaña de los abuelos de Quique y a pasar allí la noche.

El día diecisiete nos íbamos, motivo por el cual, los padres de Mada accedieron a dejarnos ir. No sin antes conocer a los padres del anfitrión.

Pedro, el padre del vikingo, nos subió en un remolque hasta la cabaña. Tengo que decir que la casita estaba donde Cristo perdió el mechero, girando a la derecha y unos tres kilómetros más adelante. Pero mereció la pena, era preciosa, pequeña, toda de piedra y con ventanas de madera. Se distribuía en dos habitaciones, un salón comedor con sofá cama, un baño con ducha y una pequeña cocina, todo de estilo rústico en colores crema mezclados con wengué, que conferían a cada rincón de la construcción un aire hogareño y de montaña que me llevó a imaginar que quedarse atrapado allí en pleno invierno debía de ser mágico. No pude evitar fantasear y verme disfrutando de un chocolate caliente y una buena lectura, tapada con una manta frente a la pequeña chimenea. Hasta que volví a la realidad y comprendí que estábamos a treinta grados a la sombra… ¡Ahí ya la manta me sobro! Y más cuando me giré y me encontré al vikingo y los mellizos morenazos en bañador. Casi me atraganto con el chicle que estaba mascando. Y me reí más al ver que mi hermanita, que andaba igual que yo observando cada detalle de la casa, se giró y se encontró semejante espectáculo. No es que no los hubiéramos visto antes, pero ¡joder! es que yo creo que mis hormonas iban por libre y hacían una fiesta cada vez que mis ojos se encontraban con semejantes torsos

desnudos. ¡Ya te he dicho que soy muy sexual y eso no es de ahora!

En fin, que sigo, me hubiera sorprendido que Roberto no trajera a Marina, la *buenorra* del pueblo, pero al tercer día entendí que él era de los que disfrutaban el día con Quique y sus hermanos, y la noche… ya era otra historia.

Sí, digo bien, *Cómplice*, «hermanos». Los mellizos tenían un hermano menor de doce años, Raúl. Simpático y divertido a más no poder. Y era un niño, pero ya se veía que iba a dar mil vueltas a sus hermanos. Con esos ojos verdes que desprendían picardía a raudales y esa labia que nos sacaba mil carcajadas. Por el día nos acompañaba a todos lados, aunque por la noche se quedaba en casa de los abuelos.

Del Raúl adulto ya te he hablado. Iba con Trasto cuando lo atropelló el coche.

Como te contaba, pasamos el día entre risas, baños en la piscina y juegos de cartas. Descubrí que el menor de los hermanos Ortiz es mejor jugando al mentiroso que yo. Y eso es mucho decir.

Después de cenar salí a dar un paseo por la finca y Rodrigo se acercó.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó con algo de timidez y a la vez un brillo especial en la mirada.

—Sí, me encantaría.

Anduvimos unos minutos en silencio hasta que se hizo de noche y nos sentamos en el cenador trasero. Ninguno hablaba, pero creo que los dos pensábamos lo mismo: El tiempo se acababa y no nos veríamos más.

Por el rabillo del ojo le estudié. ¡Estaba tan guapo! Llevaba una camiseta verde, a juego con sus ojos, y unos piratas vaqueros. ¡Por Dios, *Cómplice*, qué culo le hacían! Aparté mis pensamientos calenturientos y miré hacia el cielo nocturno. Rodrigo me susurró pegado al oído:

—¿Qué miras?

Un ejército de mariposas alzó el vuelo en mi interior y, al contestar, no pude evitar titubear por los nervios.

—Las estrellas.

—Son increíbles, en Madrid o en Londres no pueden verse así, tan brillantes y especiales.

—Sí, son preciosas —afirmé sin apartar los ojos del cielo para evitar que Rodrigo atisbara todo lo que su cercanía me hacía sentir.

—Pero no tanto como tú. Alma, yo...

No pude dejar que terminara la frase. Me abalancé sobre él y le besé, lo hice como nunca lo había hecho. Con pasión, devoción y una necesidad que me quemaba por dentro.

Sentí como, sin esfuerzo, me alzaba y posaba con delicadeza sobre sus piernas para sentarme a horcajadas sobre él. Mientras me besaba, colocó sus manos en el bajo de mi espalda y me acercó más a su cuerpo. En ese instante sentí su excitación contra mi centro y experimenté un calor nuevo que ardía en cada poro de mi piel.

Yo nunca había pasado de algo más de un par de besos y algún tocamiento, no muy inocente, con ningún chico y por instinto me aparté de él. Creo que sin querer lo hice tan brusco que lo interpretó mal.

—Lo siento, Alma. Perdona, de verdad no quería incomodarte, es que eres preciosa, me gustas desde el primer momento en que te vi atravesar la puerta de la discoteca, con aquel vestido azul y verde y esa coleta —hablaba de forma atropellada y totalmente ruborizado— y… lo siento de verdad. Si quieres me voy y te dejo tranquila.

Le sujeté la cara entre mis manos para poder mirarle de frente y asegurarme que entendía lo que necesitaba expresar.

—Rodri, perdóname tú. No es eso. De verdad me gustas muchísimo, más de lo que quiero admitir. El problema es que, bueno, verás, yo nunca…

La sonrisa de comprensión y alivio que se dibujó en su rostro, al entender lo que mis palabras implicaban, me volvió a encender el alma.

—Vale, tranquila, creo que lo pillo. No tenemos que hacer nada

que no quieras. Solo pretendo poder besarte, abrazarte y desear que esta noche no acabe nunca.

Solo necesité una milésima de segundo para infundirme el valor necesario y preguntar con sonrisa traviesa:

—¿Y si te digo que quiero algo más que unos besos y abrazos? ¿Y si te digo que lo quiero todo de ti esta noche? —Su cara reflejaba la sorpresa por mis palabras—. Mira, Ro, han sido las mejores vacaciones de mi vida y, si no te vuelvo a ver, quiero llevarme el recuerdo completo para atesorarlo en mi corazón por siempre.

—Primero, me encanta que me llames Ro. Segundo, estamos en el siglo XXI y somos mayores de edad, si queremos vernos nos veremos. Tercero, pase lo que pase mañana, yo también quiero el recuerdo completo. Espera aquí cinco minutos.

Dicho esto, me dio un beso rápido en los labios y se perdió en la noche, para aparecer unos minutos después con una linterna. Soy consciente de que no pasó mucho tiempo, pero fue suficiente para que mi cerebro creara toda una película mental de lo que pasaría después. Y eso, en lugar de calmarme, fue prendiendo un deseo que llegó a acelerarme el corazón; puedo apostar que hasta se me escapó algún suspiro o gemido, dejémoslo ahí… Seguí sumida en unos pensamientos de lo más calenturientos hasta que escuché:

—Acompáñame, Pequeña.

Ese apelativo cariñoso despertó a una loba interior totalmente hambrienta de él. A la cual, juro, no la había visto en mi vida. Sin dudar, le di la mano y le seguí en la oscuridad. Iluminados por la luz de la linterna llegamos a un cobertizo. Rodrigo abrió la puerta, pero antes de dejarme pasar, se colocó detrás de mí y me tapó los ojos con sus manos. Con delicadeza me hizo avanzar hasta colocarme en lo que luego supe que era el centro de la estancia. Cuando me liberó para que pudiera abrir los ojos, lo hice con una mezcla única de nervios, deseo, expectación y amor. Poco a poco fui observando todo lo que me rodeaba y un aleteo de felicidad me traspasó el cuerpo. Comprobé que, en un lateral cerca de nuestra posición, mi joven moreno había dispuesto una manta y dos cojines, rodeados por varias velas. Confiriendo al pequeño rinconcito una luz acogedora y romántica. ¡Era mágico! Eso es exactamente lo que sentí al mirar: magia.

Rodrigo me abrazaba desde la espalda y, apoyando su barbilla en

mi hombro, susurro en mi oído:

—Tu primera vez puede que no sea perfecta, pero quiero que sea un momento digno de recordar.

—Gra... gracias.

Las palabras no salían, el nudo que me tiraba desde las entrañas me impedía decir algo coherente, por ello, me volví y le besé. Lo hice como si el mundo fuera a acabarse esa noche, porque así me sentía y así necesitaba expresarlo. Rodrigo me alzó y me aferré a su cadera, rodeando todo su potencial con mis piernas. Sin soltarme ni dejar de besarme me llevó hasta la manta. Me tumbó y se acomodó sobre mí con cuidado de no dejar caer todo su peso. Con la excitación que Rodrigo sentía —imposible de obviar cuando se me clavó por encima de la ropa y consiguió que jadeara de forma involuntaria—, comenzó besándome el cuello, recorriendo mi cuerpo, pasando por la clavícula hasta bajar a mi escote. Con la mano izquierda me alzó desde la espalda para acercarme a él y que no me quedaran dudas de lo que mi cercanía le estaba encendiendo, mientras, con la derecha me liberó un pecho.

Juro que la sensación de necesitarlo dentro de mí estaba a punto de matarme de expectación. Algo me decía que Rodrigo era esa persona destinada a completarme en ese instante y solo podía pensar en volverle loco y que jamás olvidara esa noche. En un movimiento inesperado, que ni yo misma fui consciente de hacer, le giré para situarme sobre él. Le ayudé a liberarse de la camiseta y me recreé en su cuello, su pecho y su abdomen. Le besé en cada centímetro de su torso y, cuando escapó un gemido de su boca, supe que iba por buen camino. Eso despertó mis instintos más primarios y bajé mi mano hasta la cinturilla del pantalón. Rodri posó una mano sobre la mía y me concedió una confesión con ojos nerviosos.

—Alma, es tu primera vez, pero yo tampoco es que sea un experto en la materia y, si sigues así, no creo poder llegar a darte el final que te mereces. Eres una diosa, Pequeña. ¿Lo sabías?

Sus palabras desataron esa parte de mí que hacía poco había descubierto que tenía y dejé que el animal salvaje que habitaba en mí continuará marcando el ritmo. Le besé con esa necesidad que me nacía estando con él y, sin vacilar ni perder de vista ese abismo en el que se convirtieron sus ojos, me quité la camiseta rosa de tirantes y le dejé desabrocharme el sujetador negro de encaje. Cuando se llevó mi

pezón derecho a la boca, mientras con los dedos jugaba con el izquierdo, sentí una punzada de placer directa en mi entrepierna. Ese momento fue el que hizo que perdiera la poca cordura que me quedaba. Por ello, le liberé del pantalón y los calzoncillos en un solo movimiento, para, sin ninguna prenda que me lo impidiera, observar totalmente extasiada, la excitación en su máximo esplendor. Le toqué, le besé y cuando me rogó que parase, lo hice, le miré a los ojos y lo sentí: El amor más grande que experimentaré jamás.

Tras unos segundos que utilizamos para serenarnos, me quitó el pantalón y el culote a juego con mi sujetador. Nunca había estado tan expuesta ante nadie, pero no sentí vergüenza, solo deseo y ganas de más. Rodrigo dedicó los siguientes minutos a besar cada centímetro de piel, mientras sus caricias conseguían que cada terminación nerviosa de mi cuerpo pidiera a gritos su atención. Me devoró los pechos con anhelo, obligándome a echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos con fuerza para intentar que mi cuerpo no convulsionase antes del acto final. Esos preliminares me estaban enloqueciendo y creo que él lo sabía, por ello, al sentirle acercar su boca a mi entrada le pedí que parara.

—Rodri, eso será en otra ocasión. Ahora necesito que te pongas el preservativo y entres en mí. Quiero sentirte como nunca en mi vida.

Él me obedeció, no sé en qué momento mi amante me había vuelto a colocar debajo de su cuerpo, pero al notar su erección contra mi vagina me tensé de forma involuntaria.

—Tranquila, Pequeña, iré despacio y si necesitas que pare solo tienes que decírmelo.

Acercó una mano a mi sexo y deslizó un dedo en mi interior. Ese movimiento hizo que me arqueara en busca de más contacto y coló uno más. Con movimientos circulares y acariciando mi clítoris buscó esa humedad que hacía rato ya había conseguido sin él ser consciente. De mi garganta escapó un gemido de placer, sacó los dedos e introdujo todo su potencial despacio, pero sin vacilar, con movimientos lentos pero seguros. Al llegar al fondo de mi ser, esperó para ver mi reacción y, al sentir que mi cuerpo lo acogía, le indiqué con la cabeza que podía moverse.

Al principio fueron movimientos lentos y circulares y, cuando mi fuego interior me pidió más profundidad, alcé las caderas en su busca. Rodri me entendió y comenzó a penetrarme más fuerte y rápido. Sentí

que el mundo desaparecía al percibir un calor abrasador que me bajo por la espalda hasta el centro de mi sexo y se convirtió en un orgasmo devastador que me hizo gritar su nombre y dejarme arrastrar por el placer. En ese momento, Rodrigo se sintió satisfecho, aceleró el ritmo en busca de su propio deleite y, enterrando su cara en mi cuello, dejó que el placer se apoderara de él.

Instantes después, rodó a mi lado, me abrazó y me besó la cabeza.

—Pequeña, espero haber estado a la altura de semejante diosa del sexo. Si esta es tu primera vez… ¡*Humm*! me encantará ver qué harás con algo más de experiencia.

Sus palabras me llegaron al alma y me hicieron sentir la mujer más sexi del mundo.

Un rato después, una vez recuperados, decidí que era hora de un nuevo asalto. Me coloqué sobre él y comencé a besarle, con intenciones claras me froté contra su sexo y, mirándole con seguridad, expliqué:

—Esta vez quiero ser yo la que te haga llegar al orgasmo. Solo quiero que disfrutes y me dejes investigar. Dime si algo no te gusta o si quieres que lo haga de otra forma y así será.

Tragó saliva y asintió. Comencé a recorrer su cuerpo besando cada centímetro, cada gemido que producía me indicaba que iba por buen camino. Bajé hasta su sexo y, con algo de timidez, lo introduje en mi boca. Investigué durante un rato, hasta que me suplicó que le pusiera un preservativo y le dejará entrar en mí. Me puse a horcajadas sobre él y apreté su erección contra mi sexo. Gemí, gimió y seguí bajando, acogiendo su excitación dentro de mí. Le permití entrar por completo y me recreé en mis movimientos, sin apartar la mirada para asegurarme de que lo que yo hacía, le producía el mismo cosquilleo placentero que yo estaba sintiendo.

—Pequeña, si sigues así vas a volverme loco. No puedo más.

Sus palabras fueron como una liberación y aceleré el ritmo en busca de mi propio placer. En el instante en que sentí que el orgasmo se desataba, le besé, apreté mis uñas contra sus hombros y juntos llegamos al clímax. Así, satisfechos y abrazados, nos quedamos dormidos. Juraría que cuando me estaba abandonando al sueño escuché:

—Te quiero, Pequeña. No te vayas nunca.

Y en un estado de seminconsciencia contesté:

—Jamás. Te quiero, Ro.

Y Morfeo me llevó como nunca en mi existencia.

A la mañana siguiente volvimos a la cabaña junto a nuestros amigos. Desayunamos entre besos y risas; y a las doce enfilamos el camino de vuelta al pueblo. Eran nueve kilómetros, pero al ser cuesta abajo decidimos ir a pie y no llamar al padre de Quique, entre otras cosas porque todos nos quedamos sin batería en los móviles.

Jóvenes poco previsores, ¡qué le vamos a hacer, *Cómplice*! Bueno, y que a Mada y a mí nadie nos dijo que la casa no tenía electricidad, funcionaba con un motor de gasolina y se encendía para lo imprescindible; y cargar los teléfonos no les parecía parte de esa lista.

Caminábamos riéndonos de los comentarios de Raúl —se quejaba por no haber traído patatas o algún snack para la vuelta—, cuando Rodrigo se colocó junto a mí y me cogió de la mano. Cerca de mi oído preguntó:

—Alma, me explicas ¿por qué tenéis Mada y tú la norma de no dar vuestros teléfonos a nadie?

—Vale, Ro. Creo que es justo. Pero después me explicas por qué te sientes inferior a Roberto.

Asintió y respondió:

—Es justo.

—Muy bien. Hace tres veranos, durante las vacaciones, conocimos a un grupo de chicos y chicas que parecían de lo más simpáticos. El caso es que, ingenuas de nosotras, creímos que eran amigos; y como era la primera vez que teníamos móvil, les dimos los números sin miramientos. El problema fue que, al volver a Madrid, empezamos a recibir llamadas de madrugada, llamadas obscenas de «salidos» y cosas así. —Mi amor me miraba con la boca abierta—. Por lo visto, les pareció supergracioso poner nuestros contactos en una página web erótica. ¡Los muy cabrones! En fin, tuvimos que dar de baja los

números y prometer a nuestros padres que nunca más daríamos ese dato a nadie que no fuera de nuestra total confianza.

Ro parecía de lo más enfadado y escupió:

—¡Hay que ser gilipollas! Y yo, ¿soy de tu total confianza? —Me miró con carita de niño bueno.

—Bueno… lo estoy estudiando.

La tristeza se instaló en su rostro.

—¿No te fías de mí? —quiso saber.

—Sí, tonto. Era broma.

—Como te vas en cuanto lleguemos al pueblo… Ahora sería un buen momento. ¿No crees? —Me dedicó su cara más angelical y a mí me dio la risa.

—¿Tienes batería? —pregunté.

—No, pero sí la libreta y el boli de apuntar a las cartas.

Me tendió el pequeño cuaderno, apunté mi número, el de Mada y se lo devolví.

—¡Listo!, ya depende de ti que volvamos a hablar. En tus manos lo dejo. Dale el número de Mada también a Quique y a tu hermano Rober. Estoy segura de que ella no lo hará por orgullo, pero os ha cogido mucho cariño. Y las dos querremos mantener contacto con vosotros.

—Eso está hecho, Pequeña.

—Bien, Rodrigo. Ahora explícame por qué pareces tener un sentimiento de inferioridad frente a tu hermano.

—Está bien, es lo justo. Es una tontería, pero es algo que no puedo evitar. No me malinterpretes, adoro a Roberto, además de mi hermano mellizo, es mi mejor amigo. Es solo que cuando llegamos a Londres, todas las chicas se volvieron locas por él, yo parecía invisible para todas, menos para Blair. Una chica de clase con la que congenié desde el primer día. —Su mirada perdida me indicaba que hablar del

tema le resultaba muy difícil—. Empecé a salir con ella y pasaba bastante tiempo en mi casa. No puedo decir que estuviera enamorado, pero ¡joder! me gustaba mucho. —Asentí—. Una tarde, bajé a por algo para picar y al subir al dormitorio escuché una conversación entre Roberto y ella.

Se quedó en silencio, al ver que habíamos avanzado unos metros y no continuaba, le di un pequeño apretón en la mano y me miro:

—No hace falta que sigas —aclaré.

—Quiero hacerlo, pero ese día cambió algo dentro de mí y me cuesta un poco. —Asentí; y él mirando hacia el sendero por el que caminábamos sierra abajo continuó—. Mi hermano decía: «Blair, te he dicho mil veces que eres la novia de mi hermano. No quiero nada contigo y si no se lo dices tú, se lo diré yo. No voy a permitir que le utilices. Eres una jodida loca». Ella respondió: «Roberto, no seas melodramático. Tu hermano es un daño colateral. Yo quería acercarme a ti y así ha sido más fácil. Sé que te gusto. No te resistas». Mi hermano parecía estar perdiendo la paciencia, le espetó: «¡Estás como una jodida cabra! No me gustas y me pareces una cabrona sin corazón. Ni se te ocurra volver a intentar besarme o no respondo».

—Joder, Rodri. Qué hija de Satán. ¿Y qué pasó?

—Roberto parecía muy enfadado y yo no quería seguir escuchando. Así que abrí la puerta con tanto ímpetu que casi la parto. Corté con Blair y me dolió ver que le quité un peso de encima.

—La tal Blair es una psicópata, no sé cómo puede haber gente que juegue así con los sentimientos de otra persona. Aun así, creo que porque una chica te utilizara para estar cerca de Roberto, no deberías pensar que todas somos iguales.

Le miré algo mosca recordando la primera noche y Rodrigo me devolvió la misma mirada.

—¡Pues te recuerdo que casi no me ves en la discoteca!

Ahí tuve que callarme porque tenía razón. Sin embargo, no quería dejar así las cosas y dije:

—Mira, tu hermano es como un dios griego, está muy bueno, es divertido, simpático…

—Si quieres que me sienta inferior lo estás haciendo de maravilla —contestó cortándome, parándose en seco y dejando que todos se alejaran más de nuestra posición caminando ladera abajo.

—¿Me dejas terminar? —inquirí molesta por su comentario.

—¡Claro! Ibas diciéndome que mi hermano es guapo, simpático, divertido y no sé cuántas cosas más que ya sé sin que otra chica me compare con él.

—¡Cállate! —chillé.

Todos se giraron para mirarnos, estaba claro que no estaban tan lejos como para no escuchar el berrido que metí, les hice un gesto con la mano para que siguieran su camino y tiré de Rodrigo hasta sentarle sobre una roca. Me coloqué de pie frente a él, colándome entre sus piernas, le sujeté el rostro con ambas manos y aclaré:

—Aunque Roberto sea todas esas cosas, ¡tú! eres guapo, simpático, divertido, cariñoso, amable, generoso y —me acerqué a su oído y susurre— eres el primer chico con el que me he acostado y te puedo asegurar que nunca, ni en mis mejores sueños, lo que pasó anoche podría superarse. Te quiero.

Lo confesé de corazón, sintiendo cada palabra que decía y necesitando que él supiera que me parecía maravilloso por dentro y por fuera. Le besé para sellar mi testimonio.

—Te quiero, Pequeña. Siento haberme comportado como un capullo.

—Un poquito sí lo has hecho, pero no podías ser perfecto —contesté riendo.

Seguimos nuestro camino y quise retomar el tema de la loca de su ex.

—Ro, después de Blair ¿no volviste a confiar en otra chica?

—Tengo que decir que me costó mucho. Siempre que alguna se acercaba a mí, yo pensaba que lo hacía con dobles intenciones y pronto la desconfianza lograba que se alejase de mí. Hasta que conocí a Elena, la chica que me devolvió esa confianza en mí mismo y con la

que perdí la virginidad. Como pareja no duramos mucho, pero la amistad sigue entre nosotros. Ella me enseñó que una piedra en el camino no nos debe impedir avanzar. Frase que utiliza mucho porque es una persona muy optimista.

Le paré y me coloqué frente a él.

—Ahora mismo estoy un poco celosa... pero tu amiga es muy sabia. —Me puse de puntillas y le besé—. Ro, tú mereces a alguien que cuando le mires, tiemble el suelo bajo sus pies. Menos que eso, deséchalo.

—Pequeña, ¿por qué me parece que te estás despidiendo de mí?

—Porque lo estoy haciendo. No obstante, de ti depende que sea un adiós o un hasta luego.

Me besó y, sin darnos cuenta, el camino se acabó.

Al llegar al pueblo nos acompañaron a casa. Allí, los padres de Mada nos esperaban para partir. *Cómplice*, nunca me ha costado más una despedida, sentí que el alma se me rompía en mil pedazos. Mi morenazo me abrazó.

—Pequeña, en cuanto llegue a casa enciendo el móvil y te escribo un SMS. Y cuando vaya a Madrid para coger el avión, te aviso para comer antes del vuelo.

—Promételo —exigí con un nudo en la boca del estómago.

—Te lo prometo, y yo nunca miento. Esto no es el final, solo es el principio.

Y así, aguantando las lágrimas, subí al coche y nos fuimos. Dejando mi corazón allí, en un pequeño pueblo de la Sierra de Gredos. En la radio del coche comenzó a sonar la canción de moda: *Te entiendo* de Pignoise. Y en ese mismo instante, deseando no perder la razón y que nuestras vidas se volvieran a cruzar, Mada me abrazó y lloramos hasta quedarnos dormidas. Ese día recé con todo mi ser para que mi primer amor no me rompiera el corazón.

4. ME HACES FALTA

2 de agosto de 2020 - Clínica Veterinaria Vistamar.

En el instante en que me disponía a marcharme, Rodrigo me sujetó por el brazo.

—Perdona, Alma, sé que debes odiarme. Pero dame cinco minutos para hablar con los veterinarios y te lo explicaré todo. Necesito saber cómo está Trasto.

—De verdad, Rodrigo, no es necesario, éramos unos críos, te acostaste conmigo y decidiste no llamarme jamás. Perfecto, no hay problema. Han pasado muchos años. No te mentiré, me dolió tu engaño, pero ya ves la vida siguió —contesté aparentando una seguridad que comenzaba a fallarme.

—Probablemente ya no te importe lo más mínimo, pero necesito que sepas lo que pasó y luego cada uno seguirá con su vida. Solo un café. Por favor.

Iba a negarme, pero la verdad, *Cómplice*, es que siempre quise saber por qué fue tan idiota, gilipollas y mal nacido de jugar con mis sentimientos. Por ello, incliné la cabeza en señal de aceptación y me eché a un lado.

En ese momento salieron los veterinarios para informar de la duración de la cirugía. Explicaron que tardarían unas dos horas y que avisarían cuando hubiesen concluido.

Mientras tanto, llamé a Mada para que no se preocupara por mi tardanza —omití con quién estaba—, y una vez fuera de la clínica, me encaminé hacia una terraza cercana para enfrentarme a mi pasado.

—Bien, ya estamos aquí. Tú dirás —solté de malas maneras.

—Alma, puede que no me creas y lo más probable es que a estas alturas de tu vida te de igual, pero no ha pasado un solo día en el que no hubiese deseado llamarte.

—¿Estas gilipolleces te funcionan? —contesté con desdén y mala hostia.

¡Claro que estaba a la defensiva, *Cómplice*! Estaba recelosa y muy enfadada. Verle de nuevo reabrió el dolor de ver pasar los días sin que me llamara, e hizo que volviera a sentirme la chiquilla estúpida de antaño; esa que, en pocos días, entregó su corazón y su alma.

Rodrigo, que se encontraba sentado en la silla de enfrente, inclinó su cuerpo hacia mí, y con una seguridad que me hizo dudar hasta de mi nombre, aseguró:

—No, no me funcionan, porque no las utilizo. Nunca me pasó algo así con nadie más. El día que os marchasteis, corrí a mi casa, puse a cargar el móvil y busqué la libreta. Pero te juro por Trasto que no estaba. En algún punto, entre la finca de Quique y vuestra casa, desapareció.

—¿En serio piensas que te voy a creer? —pregunté para mantener la pose de tía dura que no se estaba tragando esa patraña.

—Después de tantos años podría, simplemente, hacer como que no nos conocemos; y estoy aquí explicándotelo porque para mí, aunque ya no cambie nada, es importante que sepas la verdad. No soy un cabrón como seguro llevas pensando estos años.

—Si solo pensara que eres un cabrón… —apunté con retintín.

—Puedes preguntarle a Raúl. Mi hermano Roberto y Quique se enfadaron conmigo por perder los teléfonos, hicimos tres veces el camino andando en los siguientes días. Incluso llamamos a la casa que alquilasteis para pedir el teléfono de tus padres. Pero nos comunicaron, muy educadamente, que no podían darnos esa información. Cuando volví a Londres os busqué en redes sociales, pero solo sabía que erais dos mellizas, Mada y Alma, de un pueblo de Madrid que ni siquiera dijiste el nombre, fue misión imposible. ¡Me abrí una cuenta de Facebook para buscaros!

—Puestos a decir la verdad, Mada no es mi hermana.

—*What*?

Verle la cara de desconcierto y hablar en inglés me hizo mucha gracia. A esas alturas de la conversación mi chiquilla enamoradiza de

dieciocho años ya estaba totalmente rendida ante él y su confesión, por ello, decidí corresponder con algo de información verídica.

—Somos amigas de la infancia, hijas únicas y nacimos el mismo día, mismo hospital y solo con cuatro minutos de diferencia. Por eso, desde los tres años decimos que somos mellizas. Pensaba contártelo, pero como nunca me llamaste…

—Tocado. Bueno, y ahora que sabes que no soy un cabrón, solo un imbécil por perder lo más importante que me encargaron: tu confianza. ¿Me cuentas qué es de tu vida? ¿Estás casada, tienes hijos, eres veterinaria como siempre soñaste…?

Comenzó un interrogatorio con ojos vivos y una curiosidad que me pareció entrañable. Sin embargo, no podía decir la verdad, en ese momento no, así que decidí omitir muchos detalles y contraatacar:

—No estoy casada, mi vida es maravillosa y sí, soy veterinaria. Y, ¿tú?

Más tarde descubrí que él tampoco fue sincero conmigo, pero en este punto de la historia vivía en la ignorancia. A esas alturas de nuestra conversación ya había conseguido que ese antiguo aleteo, que él despertó por primera vez, volviera a recorrer mi organismo.

—No estoy casado, no tengo hijos y tengo un negocio en el que diseño mi propia ropa. Estoy aquí para ver si amplío el negocio, aunque es un tema aburrido y prefiero saber de ti.

Hubiera indagado más, pero no quería que supiera cómo había sido mi vida los últimos trece años. Ya que era maravillosa a la par que complicada, y en ese momento tenía mucho que pensar sobre lo que haría, unos días después, al volver a Madrid. Por raro que pareciera, solo quería estar con él. Su cercanía reavivó recuerdos y sentimientos que creía enterrados y necesitaba ser solo Alma y ver hasta dónde me llevaba esa conversación, que mentiría si no dijere que deseaba que fuese a una cama…

—Siento lo de Trasto, seguro que estará bien. Creo que es un poco culpa de Vanda. Se vieron, quisieron conocerse y lo malo se lo llevó tu perro —expliqué colocando una mano sobre la suya.

Mi cuerpo me pedía saber que se sentía al volver a tocarle y la corriente eléctrica que surcó mi cuerpo me demostró que había algo

muy vivo dentro de mí.

—Es un chico fuerte, estoy seguro de que se pondrá bien y yo voy a cuidarle sin descanso —respondió aceptando ese contacto y sonriendo de medio lado.

—No seas duro con Raúl, el pobre lo ha pasado fatal.

—Tranquila, sé que adora a Trasto y que jamás hubiera querido que esto pasara. Mi colega es muy impulsivo y aunque está esterilizado, no se resiste a conocer a una buena chica.

Con su mano libre, acarició la cabeza de mi amiga perruna y esta le respondió con un lametazo. Para mí fue una muestra de aceptación porque mi chica no suele dejarse tocar por extraños; menos si son hombres.

Hablando de todo un poco, se nos pasó el tiempo. Creo que ambos fuimos conscientes de que eran temas triviales y nada profundos. Así estuvimos, sin soltarnos la mano, hasta que recibió la llamada de la clínica y volvimos inmediatamente.

—Hola, soy Rodrigo Ortiz, el dueño de Trasto.

—Todo ha salido muy bien, lo vamos a dejar ingresado hasta mañana para asegurarnos de que no haya contratiempos. Si vuelve esta tarde, sobre las siete, podrá verle —expuso uno de los veterinarios.

—Muchas gracias, aquí estaremos —respondió Rodrigo algo más tranquilo.

Esa frase la acompañó con un gesto: cogerme de la mano. Intuí que quería dejarme claro que no pensaba separarse todavía de mí. Gesto que, a esas alturas, ya era consciente de por qué agradecí de buen grado.

Salimos de la clínica y fuimos a casa de Mada para dejar a Vanda, hacía calor y estaba cansada. Mi hermanita no daba crédito cuando vio a mi lado a Rodrigo. Él me esperó en el salón y entré en la cocina para dejarle agua fresca a mi perra. Mada me siguió con claras intenciones de darme una charla, cosa que no entraba en mis planes, por lo que aclaré:

—Mada, voy a pasar el día con Rodri, te prometo que hay una explicación, pero es muy larga, así que te contaré todo esta noche. Por favor, cuida de Vanda —le di un beso en la mejilla—. Te quiero.

Y, así, dejándola patidifusa y mirándome como si me hubiera vuelto loca, la dejé con la palabra en la boca y me fui.

Ya en la calle Rodrigo afirmó:

—Estoy seguro de que quiere sacarme los ojos por lo que pasó.

—Cierto. Te mentiría si te digo que no te odia. Creo que alguna vez te hizo vudú —contesté conteniendo una risotada por como abrió los ojos al escucharme.

—No la juzgo, en vuestro lugar puede que yo hubiera hecho algo peor —respondió pensativo—. ¿Quieres que vayamos a comer? Es muy tarde, pero me muero de hambre.

—¡Es verdad!, son las cuatro y con todo el susto de Trasto no hemos comido.

Fuimos a El Galeón, un restaurante del paseo marítimo de Gijón y, después, nos sentamos en la playa. Hacía calor, pero corría una brisa muy agradable que mitigaba el ardor del sol. *Cómplice*, odio los silencios incómodos y los contrarresto con la música de mi móvil. Puse una lista de reproducción variada y me relajé junto a Rodrigo. Nuestros cuerpos eran como imanes, buscando el contacto continuamente. Al principio, sólo eran pequeños gestos: Un corto paseo cogidos de la mano, una caricia distraída en el pelo… poco a poco dejó de ser suficiente. Cuando me quise dar cuenta, Rodrigo estaba sentado conmigo entre sus piernas y mi espalda apoyada en su pecho. Me dejó un beso despistado en la cabeza y yo cerré los ojos para intentar que no percibiera cómo, ese simple roce, aceleró mi corazón, consiguiendo que mi respiración se volviera irregular. Ese hombre me volvió loca con dieciocho años y estaba claro que seguía teniendo ese poder sobre mí, algo que no estaba dispuesta a revelarle.

Sé que había muchas personas a nuestro alrededor, lo sé porque en esas fechas y a esa hora éramos como una paja en un pajar, pero puedo asegurar que todo desapareció cuando cerré los ojos y me dejé llevar por la música. Escuchábamos la canción *Me haces falta* de Antonio José y sentí a Rodrigo acercar su boca a mi oído y comenzar a cantar. Que aquel morenazo me dijera con ese sentimiento que le

hacía falta, derritió mi coraza y me dejé arrastrar por mi chiquilla interior, esa que deseaba volver a sentirse tan especial como aquel verano lejano. Todos esos sentimientos se hicieron con el control de mi mente y de mi cuerpo, haciendo que me girara, le mirara a los ojos y, sin pensar en lo que vendría después, le besara. Lo hice como trece años atrás, con anhelo, necesidad y adoración. Una vez decidimos dar por concluido ese beso, porque de lo contrario mi cuello sufriría torticolis en esa postura, subimos al paseo marítimo y buscamos un sitio menos transitado. Ninguno lo expresó en voz alta, pero, cuando divisamos una pequeña cala rocosa en la que apenas había dos pescadores y ambos nos encaminamos en esa dirección, supimos que pensábamos lo mismo. Bajábamos las escaleras de acceso cuando la impaciencia de Rodrigo hizo que una carcajada abandonara mi garganta. Me faltaban tres escalones por descender, y en ese instante se giró y me alzó para bajarme de golpe el tramo que me faltaba. Me apoyó contra la pared de piedra y mi risa murió en su boca. Además de ser sustituida por un gemido involuntario en el momento en que posó una mano en mi nuca y la otra en el bajo de mi espalda, me aprisionó entre la pared y su cuerpo y pude notar todo su potencial haciendo gala de las ganas que me tenía. En varias ocasiones tuvo que abandonar mis labios porque nuestras respiraciones se habían vuelto torpes e irregulares.

—Me vas a matar —susurró cerca de mis labios.

En lugar de contestar tuve que atacar de nuevo esa boca que me estaba perturbando con sus mordiscos y su dedicación. Éramos dos locos en mitad de una cala que no conseguían que sus cuerpos se separaran ni medio milímetro.

Así estuvimos, entre caricias cada vez más osadas y besos exigentes, hasta las seis y media. Momento en que anduvimos camino de la clínica para ver a Trasto. Antes de eso tengo que confesar que tuvimos que separarnos de forma obligada, para que Rodrigo no fuera dando el cante por sus atributos demasiado acentuados bajo las bermudas.

Entramos en la clínica cogidos de la mano; y no pude evitar observar, con mi ego algo más hinchado de lo habitual, cómo la recepcionista *buenorra* nos miraba de soslayo, haciendo hincapié en nuestras manos entrelazadas. Nos acompañó hasta la sala de ingresos y Trasto nos recibió desde su jaula, moviendo el rabito y con cara de haber pasado un mal día. ¡Pobre!

Esa es la parte que más odio de mi trabajo. El momento en el que eres consciente de que los animales, al estar ingresados, no saben cuándo volverán a ver a sus dueños. Ese es el motivo por el que paso tanto tiempo con las mascotas ingresadas en la clínica donde trabajo. Me gusta pensar que, si estoy con ellos dándoles mimitos, cantando a su alrededor y hablando, no se sienten tan solos.

Durante algunos minutos, Rodrigo le prodigó caricias y besos y le prometió que al día siguiente se irían a casa. Salimos de allí rodeados por un silencio que me estaba resultando de lo más denso. Le di un pequeño apretón de mano para que volviera al presente e intenté que viera que solo serían unas horas las que estaría separado de su mejor amigo.

—Ro, tranquilo, es solo una noche. Mañana estarás con él.

—Me gusta que me llames Ro. Nunca he dejado que nadie más lo haga —contestó mirando de lado mi reacción.

—No te creo, aunque te ha quedado muy bonito.

Le propiné un pequeño empujón y salí corriendo en dirección a la playa. Rodrigo rio y me persiguió. No fue difícil alcanzarme, ni soy la persona más rápida ni tenía intenciones reales de alejarme de él más que unos metros. En el instante que llegó hasta mí, me retuvo por el brazo y me besó de una manera que me calentó el alma y desbocó el deseo que provocaba en mí.

—Quédate esta noche conmigo. No te vayas por favor —pidió, con lo que parecía una súplica en la mirada.

Soy humana y además estaba que me subía por las paredes... por lo que contesté:

—Debería decirte que no, pero somos adultos y sinceramente me apetece mucho.

—Aunque no lo creas, significa mucho para mí. Esta noche solo podría estar pensando en Trasto y, si te quedas conmigo, estoy seguro de que encontrarás formas de distraerme.

Me mordió el cuello y solo pude asentir. El deseo que él provocaba en mí solo lo había sentido con dieciocho años, y esa parte olvidada de mi interior se moría por descubrir qué podría sentir años

después, junto a aquel hombre que me revolucionaba el biorritmo.

Con ganas de dar rienda suelta a esas indirectas muy directas que habíamos lanzado al aire, decidimos recoger algo de ropa e ir a un hotel. Nos pareció la opción más lógica, ya que en el apartamento que él alquiló estaba su hermano Raúl y alguien más que no me especificó; y tampoco íbamos a ir a casa de Mada.

Preparando una pequeña mochila con una muda y mi neceser, mi amiga intentó detenerme; le parecía una locura.

—Alma, ¿estás segura? ¿Le has contado lo de…? —La corté porque no quería escucharlo.

—No y no pienso contárselo. Ya decidiré qué hacer cuando vuelva a Madrid. Tengo unos días por delante antes de volver a la realidad. Déjame disfrutarlos y luego sufriré lo que tenga que sufrir. ¿Estamos? —Le dediqué una mirada mezcla entre súplica, para que me entendiera y no me juzgara, y dureza porque no estaba dispuesta a que nadie arruinara ese instante de felicidad que la vida me estaba regalando.

—Perfecto, pero después de lo que me has contado, Rodrigo no es el cabrón que creíamos y lo que piensas hacerle es una putada.

—¡¿Crees que no lo sé?! —chillé aguantando las lágrimas que luchaban por abandonar mis ojos—. No puedo cambiar mi vida y tampoco quiero. Me gusta lo que he construido, aunque no haya sido fácil, pero si supiera la verdad saldría corriendo y yo, ahora, lo necesito en mi vida, aunque sea unos días...

—Haz lo que quieras, pero se merece la verdad. Si estoy en lo cierto y está enamorado de ti, desde hace trece años, lo que vas a hacer le destrozará —me contestó dándose media vuelta y dejándome sola.

Estaba claro que esa vez mi amiga no estaba dispuesta a darme la razón.

5. SI TÚ NO ESTÁS AQUÍ

Septiembre de 2007

Habían pasado tres semanas desde nuestra vuelta de El Arenal y desde mi despedida de Rodrigo. No tuve noticias suyas, la llamada que prometió nunca llegó y sabía que tenía que estar ya en Londres porque, él mismo, me comentó que empezaba las clases el dos de septiembre.

Las últimas semanas las había pasado pendiente del móvil y buscando excusas factibles para explicarme por qué no había dado señales de vida. En teoría, pasaría por Madrid el día veintiuno de agosto. A esas alturas del calendario, la batalla entre mi cabeza y el corazón, la ganaba la razón. Me decía que ya no llamaría, que lo mejor era olvidarlo y seguir con mi vida, pero mi alma se negaba a aceptarlo.

Una tarde, estaba esperando a Mada en el coche y escuchaba un CD, que yo misma grabé solo para martirizarme, lleno de canciones de amor y desamor. Sonaba *Si tú no estás aquí* de Rosana. Yo pensaba que la letra tenía razón, en eso de que, si él no estaba aquí, ¿qué diablos hacía yo amándolo?, en el momento en que mi amiga entró y montó en cólera.

—¡Joder, Alma! No puedes seguir escuchando este disco. No entiendo por qué sigues torturándote de esta manera. ¡Las hay masocas y luego estás tú!

Su ataque me tocó las narices y supuse que aquella conversación terminaría en discusión como los días anteriores. Por ello, intenté explicarle cómo me sentía y lo que conseguí fue herir a mi mejor amiga.

—Mada, no lo entiendes porque te has enamorado mil veces, pero ninguna de verdad. Si fuera así, empatizarías con lo que me está pasando y con cómo me siento. Le entregué mi corazón y lo hizo trizas sin contemplaciones. Le odio, pero no puedo dejar de amarlo. —Mis lágrimas se derramaban por mi rostro sin control.

—¡Lo que me has dicho no es justo! Aunque yo no estuviera enamorada de Quique me gustaba mucho; y con Roberto creía que tenía una amistad sincera. ¡A mí tampoco me han llamado ninguno de los dos! —contestó dolida y enfadada con razón—. ¡¿Crees que lo estoy pasando bien?! ¿De verdad crees que no me duele? La diferencia es que yo no soy una egoísta que piensa solo en su dolor e intento ser fuerte y positiva por las dos. ¡Como llevo ocho años haciendo!

Ese último comentario me hirió profundamente, pero porque Mada tenía razón. Ella siempre era la positiva, la fuerte, la que me hacía reír, aunque tuviera ganas de llorar. Era mi apoyo incondicional en la vida y yo se lo pagaba pensando solo en mí.

—Lo siento, hermanita. Tienes razón. Siempre eres tú la fuerte y siempre me has apoyado con la enfermedad de mi padre. Ni siquiera podría estudiar veterinaria si no fuera por tu insistencia en el colegio para que no abandonara. —Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y abracé a mi hermana. Porque no será de sangre, pero sí es mi hermana del alma—. Mada, ¿cómo estás?

—Hermanita, esa pregunta llega una semana tarde. Hace ese tiempo decidí que, si Roberto y Quique no me quieren en su vida, más pierden ellos. Y como dice mi padre: «Más se perdió en la guerra y volvieron cantando».

Nos reímos por su ocurrencia y decidimos que era un buen momento para tirar «el CD de la depresión» y sellar así mi cambio de actitud. Si Rodrigo no quería saber nada de mí, yo tampoco de él.

Algo más tranquilas y volviendo a conectar como las hermanas que nos sentíamos —que sí, se peleaban, pero porque se querían y no soportaban ver a la otra sufrir—, nos pusimos en camino para encontrarnos con mi prima Ariadna, que tenía un notición para nosotras. Y así, de la noche a la mañana, mi vida volvió a cambiar de rumbo.

6. NO ME DOY POR VENCIDO

2 de agosto de 2020 - Apartamento de Mada – Gijón

Enfadada, porque sabía que mi mejor amiga tenía razón, cerré la puerta sin despedirme, bajé al portal y esperé a que Rodrigo me recogiera.

Unos minutos después, apareció duchado, con una camisa azul eléctrico y unos vaqueros negros que le quedaban increíbles. Mi mente calenturienta empezó a trabajar y todo lo que imaginaba era una sucesión de posturas, besos y orgasmos. Aparté a Mada y sus consejos de mi mente y pensé en disfrutar del regalo que la vida me había dado. Aunque fuera uno próximo a caducar.

—Hola, Pequeña, ¿estás lista?

¡Dios, ese nombre! Nunca lo volví a oír. Le besé de forma rápida y subí al coche con los nervios estrujándome en la boca del estómago.

—Siempre. —Fue lo único que atiné a contestar.

Condujo por Gijón hasta el Hotel Hernán Cortés. Un alojamiento de estilo clásico pero que habían renovado con cariño, dotando al edificio de esa historia de antaño con la comodidad del presente. Conservaba la fachada de piedra y estaba situado en el centro de la ciudad, junto al Paseo de Begoña. Como ya conocíamos esa zona, en excursiones independientes, decidimos ir directamente a registrarnos. En eso nos pusimos de acuerdo en apenas segundos…

El recepcionista nos miraba divertido porque apuesto que, nuestra cara de bobos sin poder borrar la sonrisa, y las manitas tontas que no parábamos de hacer mientras él tramitaba *en check-in*, nos delataban. En cuanto nos entregó la llave y nos despedimos de forma atropellada, le escuchamos soltar una pequeña carcajada que nos contagió. Sin mirar atrás nos fuimos directos a la habitación.

En el ascensor nos metimos mano como si no hubiera un mañana, hasta que paramos en la última planta y al salir casi nos chocamos con una pareja, que en lugar de enfadarse soltó al aire un: «Pasadlo bien».

Estaba claro que llevábamos pintadas nuestras intenciones en el rostro. No pude evitar ruborizarme un instante y esconder mi cara en la espalda de Rodrigo, mientras él pasaba la llave magnética para darnos acceso al dormitorio.

Rodri reservó una suite. Toda ella era una estancia dividida en un salón, un dormitorio y un baño completo. Me quedé embobada mirando los suelos de madera color cedro que, aunque estaban de lo más cuidados, se veía que tenían muchísimos años. Toda la habitación estaba decorada con un estilo elegantemente clásico que me transportó a aquella España señorial, y me hizo sentir especial. Yo no estaba acostumbrada a alojarme en sitios así, ni parecidos, y no pude evitar dar una vuelta por todo el lugar maravillándome de lo que veía.

Cuando di por satisfecha mi vena cotilla, pedimos la cena al servicio de habitación. Toda aquella situación tan nueva y todos los pensamientos de lo que podría pasar esa noche y los días después llegaron en tropel a mi mente, consiguiendo que me quedara en un estado de mutismo más severo de lo habitual. Cosa que no pasó desapercibida para Rodri y que le desconcertó.

—¿Te gusta? —preguntó intentando que nuestros ojos conectaran.

—Rodrigo, me encanta, de verdad, pero tendrías que haber elegido algo más... más barato. No sé lo que cuesta esta suite, pero no estoy en el mejor momento económico y… —No me dejó concluir.

—¿Eh? Primero, ¿quién ha dicho que vayamos a pagar a medias? Segundo, he elegido esta porque era la que quedaba libre. Para lo que pienso hacerte con que tuviera un colchón en el suelo me servía.

Sus palabras consiguieron que me atragantase con la cena. En el momento en que pude recomponerme, solo atiné a decir:

—Pues hubiéramos ido a la playa. Más barato, seguro.

Le dio la risa y me sostuvo la mano por encima de la mesa.

—¡Mira que eres…! Alma, no te preocupes, gracias a Dios no me van mal las cosas y puedo permitírmelo. Tú solo disfruta, ¿de acuerdo?

Asentí, y eso hice: disfrutar de lo que la vida me brindaba.

En un silencio cómodo, en el que las miradas fueron subiendo de intensidad dejando claro lo que vendría después, dimos buena cuenta de nuestros cachopos de cecina y queso de cabra, de la ensalada de nueces y de una tarta tres chocolates que estaba de vicio.

No te rías, *Cómplice*, ya te he dicho que soy de buen comer.

Tras dejar mi plato como para no tener que meterlo en el lavavajillas, nos sentamos en el sofá con la intención de charlar. Pero ni mis ganas ni las suyas lo permitieron. En un segundo me tenía colocada sobre su regazo; y nuestras bocas se buscaban con desesperación. De un solo movimiento me quitó el vestido blanco ibicenco que llevaba y me dejó solo con el culote liso del mismo color. Se deshizo de su camisa y sus pantalones en un pestañear, dejándome claro que necesitaba algo más que caricias por encima de la ropa, como hasta ese instante llevábamos todo el día prodigándonos. Sin darme opción a pensar ni a actuar, me tumbó sobre el sofá. Me devoró, lamió, besó y mordió cada rincón de mi cuerpo y, cuando llegó a mi centro, me abrí para él.

Era extraño, con Rodrigo no experimentaba vergüenza ni pudor. Con él solo quería sentir… sentirlo dentro de mí y que fuéramos uno. Él buscaba reencontrarse con mi cuerpo y yo necesitaba que lo hiciera, por ello cuando coló dos dedos en mi interior y me succionó el clítoris me arqueé en busca de más. Su boca estaba ansiosa de mí y mi sexo desesperado por su contacto.

—Ro, por favor, necesito que entres ya. Te necesito dentro de mí. No puedo más —supliqué jadeando, sin importarme que me tomara por una loca desesperada.

—Pequeña, he soñado contigo durante trece años. Te he imaginado de mil maneras distintas, formas que harían ruborizarse hasta al mismo diablo. Luego entraré en ti, pero ahora necesito que te corras y verte la cara cuando te haga tocar el cielo. Necesito saber que eres real y que estás aquí.

Esas palabras hicieron que mi cuerpo se desatase. Dejé que su boca se apoderara de mi sexo, mientras sentía su mano explorar mi interior. Esa entrega hizo que me llegara un orgasmo asolador que consiguió hacerme temblar y verterme en su boca.

Sin tiempo para recuperarme, Rodrigo se puso un preservativo y de una estocada me penetró. Me llenó marcando un ritmo frenético,

hasta que sus ojos conectaron con los míos e intuyó que estaba lista para otro orgasmo. En ese instante, me apretó contra su cuerpo, levante las caderas para darle profundidad y, mordiendo mi cuello, hizo que tocara el cielo por segunda vez en apenas unos minutos. Sabiéndome satisfecha, aceleró el ritmo en busca de su propio éxtasis y, apoyando su frente en la mía, se dejó llevar por el clímax.

—¡Dios! Pequeña, sigues siendo mi diosa del sexo —susurró entrecortadamente, con la frente apoyada en la mía e intentado recuperarse del primer asalto.

—Pequeño, algo he aprendido en estos años. —Sus ojos oscuros y su cara de pocos amigos me demostraron que mi comentario estuvo fuera de lugar.

Sin mediar palabra, se levantó y se dirigió a la ducha. Fui tras él en silencio. Observé desnuda, desde el quicio de la puerta, cómo abría el grifo y se metía sin esperar a que se calentara.

Cómplice, odio el agua fría, pero ni lo pensé y le seguí.

—¡¡¡Dios!!!, ¡está helada, joder! —grité apretándome contra su cuerpo.

—No haber entrado, nadie te lo ha pedido —respondió de lo más sieso sin devolverme el abrazo, apoyando su espalda contra los azulejos.

Iba a soltarle una bordería, pero imaginé que acabaríamos discutiendo y preferí ser más conciliadora. Levanté los brazos y enredé mis dedos detrás de su nuca. Le obligué a bajar la mirada y conectar con mis ojos.

—Ro, ¿por qué te enfadas? Es evidente que en estos años los dos hemos practicado sexo. No somos tan ingenuos. ¿Qué es lo que de verdad te molesta?

Intentó desviar la mirada y le sujeté por el mentón. Sin resistirse a mirarme de frente confesó:

—Tienes razón, te juro que no soy celoso y soy consciente de que no somos nada más que dos viejos amigos que se han encontrado, pero pensar en lo que podría haber sido si no hubiera perdido la maldita libreta me atormenta.

—Ro, nunca lo sabremos. Éramos unos críos que vivían en países distintos. Es más que probable que, aunque hubiésemos hablado, el resultado no fuera muy diferente.

—No sé. —Se encogió de hombros—. Siempre he pensado que, si te hubiera llamado, habríamos encontrado la forma de estar juntos y nunca nos hubiéramos separado.

—No sabía que detrás de este *buenorro* había un romántico empedernido —respondí poniéndome de puntillas y dándole un casto beso en los labios.

—Ríete, pero tú fuiste mi primer amor.

—Tú también el mío, pero eso no cambia lo que me pasó después. Algo que ni estando juntos hubiese sido distinto.

—Sé qué me ocultas cosas, también pienso que debe de ser importante y no quiero presionarte. Tengo claro que no soy quién para hacerlo. Solo quiero que tengas una certeza y es que nada de lo que digas cambiará lo que ahora sé.

—Y, ¿qué es? —pregunté sin poder evitar que mi voz temblara al hacerlo.

—Que sigues siendo mi Pequeña, mi Alma. Simplemente, sigues siendo tú.

Me besó, me giró y sin añadir nada más comenzó a enjabonarme la cabeza. Unos segundos después, se colocó junto a mi oído y empezó a cantarme *No me doy por vencido* de Luis Fonsi. Una lágrima traicionera descendió por mi rostro, mientras Rodrigo me decía que quería un mundo conmigo, que era una señal del destino y que lo supo desde el momento en que me vio.

Sin poder resistirme a lo que ese hombre me hacía sentir, me coloqué frente a él, le besé y le hice el amor con calma, para demostrarle sin palabras todo lo que esa noche y ese reencuentro estaban significando para mí. Ese fue el instante en que mi corazón decidió mandarme una señal inequívoca de estaba perdida e irremediablemente enamorada de él. El sentir que aquello se acabaría pronto, y romperse mi alma solo de pensarlo, era la prueba irrefutable de que jamás olvidé a mi primer amor.

Por todo ello, le amé durante horas. Porque necesitaba callar la voz de mi conciencia, que me gritaba que era una persona horrible, una mentirosa y que él no se merecía nada de lo que le haría después.

Me desperté con las primeras luces del alba. Rodrigo dormía plácidamente a mi lado. Me detuve menos de treinta segundos en pensar qué hacer. Solo tenía dos opciones: irme ya o disfrutar de él unos días más.

Cómplice, sé que estuvo mal. Sin embargo, no podía quedarme y darle más esperanzas. Por ese motivo, recogí mi ropa, cogí un taxi y me fui a casa de Mada. Llegué llorando, hice la maleta, monté a Vanda en el coche y no miré atrás. Solo le pedí un favor a mi amiga: Que no le dijera dónde vivía y que no le diera mi teléfono.

7. ME VOY

6 de agosto de 2020

Miré a mi alrededor, no sabía muy bien dónde estaba. Solo tenía claro que no era mi habitación, pero la cabeza me daba vueltas y me dolía todo el cuerpo. Escuché una voz a mi lado y la respiración se me cortó.

—Bienvenida, Pequeña, qué susto nos has dado.

—¿Rodri? —pregunté pensando que estaba soñando y sintiendo la boca como una alpargata.

—Sí, soy yo. Estás en el hospital. Duerme un poco y cuando despiertes te lo explicaré todo.

En ese momento me vinieron imágenes a la cabeza: Mi cama, encontrarme mal y llamar a la clínica para avisar. Pero ¿dónde encajaba Rodrigo allí? La última vez que lo vi, estaba durmiendo en la Suite del Hotel Hernán Cortés de Gijón unos días atrás.

En algún momento el dolor de cabeza incipiente ganó la batalla y me quedé dormida. Al despertar una doctora hablaba con él.

—En el momento en que despierte avísenos, tenemos que explicarle que ha perdido el bebé y que ha tenido una hemorragia importante. Durante un par de días estará en observación y, si todo va bien, le daremos el alta. Necesitará que alguien cuide de ella durante las próximas dos o tres semanas. Si quiere tener hijos en el futuro, es de vital importancia que se recupere totalmente.

—Tranquila, doctora, no me separaré de su lado.

Traté de digerir la conversación lo más rápido posible, mientras la doctora abandonaba la habitación, y busqué fuerza en mi interior para hablar:

—Rodri, ¿mi bebé no está? ¿Qué ha pasado?

Intenté incorporarme y Rodrigo corrió para ayudarme. Me colocó una almohada en la espalda y me tendió un vaso de agua.

—Alma, lo siento. Has sufrido un aborto esta mañana en tu casa. He ido a buscarte a la clínica, justo en ese momento has llamado para decir que te encontrabas mal. Carmen tenía una urgencia y al decirle mi nombre, no sé por qué, no lo ha dudado y me ha dado tus llaves de casa para ir a buscarte. He llamado a una ambulancia y aquí estamos.

3 de agosto de 2020.

Sí, *Cómplice*, Carmen es mi jefa, pero también es como una madre y una gran amiga para mí. Cuando comencé, en dos mil doce, a trabajar con ella y con su marido Arturo fueron una tabla de salvación en mi vida; y cuando en dos mil quince entró a trabajar como peluquero canino Mateo, hicimos una piña perfecta.

Al volver de Gijón, después de dejar a Rodrigo durmiendo e irme como la mayor de las cobardes, fui directamente a la clínica. Se llama Montepets. ¡Tendrías que verla! Carmen y Arturo mandaron construir el edificio entero hace años. En la segunda planta está su vivienda. En la primera, el ala de ingresos y cirugía y en la planta baja, a pie de calle, la clínica. ¡Es un lugar genial! Tiene una pequeña tienda de alimentación y accesorios para mascotas, dos consultas, un laboratorio y una peluquería canina que lleva Mateo.

Es mi rubio favorito y el chico más dicharachero y cariñoso del mundo. Junto a su hermana Vero y a Mada, formamos La chupipandi. Son mis amigos del alma y mi apoyo incondicional desde que los hermanos aparecieron en nuestras vidas.

Cómplice, yo tampoco tengo claro de dónde salió eso de «chupipandi». Un día Mateo creó el grupo en WhatsApp y hasta hoy. Es nuestra vía de comunicación predilecta y en ese grupo nos desahogamos de todo, además de mantenernos al tanto de los escarceos amorosos de Mateo; adora hacernos partícipe de sus conquistas.

Carmen y Mateo al verme llegar, alertados por Mada —mi hermanita es como radio patio—, y sentir mi estado de nervios, me abrazaron. No había mucho jaleo, por lo que Arturo se hizo cargo de

la clínica y mis amigos me subieron a la segunda planta. Me prepararon un té y esperaron mi explicación. Un rato más tarde, que según mateo fue eterno y que no puedo rebatir porque yo seguía como ida, al ver que yo no era capaz de hablar, mi amigo se hizo cargo de la situación. Se le da fenomenal al *jodío*.

—Chula, ¿en serio has encontrado a tu amor perdido, te has acostado con él y te has venido sin decirle nada? —En ese instante recobré algo de conciencia y le fulminé con la mirada, cosa que no le importó porque siguió con su retahíla—. ¡Joder!, ya podría invitarme Mada a vacaciones así. Yo también quiero un amor de esos que te hacen perder la razón. Porque tienes claro que estás como una jodida cabra, ¿no?

¡*Cómplice*, no he dicho que tenga tacto! He dicho que se le da muy bien tomar las riendas de las situaciones comprometidas.

—¡Mateo, Coño!, no le hables así que bastante tiene la pobre.

Vero apareció en ese instante. Se me acercó y me abrazó, intentando darme el consuelo que no encontraba.

—Gracias, Vero —atiné a agradecer en un susurro.

—Chula, no digo que mi hermano no tenga razón, digo que hay que hablarlo tranquilamente.

¿Por qué me llaman Chula?

Cómplice, de eso puedes echarle la culpa a mi camionero cerebral.

◆◆◆

El día que Mateo entró a trabajar con nosotros, Carmen nos presentó. El chico me plantó dos besos sonoros y me dijo:

—Encantado de conocerte, Alma. Eres una chula de los pies a la cabeza. Lo sabes, ¿no?

—Y tú eres de esos a los que la inteligencia les persigue, pero corren más rápido. Lo sabes, ¿no?

Y ahí estaba mi camionero cerebral dejando una «muy buena» primera impresión. La cara del rubio era de desconcierto total, pero la

de mi jefa era claramente de «Tierra trágame».

—Perdona, Alma, no quería ofenderte —intentó excusarse el recién llegado, pero yo ya me había puesto en modo farfullera.

—¡Hombre, simpático!, si no quieres ofender no me llames chula —rebatí levantando el mentón con mucha dignidad.

—No sabía que hacerte ese cumplido te ofendería, discúlpame, de verdad.

Mi cabreo no daba tregua y seguí con mi pose de chula de barrio.

—¿Perdón? Mira, bonito, no sé qué significa en tu casa «chula», pero en la mía significa prepotente, altanera y cosas por el estilo. No veo el cumplido por ningún sitio.

De pronto Mateo rompió a reír, se le caían las lágrimas del ataque de risa, y yo seguía sin entender nada. Carmen alternaba miradas entre ambos y pensé que se estaba arrepintiendo seriamente de contratar a dos lunáticos como nosotros. Cuando el nuevo consiguió controlar sus carcajadas procedió a explicarse:

—Alma, en Santillana de los Montes, el pueblo en el que me crie, «chula» significa guapa, de muy buena presencia.

¡Dios!, *Cómplice*, ¡no sabía dónde meterme! Me comporté con él como una idiota integral. Arturo, que estaba detrás de nosotros, profirió una carcajada consiguiendo que su mujer le siguiera, para después contagiarme a mí y los cuatro tuvimos un ataque de risa de los que no sabes cómo parar. Cuando conseguí dejar de sujetarme el estómago por el dolor de tripa que tanta risotada me estaba provocando, me acerqué a Mateo y le sostuve la mano para intentar reconducir aquella atípica presentación de dos nuevos compañeros de trabajo.

—Mateo, perdona, no tengo filtro cerebral y he sido una maleducada. Discúlpame.

Para mi sorpresa el nuevo me abrazó y me dijo al oído algo que recordaré siempre:

—Chula, eres de esas personas que sabes que son especiales viéndolas solo un instante. No te preocupes, nos vamos a llevar muy

bien.

Algo ruborizada, le di un beso en la mejilla y desde ese día, hasta hoy, es un pilar importantísimo en mi vida. Y, bueno, a su hermana le hizo mucha gracia la historia y con «Chula» me quedé.

◆◆◆

¡Ves!, ¡si es que me desvío del tema! Sigo contándote el día en que abandoné el amor de la forma más ruin posible.

Vero, Carmen y Mateo me escucharon con atención relatar todo lo acontecido horas antes y todo lo que sentí al ver a Rodrigo después de tantos años. Cuando terminé, Carmen se secaba las lágrimas, Mateo me abrazaba intentando consolarme y Vero daba vueltas por el salón como un león enjaulado. Después de un rato en silencio, finalmente, fue mi jefa quien tomó la palabra:

—Alma, cariño, sabes que te quiero como a una hija y que solo deseo verte feliz. Si ese chico te quiere tanto como dice, nada de lo que vayas a contarle debería hacer que se alejara de ti. Eres una persona extraordinaria, trabajadora y cariñosa. Es cierto que tus circunstancias son especiales, pero si este amor ha sobrevivido trece años en la distancia, ¿cómo no va a sobrevivir a la verdad?

—¡Coño, Carmen!, porque la verdad de Alma es un culebrón mexicano —soltó mi amigo apagando un filtro cerebral que todos debemos tener averiado en La chupipandi.

Aguanté las dos lágrimas que pugnaban por salir y Vero me abrazó, para seguidamente atravesar a su hermano con la mirada y espetarle:

—¡Joder, Mateo!, eres único dando ánimos. Alma, creo que deberías volver y hablar con él. Pobrecillo, no quiero ni pensar en su cara esta mañana al despertar y darse cuenta de que habías huido.

Sé que Vero intentaba apoyarme, pero para ser abogada no eligió demasiado bien sus palabras y las dos lágrimas resbalaron por mis mejillas. Mi amigo intentó defenderse:

—A ver, chicas, que no me he explicado bien. Yo estoy con vosotras. Creo que Rodrigo se merece una explicación. Lo que digo es que, en el lugar de Alma, yo hubiera esperado unos días más junto a

él. Y después, cuando estuviera seguro de que no puede vivir sin mí, le soltaría la sopa.

Yo solo escuchaba, no podía hablar, solo pensaba en Rodrigo al despertarse y no verme a su lado, en que habría pensado. Apostaba mi mano derecha a que pensó que era una venganza por no haberme llamado hace años y que me odiaría por ello. ¿Y cómo podía no hacerlo? No le dejé ni una nota de despedida. ¡Nada! Y a cada segundo que pasaba lejos de él mi tristeza se hacía más profunda, me sentía más y más mezquina. Algo en mi interior se iba resquebrajando, consiguiendo que solo tuviera deseos de desaparecer. Mateo, que me conoce mejor que yo misma, me retiró de los brazos de su hermana para abrazarme con fuerza y sentenció:

—Vero, si no tienes que volver al bufete, llévate a Alma a su casa. Yo haré los dos *perretes* que tengo y después me reúno con vosotras. Paso primero por el súper a por «la compra».

Mi amiga asintió y mi querida jefa se levantó y me abrazó con ternura.

—Cariño, vete a descansar. Yo voy a ayudar a Arturo y si necesitas cualquier cosa me llamas. Piensa en lo que te he dicho. Hay amores que merecen un salto de fe.

—Gracias, Carmen —contesté intentando aparentar una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

Le di un beso de despedida y me dejé guiar por Vero hasta su coche. Normalmente, le pediría que me dejara conducirlo. Adoro su Seat 124 del 77. Solo lo usa para distancias cortas y para quedadas de clásicos, pero es una pasada. Aun así, ese día no estaba yo como para concentrarme en algo más que poner un pie delante del otro para caminar. Realmente, no era consciente de cómo había llegado desde Asturias a Madrid. Ni siquiera recuerdo haber parado a echar gasolina. Creo que encendí el piloto automático y llegué directa al lugar que sentía parte de mí y donde podría lamer mis heridas en compañía de mis amigos.

Entramos en mi casa rodeadas de un silencio nada habitual que me cayó como una losa, consiguiendo que me sintiera peor. Viendo en el estado de ánimo que me encontraba y entendiendo por qué entrar en casa me podía haber afectado de más, Vero me preparó una infusión con melisa y me quedé dormida en el sofá. Creo que el

embarazo junto con las emociones fuertes, pudieron más que yo.

A las siete de la tarde llegó Mateo con la compra. Consistía básicamente en todos los tipos de chocolates del súper, tres tarrinas de helado, una tortilla de patatas precocinada, unas pizzas, gominolas para alimentar a un ejército y pepinillos para cuando tuviéramos ganas de salado o de vomitar, depende de cómo lo mires.

Mateo es como el hermano mayor que nunca he tenido. Es atento, cariñoso, divertido y perdería un brazo si con eso Mada, Vero o yo volviéramos a sonreír. No sé qué haría sin mi Chupipandi.

Después de ver *Titanic, El diario de Noa*, comer como cerdos, llorar como una niña e intentar apartar de mi mente a Rodrigo, me quedé dormida. ¡Ah!, no sin antes aguantar estoicamente a mi amigo cantarme la canción *Me voy* de Julieta Venegas.

—Chula, ¿no dices que cada momento en la vida tiene su canción? Pues esta es la tuya en este instante. ¡Piénsalo! ¿Tú crees realmente que la letra tiene razón y hay alguien mejor para ti o deberías volver y hablar con Rodrigo?

No contesté, pero medité aquellas palabras para mis adentros: ¿Debía buscar a Rodrigo e intentar que entendiera mis «circunstancias especiales» o debía dejarlo pasar como una anécdota más de mi vida sentimental? Y con esos pensamientos me dormí.

Cuando desperté, Mateo, Vero y yo éramos un amasijo de extremidades sobre mi cama. Me deslicé fuera del colchón cual ninja entrenado —esa maniobra ya la había realizado en muchas ocasiones, aunque en otras circunstancias y con distintas personas— y llegué a la cocina. Preparé el desayuno y esperé a que amanecieran. Una vez los tres sentados con nuestras humeantes tazas les conté cómo me sentía y les hablé como no pude hacerlo el día anterior.

—Chicos, gracias por apoyarme y gracias por estar siempre ahí cuando os he necesitado. Tengo la certeza de que quiero a Rodrigo. Como también tengo la misma convicción de que su mundo y el mío están en galaxias opuestas. Hace trece años casi me cuesta la amistad con Mada superar su rechazo. Si embargo, esta vez, aunque suene egoísta, sé que él siente algo por mí y con ese recuerdo me quedo. No voy a buscarlo; y ahora necesito un par de días para estar sola y pensar que haré con el embarazo y si voy a llamar a Borja.

8. NADA SIN TI

6 de agosto de 2020 - En el hospital.

Miraba a Rodrigo sin entender cómo había llegado hasta allí. Intentaba procesar todos los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza y dar respuesta a las decenas de preguntas sin respuesta que me acechaban sin parar. Me tomé unos segundos para reorganizar mis ideas y comencé a preguntar por lo que más me desconcertaba.

—Espera, ¿cómo sabías dónde trabajo y dónde vivo? Y, ¿por qué te portas bien conmigo después de que te mentí?

Sin perder esa sonrisa que me estaba calentando el alma, comenzó a contestar de forma tranquila.

—Cuando desapareciste del hotel fui a buscarte. Mada me dijo que te habías marchado. No quería decirme dónde estabas ni cómo encontrarte. Pero como yo no estaba dispuesto a esperar otros trece años para verte, me dediqué a hacerle acoso y derribo durante dos días. Le hablé de mis sentimientos por ti, le supliqué que hablara contigo, le rogué que te hiciera llegar una carta, lo que fuera para que supieras que no iba a renunciar a ti, pasara lo que pasara y tuvieras los problemas que tuvieras. Finalmente, me dijo que si quería convencerte de mis sentimientos tendría que venir a buscarte personalmente. Aunque antes me puso una condición.

—¿Cuál?

Mi voz apenas se oía, no entendía cómo ese hombre tan maravilloso podía estar ahí, de pie, mirándome con amor después de saber que me acosté con él, estando embarazada de otro.

—Me hizo prometer que no te juzgaría ni te odiaría porque, aunque no me lo pareciera, tú creías que alejarte de mí era lo mejor que podías hacerme —aclaró acariciándome la mejilla.

—Lo siento, Rodrigo, te debo un millón de explicaciones —sollocé mientras las lágrimas brotaban descontroladas a través de mis ojos.

—Tranquila, Pequeña, no me iré a ningún sitio. Cuando te recuperes hablaremos de todo lo que creas que necesito saber.

—Te lo prometo, Ro, te lo contaré todo. Pero hay algo importante que debes saber… —No pude terminar mi confesión porque la puerta de la habitación se abrió.

—¡Mamá, mamá!, ¿estás bien? En cuanto Carmen ha llamado a la abuela María, las abuelas, Oliver y yo hemos venido desde Guardamar lo más rápido posible.

Ignorando la cara de asombro de Rodrigo, atendí a la niña de doce años que me abrazaba llorando.

—Ari, tranquila. —Ella sollozaba desconsolada y me apretaba más fuerte—. Mi vida, de verdad, estoy bien. En cuanto estemos en casa os lo explicaré todo. ¿Dónde está tu hermano? —pregunté acariciando el pelo de mi pequeña.

En ese momento entró un niño de idéntica edad. Me miró enfadado y acto seguido se echó en mis brazos llorando.

—Oliver, cariño, tranquilo estoy bien —repetí dejando que escondiera su rostro en mi pecho.

—¡Nunca más te irás de vacaciones sin nosotros! ¡Una vez, mamá, solo una vez te dejamos sola y acabas en el hospital! —explotó Oliver sacudiéndose las lágrimas con rabia.

Mi pequeño era muy dramático cuando quería. Ari se percató de la presencia de Rodrigo, que estaba petrificado mirando a mis hijos: dos pequeños mellizos, castaños, de ojos color miel y bastante más morenos que yo.

Sí, *Cómplice*, a esa misma conclusión llegó él y por eso no podía ni hablar.

Mi hija, ya consciente de que había un hombre al que no conocía, soltó señalándole de forma descortés y directa:

—Mamá, ¿este quién es?

—¡Ariadna, esa educación! —La voz de mi tía María llegó desde

la puerta—. Hola, mi Alma, ¿cómo estás? Vaya susto nos has dado. Tu madre ya viene, está hablando con los médicos —explicó en ese tono tan neutro que siempre la ha caracterizado.

—¿Y papá? —pregunté.

—Mi vida, papá se ha puesto muy nervioso y le ha dado un pequeño brote. Nada importante, pero creímos que era mejor que se quedara con Iñigo en casa. Eso sí, por favor llámale y que oiga tu voz.

Iñigo era el *noviete* de mi tía de los últimos años. Un caballero de lo más agradable y cariñoso con toda la familia, pero que se quedó en amistad poco después de mi estancia en el hospital.

Tras su explicación, la puerta se abrió dando paso a mi progenitora. Viendo la cara de susto que lucía, me apresuré a decir:

—Hola, mamá. Tranquila, estoy bien.

Lloraba abrazaba a mí —cosa que ya has podido comprobar que en esta familia somos de lágrima fácil— hasta que vio a Rodrigo, el mismo que seguía como una estatua al otro lado de la habitación. Puedo apostar una mano a que estaba en *shock*. Por ello, mi santa madre que es única para sacar a alguien de ese estado preguntó:

—Alma, cariño, ¿quién es tu amigo y dónde está Borja?

El aludido me miró con intensidad y supe que necesitaba muchas explicaciones y de forma urgente. Con la convicción de aclarar la situación, contesté a mi madre:

—Mamá, él es Rodrigo. Me ha traído al hospital. Y ya sabes que Borja está en Argentina, no sabe nada de esto ni lo va a saber. ¿Estamos?

—Pero…

—¿Estamos?

Le dediqué a mi progenitora una mirada severa. Cuando quiero puedo ser muy sargento y no tenía el cuerpo para más discusiones.

—Sí, hija. Es tu vida.

—Y ahora, por favor, llévate a los niños a la cafetería. Necesito hablar algo importante con Rodrigo.

Mi tía, que sabía mucho más de la historia que mi propia madre, me echó una mano silenciosa.

—Vamos, cuñada, estos niños llevan cuatro horas de coche. Necesitan comer algo —alegó cogiendo a los mellizos de la mano y dirigiéndose a la salida.

—Gracias, tía, no tardaré mucho —agradecí.

Me guiñó un ojo y desaparecieron por el pasillo.

—Rodri, ven por favor. Acércate y te lo explicaré todo.

—¿Son mis hijos? —preguntó con lo que sentí como pánico hacia la posible respuesta.

—¡¿Qué?! No, no son tus hijos. Son míos, solo míos —Estoy segura de que mi respuesta lo dejó aún más confuso—. Lo que quiero decir es que no son tus hijos, no me quedé embarazada con dieciocho años, pero sí fui madre con diecinueve.

—*What*?

—Si te sientas te lo explico —pedí señalando una silla.

La colocó junto a mi cama, tomó asiento y esperó pacientemente a que yo hablara.

—Intentaré explicarme desde el principio —fueron mis siguientes palabras.

Le conté a Rodrigo, como a continuación te contaré a ti, *Cómplice*, cómo fue realmente mi vida desde los diez años y cómo llegué a ser madre con diecinueve.

◆◆◆

Cuando cumplí diez años, fuimos a celebrar mi cumpleaños y el de Mada al parque de atracciones.

Mi padre y yo teníamos una tradición: en cada aniversario de mi nacimiento, después de soplar las velas, bailábamos la canción *Nada sin ti* de Eros Ramazzotti. Cuando era un bebé él me cogía en brazos. Más tarde, cuando aprendí a caminar, me subía sobre sus pies y bailábamos juntos. Ese era nuestro momento y el que yo estaba deseando que llegara. Era la forma de mi padre de felicitarme por cumplir un año más.

¿Por qué esa canción?

Verás, *Cómplice*, antes de que yo naciera mi madre estaba obsesionada con Eros Ramazzotti —palabras textuales de mi progenitor—, y durante el parto, ella le obligó a cantar para relajarse y no pensar en el dolor. Esta era la canción que mejor se sabía de tanto escucharla en casa. Por eso para él es especial. Cuenta que cantando esta canción vio mis ojos por primera vez.

Pues bien, estábamos bailando, como en cualquier otro cumpleaños, cuando a mi padre le dio un latigazo en la espalda y dejó de sentir las piernas. Fue un momento caótico en el que puedo recordar a la perfección la cara de preocupación de los otros padres allí presentes. Rápidamente, mi madre llamó a una ambulancia y se lo llevaron. Ella le acompañó al hospital y yo me fui a pasar la noche a casa de Mada.

Esa fue la primera vez que dormí lejos de ellos. Recuerdo estar aterrada y sentirme culpable, pensaba que yo era la responsable de la lesión de mi padre, pero igual de bien que recuerdo esa sensación de culpabilidad puedo recordar a mi amiga abrazándome toda la noche y hablando de tonterías para distraerme.

Al día siguiente le dieron el alta con una lumbociática como pronóstico. Al ser una lesión pasajera le dijeron que con tres días de reposo se le pasaría.

No, *Cómplice,* desgraciadamente no fue así ni de lejos.

Dos meses más tarde, mi padre seguía en cama y los médicos no entendían qué sucedía. Recuerdo oír hablar a mi madre con ellos y cambiarle de medicación varias veces, hasta que le dieron parches de morfina. No se le quitó el dolor del todo, pero parecía que volvía a poder hacer vida, relativamente, normal. Durante esas semanas de falsa calma, siguieron haciéndole pruebas y no dejaba de entrar y salir

del hospital. Ese fue el momento en el que empecé a pasar más tiempo en casa de mi tía María, la hermana de mi padre, que en mi casa. No me quejo, que conste, mi tía era un amor conmigo y su hija Ariadna, de veintidós años en aquel entonces, era como una hermana para mí. Además, vivíamos en la misma calle por lo que no estaba lejos de mis padres. Aun así, yo seguía sintiéndome culpable y mi concentración en el colegio empezó a mermar y repercutir negativamente en mis notas.

En esos momentos te das cuenta de que hay gente en la vida que se mete donde no le llaman. Como la graciosa de la vecina, que le dijo a mis padres que lo hacía para llamar la atención, que por eso no estaba estudiando. La escuché un día decirlo como si fuera algo normal y me marcó bastante, desde entonces suelo intentar no juzgar a nadie por hechos de los que no conozco la causa.

El caso es que después de un año y medio de pruebas, algunas tan desagradables como el electromiograma —consiste en calambrazos en los nervios y luego pinchazos en los mismos para que hagas fuerza y ver si los tienes dañados—, exámenes que dejaban a mi padre hecho polvo y sumido en una depresión, le diagnosticaron Espondilitis Anquilosante con Sacroileitis Bilateral aguda.

¿Qué significa eso?

Pues mira, te lo voy a explicar de la forma en que al final lo entendí yo, porque si te cuento toda la jerga que me soltaron en su momento estamos aquí hasta Navidad y, aun así, si no eres médico dudo que me entendieras. Esta enfermedad es una forma crónica de artritis. Afecta sobre todo a los huesos y las articulaciones de la base de la columna. Las cuales se inflaman y se hinchan y este es el motivo por el que las personas que lo padecen sufren dolores crónicos, rigidez y pérdida de movilidad, que puede ser un brote pasajero o algo más permanente.

Una vez diagnosticado, parecía que veíamos la luz porque había un tratamiento que, aunque no lo curaba, sí mejoraba muchísimo su calidad de vida. Sin embargo, la alegría nos duró poco, ya que mi padre resultó ser alérgico a la medicación.

Después de ese batacazo que a él le dejó varias semanas sumido en un estado de supervivencia por inercia, comenzó a probar varias medicaciones experimentales y una de ellas parecía irle muy bien. Ahí sentí que mi padre veía luz al final de túnel, pero otra vez la vida le ponía a prueba. Esa medicación, pasados unos meses, dejó de hacer

efecto. Desde aquel momento todo se precipitó, cada vez tenía más brotes. Recuerdo que algunas veces se despertaba y no podía moverse, otros días le hormigueaba todo el cuerpo y decía que odiaba esa sensación. Y pronto comenzó a tener problemas en los hombros y las rodillas. Se le luxaban o dislocaban sin motivo aparente. Era increíble porque ocurría cuando caminaba tranquilamente o incluso durmiendo. Mi madre se hizo una experta en recolocar articulaciones y yo, poco a poco, comencé a quedarme en casa de mi tía por propia voluntad. Ver en lo que mi padre se estaba convirtiendo, un hombre vital, bailarín, jovial que ahora estaba malhumorado y dolorido constantemente, hizo que sin darme cuenta comenzara a aceptar de buen grado dormir casi de forma constante en casa de mi tía.

Así, pasamos dos años más. Hasta que después de una punción lumbar, que derivó en una mielitis que casi le deja sin volver a caminar, le hicieron un test genético porque había muchos síntomas que no les encajaban. Esa prueba resultó de lo más esclarecedora y descubrieron, bastante asombrados, que además de la Espondilitis tenía Síndrome de Ehlers-Danlos tipo tres.

Te explico: Es un síndrome que afecta a las articulaciones y hace que tengan hiperlaxitud, por lo que se pueden salir cuando les dé la gana. Es una enfermedad rara. Motivo por el cual, tardaron tanto en llegar al diagnóstico.

Si no recuerdo mal, a los doce años empecé a ir al psicólogo, en realidad iba toda la familia. Mi tía porque no soportaba ver a su hermano pequeño enfermo. Mi madre porque se sentía fatal por descuidarme para atender a su marido. Mi padre porque tenía depresión por la enfermedad y se sentía una carga. Y yo porque me sentía culpable. Seguía pensando que fue por bailar conmigo por lo que se desencadenó todo.

Ahora sé que no fue así, pero era una niña y no entendía cómo mi padre podía estar pasando por todo aquello. El mismo hombre que hasta el percance siempre tenía una sonrisa para regalarme, incluso cuando tenía que contar una trastada o algún problema del colegio, ese que me apoyaba y me hacía reír ante cualquier cosa que me entristeciera. ¡No era justo! Ese era el pensamiento más recurrente junto con el de que yo era la culpable.

Puedo asegurar que Mada fue mi gran apoyo durante ese tiempo. Siendo una niña se comportó de la manera más madura. Recuerdo las tardes en las que me ayudó a buscar información en la biblioteca, los

días que me hizo reír cuando solo tenía ganas de llorar y, gracias a ella, no repetí ningún curso. Siempre me decía: «Hermanita, ¿cómo voy a pasar a otra clase sin ti? ¡Si tú suspendes, yo también!».

En ocasiones, Mada robaba gominolas y dulces de su casa y nos los comíamos a escondidas. Años después supimos que su madre los dejaba allí a propósito, pero en aquel momento para mi amiga era un acto importante y para mí era una demostración de cariño.

◆◆◆

Recuerdo una tarde, cuando teníamos trece años, en la que su madre nos llevó de tiendas. Yo no quería comprarme nada y sentía que estaba de más en esa salida entre madre e hija.

No me malinterpretes, *Cómplice*. Adoro a Mada y a su madre Laura, pero me daba por pensar que me tenían lástima y que para ellas era como un perrito abandonado al que había que dar cobijo y comida. Piensa que estaba en la adolescencia y era muy melodramática, aunque me tienes que reconocer que mis circunstancias me daban un poquito de margen para serlo.

Mi mejor amiga, al conocerme como la palma de su mano, me inquirió:

—Hermanita, escupe la tontería que se te está pasando por la cabeza. Si la dejas ahí dentro se convierte en un monstruo.

—Ya lo sabes, Mada, os agradezco que me traigáis porque mi padre está ingresado y mi madre no tiene tiempo, pero me apaño con la ropa que tengo, no necesito más.

—Mira, Alma, puedes decirme que te apañas con la ropa si te da la gana, pero en realidad, sí necesitas más. Necesitas a tus padres y tener una adolescencia más fácil. Pero ¿sabes qué? —Negué con la cabeza—. La vida es como viene y hay que aceptarla y disfrutarla con intensidad. Vale que la tuya no es perfecta, pero tienes una familia que te quiere, un padre que daría lo que fuera por volver a bailar contigo y una madre que sufre cada vez que te mira y cree que no te da lo suficiente. ¿Sabes lo que me pareces a mí?

La miré levantando la ceja de forma altanera porque su discurso no me estaba gustando.

—¡¿Qué?! —grité enfurruñada.

—Me pareces una niña mimada, malcriada y egoísta. ¿No atendiste ayer en clase cuando la profe Rosario nos explicó para qué iba destinado el dinero de la recaudación de fondos de este año? Esas personas sí lo han perdido todo en el huracán. Mira, Alma, te quiero como si fueras mi hermana, pero tu actitud de mierda en la vida va a hacer que alejes a la gente de ti. Mi madre te adora, pero estás taciturna y parece que te molesta que en mi familia no haya problemas tan graves como los tuyos. Tu lema parece: Mal de muchos, consuelo de tontos.

Sin dejarme contestar y dándome tiempo para rumiar sus palabras, Mada se dio la vuelta y se metió en un probador. Allí, en mitad de una tienda, estudié su discurso y supe que tenía razón. Sin querer estaba proyectando mi frustración sobre los demás y estaba culpando a las personas por tener cosas que yo no tenía.

En el momento en que salió, me abalancé sobre ella y la abracé. Con la emoción desbordándome quise hacerle partícipe de mi descubrimiento.

—Lo siento. Tienes razón, sufro por la enfermedad de mi padre y lo pago con todo el mundo. Eso no es justo.

Los dos siguientes años fueron complicados. Mi padre se sometió a tres operaciones, en la rodilla derecha y en los dos hombros. Pero en mi decimosexto cumpleaños se puso en pie, conectó el radiocasete del salón de mi casa y escuché nuestra canción.

—Alma, cariño, te debo seis bailes. Sé que estos años han sido duros, pero ahora sé que cada día cuenta y que debemos jugar las cartas que nos reparte la vida. Tienes dieciséis años y una vida por delante. Prométeme que vas a perseguir todos tus sueños y no vas a dejar que nada ni nadie te frene.

Abracé a mi padre entre lágrimas de emoción y bailamos despacio. Yo por miedo a volver a hacerle daño y él porque no quería que ese momento acabara.

Al dar por concluida la fiesta, mis padres hablaron conmigo. Habían decidido mudarse a Guardamar del Segura, el pueblo de mi

padre, al apartamento que teníamos allí. Él echaba de menos su tierra y el mar, y creía que allí estaría mejor física y anímicamente. Ahora que ya sabíamos lo que tenía y que le habían concedido la incapacidad permanente solo les retenía yo en Madrid. Antes de dejar que se explicara del todo, mi adolescente egoísta se hizo cargo de la situación:

—Papá, yo no quiero mudarme. Mi vida está aquí, mis amigos, mi instituto, la tía, Ari, Mada y todos los que me importan. He nacido y crecido en Monteolivos porque vosotros lo decidisteis y ¿ahora tengo que dejarlo todo y empezar de cero?

Ya te he avisado de quién capitaneaba mi boca… *Cómplice*, no pretendas que, además de estar con el pavo subido, inmersa en esa etapa de la adolescencia en la que creemos que solo nuestros sentimientos importan, pensara en lo mejor para él. ¡Yo estaba ganando el Óscar a mejor actriz dramática!

—Alma, cielo, mamá y yo hemos pensado que como empiezas el bachillerato y luego quieres estudiar veterinaria, si no quieres mudarte a Alicante puedes vivir con tía María y la prima Ariadna —expuso de forma conciliadora mi padre.

—¡Claro!, no es muy diferente de lo que hago ahora, ¿no? ¡Si lo que queréis es deshaceros de mí, hay formas más fáciles que iros a vivir a cuatrocientos kilómetros! —chillé totalmente convencida de la injusticia que se estaba cometiendo en mi contra.

—¡Alma! No te consiento que nos hables así. Tu padre no se merece esto.

Mi madre rompió a llorar y, en una fracción de segundo, me trasladé a aquel probador y a las palabras de Mada. Avergonzada y sollozando intenté disculparme haciéndoles entender cómo me sentía:

—Mamá, papá, lo siento. Sé que me queréis y que os duele no haber estado todo el tiempo conmigo. Ninguno queríamos que esto pasara y si creéis que es mejor para papá vivir cerca del mar, lo entiendo y os apoyo. Pero yo quiero estudiar en Madrid.

Tras una conversación en la que expusimos nuestros puntos de vista. Los tres nos abrazamos y lloramos porque sabíamos que, aunque mi padre se encontraba mejor, su enfermedad era degenerativa y antes o después empeoraría. Sin embargo, siempre nos quedaba la esperanza

de que en alguna de las pocas investigaciones que había, encontraran sino una cura sí un tratamiento que mejorara su calidad de vida lo máximo posible.

Los días siguientes yo me sentí la peor hija y la más egoísta por no mudarme con ellos, pero Mada y mi prima Ariadna me hicieron ver que yo no podía ayudar a mi padre. Él no quería que dejara de estudiar o de vivir para cuidarlo. Ese día tomé mi primera decisión como adulta: Alejarme de mis padres para vivir mi vida y perseguir cada uno de mis sueños.

Hasta que cumplí los dieciocho años viví con mi tía y mi prima. Un par de meses antes de mi decimoctavo cumpleaños, mi tía habló con Ariadna y conmigo. Mi prima acababa de construirse una casa y se independizaría muy pronto. Mi tía nos explicó que, cuando yo fuera mayor de edad, se iría a vivir con mis padres porque ya estaba jubilada y quería disfrutar de su tierra y de mi progenitor. Me ofreció quedarme su casa para vivir el tiempo que necesitara, pero yo sabía que tampoco le sobraba el dinero. Por ello, mi prima le dijo que yo me iría a vivir con ella y que lo mejor era que vendiera su piso de Monteolivos, el pueblo a veinte kilómetros de Madrid capital donde he vivido desde que nací.

Al final, entre las tres llegamos a un acuerdo: Yo viviría con Ariadna una vez fuera mayor de edad, mi tía vendería su piso y se compraría un apartamento cerca de mis padres.

Tengo que reconocer que esos años fueron difíciles, pero no puedo decir que tuviera una mala infancia o una adolescencia desdichada. En realidad, vivir con mi tía y mi prima era genial, y Mada y su familia se desvivían por mí. Creo que poca gente recibe tanto cariño y comprensión como recibí yo.

Recuerdo que Ariadna disfrutaba disfrazándonos a Mada y a mí y recreando videoclips de los cantantes y grupos que nos gustaban. Que eran del estilo Backstreet Boys, NSYNC, El canto del Loco... Era genial y pasábamos horas bailando y cantando. A veces creo que éramos sus muñecas tamaño real.

Sí, *Cómplice*. No éramos tan niñas que con diecisiete años también lo hacíamos. Eran momentos en los que olvidábamos la enfermedad de mi padre, aunque fuera un instante.

En los días en que se me venía el mundo encima, les escribía un

SMS diciendo: «SOS. Necesito terapia». Y así, empezaban los mejores momentos de mi adolescencia. Con ese pequeño juego, un día malo se tornaba en un día increíble.

Y en ese punto de mi vida estaba cuando me fui de vacaciones a El Arenal en dos mil siete, conocí a Rodrigo, volví a Madrid y nunca recibí su llamada.

El día que decidí tirar el «CD de la depresión» Mada y yo fuimos a reunirnos con Ariadna. Quería contarnos que estaba embarazada de mellizos. Fue un notición. ¡Iba a ser tía por partida doble! Me embargó la mayor de la felicidad.

9. QUE ME ALCANCE LA VIDA

6 de agosto de 2020 - Habitación del hospital.

—Hasta aquí mi adolescencia.

Rodrigo asintió sin decir nada, limitándose a mirarme con compasión. Cosa que siempre me ha puesto de los nervios. Por lo que decidí seguir y terminar cuanto antes de relatarle mi historia.

»El caso es que cuando Ariadna me contó que se había inseminado y que estaba embarazada de mellizos, fue un momento de plena felicidad. —Me temblaba la voz y continué como pude—. El embarazo fue bien, pero algo sucedió en el parto y, horas después, sufrió una trombosis venosa cerebral que hizo que entrara en coma. Murió a la mañana siguiente.

Las lágrimas resbalaron por mis mejillas y ese hombre maravilloso que me escuchaba sin perder detalle, me sostuvo la mano, dándome ánimos silenciosos para continuar mi relato.

»Lo que yo no sabía era que hizo testamento y en él me nombraba tutora legal de los pequeños. En fin, al poco de volver de El Arenal me dijo que estaba embarazada y que le encantaría que estuviera con ella en todo el proceso. Dejé de lado el año sabático y me matriculé en la universidad, en veterinaria.

Rodrigo pareció consternado y estoy convencida que intentó controlar su sorpresa cuando, algo más alto de lo normal, preguntó:

—¡¿Nunca viajaste de voluntaria como soñabas?!

—No, pero no me arrepiento. —Me apresuré a aclarar ante su cara de desconcierto—. Vivir el embarazo con ella fue precioso. La acompañé a todas las revisiones y ecografías, pintamos la habitación de los niños, decoramos, compramos todo lo necesario para su llegada y fue maravilloso. Lo que no entraba en nuestros planes era que ella muriera y yo me convirtiera en madre de mellizos a los diecinueve años.

Rodrigo me sujetaba la mano con fuerza, sin ser consciente de que incluso llegaba a dolerme, se encontraba perdido en mi mirada y puedo asegurar que intentaba descubrir en mis ojos todo por lo que pasé en los años sin vernos. Al final, aflojó el amarre y exclamó:

—¡Dios, Pequeña!, no sé qué decir. ¿Por qué me mentiste y me dijiste que no tenías hijos?

—No te mentí, omití esa respuesta. Te dije que no estaba casada y tú imaginaste el resto —me defendí.

—Tocado. Y tampoco me dijiste que estabas embarazada —continuó.

—Me enteré la mañana que nos vimos, por eso estaba distraída y Vanda se escapó. No sabía si lo tendría ni qué iba a hacer. Y decidí omitirlo.

—¿Qué más me has omitido? —Esa vez su tono denotaba reproche—. Alma, ¿quién es Borja?

Sin paños calientes respondí:

—Es mi mejor amigo desde el instituto. Siempre ha sido un apoyo para mí. Me ayudó mucho cuando nacieron los pequeños y era lo más parecido a un tío o padre para ellos. Un día, me dijo que estaba enamorado de mí desde siempre y yo decidí intentar que funcionara.

Rodrigo tenía la mandíbula tan apretada que creí que le iban a estallar las venas del cuello. Seguí explicándome, aparentando naturalidad:

»Estuvimos cinco años juntos y hace dos meses recibió una oferta de trabajo muy importante en Argentina. —Cada palabra referente a mi ex parecía torturarle de una forma difícil de describir, pero debía contarle todo y proseguí—. Él quería rechazarla para seguir con nosotros, pero comprendí que, aunque yo lo quería con toda mi alma, no estaba enamorada de él. En cinco años nunca sentí por él, lo que sentí contigo en unos días en El Arenal. Por ello, hablé con él y le convencí para que aceptara. Unos días antes de irse tuvimos, bueno, una despedida… y el resto ya lo sabes. Me quedé embarazada, te vi, hui y perdí el bebé.

Rodrigo asintió sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Cómo estás?

Esa pregunta no me la esperaba, *Cómplice*. Yo estaba preocupada por que saliera huyendo y él preguntándome cómo me encontraba.

—Sinceramente, no estaba segura si debía tenerlo, no entra en mis planes volver a ser madre de ninguna de las maneras. Pero ahora que no está, me siento triste y culpable por haberlo perdido. Si hubiera tenido las cosas más claras…

No pude continuar, las lágrimas volvieron a recorrer mis mejillas y los sollozos me impedían hablar. Rodrigo me abrazó.

—Tranquila, Pequeña, no estás sola. Nada de esto es culpa tuya. Estabas de siete semanas y la doctora me ha dicho que es algo más habitual de lo que la gente imagina.

—Gracias, Rodrigo, gracias por seguir aquí. No lo merezco —intenté decir hipando entre llantos.

Se sentó en el borde de la cama y me acarició la mejilla.

—Alma, has criado a dos niños sola, te sacaste una carrera y te desvives por tu familia. Te mereces todo lo bueno que te pueda suceder.

Me seque las lágrimas e intenté hablar más serena, ya que necesitaba que entendiera que nunca me sentí desamparada.

—En realidad, nunca he estado sola. Mi tía María, aún con todo el dolor de su corazón por haber perdido a su hija, siempre me ha ayudado. Si mi prima no le dejó la custodia es porque mi tía tenía sesenta y seis años y creyó que era mejor que los niños me vieran a mí como su madre y no a su abuela.

Rodrigo no soltaba mi mano y mantenía toda su atención fijada en mí.

»Te mentiría si dijera que no me enfadé con Ariadna por dejarme esa responsabilidad con mi edad. Pero cuando los médicos me entregaron a mis niños para llevarlos a casa, tuve la certeza de que no podría dejarlos con nadie más y que no quería estar en ningún otro lugar del mundo.

Me escuchaba con toda la atención y me sorprendió ver solo amor en su mirada. No había pena, rencor, enfado, nada. Solo amor.

»Mi prima era un cerebrito, patentó un par de aplicaciones móviles y las vendió a muy buen precio. Cuando nacieron los pequeños, su seguro de vida cubrió la hipoteca y dejó una buena cantidad para ellos. Solo he utilizado el dinero justo para pagar mis estudios y poder darles una estabilidad económica. El resto está guardado para cuando cumplan dieciocho años. Yo ya vivía en casa de mi prima, por lo que mi tía María se mudó con nosotros hasta que los niños tuvieron nueve años y yo salía con Borja.

Ahí estaba otra vez, era nombrar a mi ex y tensarse entero. Me apresuré a continuar:

»Nunca dejé que viviera con nosotros porque sentía que no era el amor de mi vida; y lo último que quiero es que mis hijos vean un padre donde no lo hay. Aunque a veces sea imposible. Borja, Mada, sus padres, los míos, mi tía y mis jefes siempre me han ayudado. En realidad, nunca he estado sola. Pero bueno, estas son cosas que te puedo contar más adelante.

—¿Y por las noches? ¿Nunca te has sentido sola? —quiso saber y yo bajé la mirada.

—Si te digo que sí, sonaría egoísta. Mis hijos son lo más grande que me ha pasado en la vida.

Me sujetó por el mentón y me obligó a mirarle a los ojos antes de aclarar:

—Alma, no me entiendes. Estoy seguro de que eres la mejor madre del mundo, pero has perdido tus veinte en criarlos y no has dejado que nadie entre en tu corazón. Eso no es justo para ti.

—Si soy sincera, no es por ellos que nunca he dejado llegar a nadie a mi corazón. El problema es que lo entregué con dieciocho años y nunca lo recuperé.

Rodrigo se inclinó y me besó. No fue un beso apasionado, fue uno tierno, suave y con calma que buscaba demostrar sin palabras lo que le hacía sentir. Aun así, pareció ser insuficiente para él y me confesó:

—Pequeña, te quiero como jamás creí que se podía querer. Cuando perdí tu rastro con veinte años llegué a pensar que idealicé esos sentimientos, pero cuando te vi en Gijón y un tirón en las entrañas casi me hace vomitar, entendí que eras tú. Mi huida hacia delante eras tú.

—Rodri, tú vives en Londres, yo tengo dos hijos y vivo en Madrid. ¿Cómo crees que esto puede funcionar? —inquirí con la duda por montera.

—¡Funcionará! No sé cómo, pero lo hará, no pienso perderte otra vez —aseguró sin titubear ni un solo instante.

Me besó y la puerta se abrió dando paso a toda una manada de gente: Mi tía, mi madre, mis hijos, mis jefes y Mada.

—Hola, hermanita. ¡Joder, que susto coño! No te puedo perder de vista.

—Mada, esa boca, que están los niños —la reprendió mi tía con cariño.

Mi amiga no tiene filtros, ella no tiene un camionero cerebral, tiene a un par peleados por llevar la razón.

—No somos unos niños. —La voz de Oliver sonaba airada.

En ese momento un doctor entró y montó en cólera al ver semejante espectáculo. Los echó a todos menos a Rodrigo y a mis hijos. Y nos advirtió de que, si volvía a ver más de dos o tres personas en la habitación, prohibiría las visitas hasta el momento de darme el alta.

—Mamá, la abuela dice que se queda contigo esta noche, pero yo no quiero separarme de ti —pidió mi hija con ojillos de súplica.

Tengo que confesar que cuando me pone esa mirada a lo gato de *Shrek* me cuesta mucho negarme a sus caprichos, es una niña que puede ser la persona más cabezota y a la vez tierna del planeta. Por ello, hablándole con ternura contesté:

—Ariadna, cariño, tenéis que iros a casa, el viaje ha sido largo y estaréis agotados. Mañana o pasado me darán el alta y estaré allí con vosotros.

Mi hija claudicó y su hermano se puso en plan hijo protector. Muy digno y bien estirado preguntó:

—Nos vas a explicar ya, ¿quién es este señor realmente? Porque yo no beso en la boca a mis amigas.

Oliver cuando quiere es muy directo, ya le irás conociendo, *Cómplice*. A su cuestión fue Rodrigo quien respondió:

—Tocado. Eres Oliver, ¿verdad? —Mi niño asintió muy serio, mirándolo a los ojos—. Yo soy Rodrigo, pero todos me llaman Rodri. Soy amigo de tu madre, pero la verdad es que estoy enamorado de ella y necesito vuestra ayuda. —Oli y Ari lo miraban con la boca abierta—. Ella no saldrá conmigo si vosotros no estáis de acuerdo. Por eso he pensado que podría llevaros a casa, cenamos, nos conocemos mejor y por la mañana decidís si puedo volver a ver a vuestra madre.

Sí, es cierto, *Cómplice*. La estrategia era muy arriesgada pero efectiva, porque dotarlos de ese poder de decisión a mis hijos les encantó. Aprovechando que ellos estaban procesando la información, Rodrigo dio la puntilla:

»Solo hay un problema, mi perro Trasto se está recuperando de una operación y no encuentro ningún hotel en la zona para que me dejen tenerlo. ¿Podríais haceros cargo de él en mi lugar? Solo mientras estemos en Madrid cuidando de vuestra madre.

—¡Por Dios, mamá! ¿Cómo vas a dejar que Rodri se separe de su perro? Tendrán que dormir los dos en casa. Encima que se preocupa por ti, no le vas a separar de su perro enfermo, ¿no? —defendió Ari.

La maniobra de Rodrigo y el discurso de mi hija me hicieron muchísima gracia. Sin embargo, conteniendo mis ganas de reír me mantuve seria y respondí:

—Ari, tienes razón, claro que sí. Trasto necesita a su amito, no podemos separarlos.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a los tres, incluido Oliver, asintiendo.

—Muchísimas gracias, chicos. No sabéis lo que significa para mí que me dejéis estar con mi perro en vuestra casa. Si os parece bien, id

a buscar a vuestra abuela para que se quede con Alma y nos vamos a por mi compi. Tuve que dejarlo esta mañana en la clínica de Carmen y Arturo.

Acto seguido mis hijos se perdieron por el pasillo.

—Gracias, Ro, no tienes por qué hacer nada de esto —susurré intentando no emocionarme por todo lo que estaba viviendo en tan poco tiempo.

—Pequeña, necesito que sepas cómo me haces sentir y no encuentro las palabras.

Así, sin dudarlo ni un instante, se colocó junto a mi oído y comenzó a cantar. En apenas segundos descubrí que se trataba de la canción *Que me alcance la vida* de Sin Bandera, uno de mis grupos favoritos cuando nos conocimos. Escuchar en su voz aquellas palabras de amor, hizo que mis emociones se desbordaran nuevamente.

Cómplice, no te imaginas la voz tan bonita que tiene Rodrigo. Yo era un mar de lágrimas, pero esa vez de felicidad.

—Pequeña, si sigues llorando así, voy a discutir con tu madre y no voy a moverme de esta habitación hasta que te den el alta.

Me sequé las lágrimas con la manga de mi bata de hospital y esbocé una sonrisa que me nacía del alma.

—Vale, sargento, ya me controlo. Gracias por irte con los niños y dejar a mi madre quedarse. Intuyo que te quedarías encantado, pero quiero que se marche mañana con mi padre y necesito que vea que estoy bien.

Después de llegar a ese acuerdo, mi madre entró, Rodrigo la saludó y se fue con mi tía María y mis hijos a casa.

10. AMIGA MÍA

Al día siguiente, mi tía y mi madre volvieron a Guardamar para estar con mi padre. Mada y Rodrigo consiguieron convencerlas, no sin antes prometer que me cuidarían, haría reposo absoluto y que, en cuanto tuviera el alta médica y pudiera viajar, pasaríamos todos unos días allí. Sin embargo, con los niños fue una historia distinta. No hubo manera de que disfrutaran en la playa el resto del verano. Faltaban tres semanas para empezar las clases, pero se mantuvieron firmes y se negaron a montarse en el coche para volver a la costa. Mi chico habló con mi madre y le aseguró que, si cambiaban de opinión, él mismo los llevaría a Guardamar.

Rodrigo me demostró que era una persona extraordinaria. Enseguida se hizo con la confianza de los mellizos.

Por el día los dejaba quedarse conmigo en el hospital, y por la noche Mada los llevaba a casa. Al final, tuve que estar ingresada cuatro días, debido a que mi recuento de glóbulos rojos traía de cabeza a los médicos.

Rodrigo estaba agotado, se lo notaba en la cara, en el cuerpo, incluso en algunos momentos su humor se ensombrecía. Las ojeras que aparecieron en su rostro no eran solo por dormir en el incómodo sofá del hospital. Aunque él no me lo decía, yo sabía que aprovechaba cada segundo que yo dormía o que La chupipandi, mi jefa o los niños se quedaban conmigo, para trabajar.

Cuando por fin tuve el alta médica y llegamos a casa, me tumbé en la cama y me sentí agotada, inútil e impotente. Mada y Rodrigo hicieron la cena, recogieron y cuando los niños se acostaron, mi amiga se fue a la habitación de invitados y mi chico vino a mi lado. El mutismo que me acompañó esas últimas horas no le pasó desapercibido e intentó sacarme de él.

—Pequeña, ¿qué pasa? Ese semblante es que has estado pensando de más.

—Ro, no pienses que te echo de mi lado ni nada parecido, pero he decidido que mañana llamaré a mi tía María para que venga unos días

y, así, tú podrás volver a Gijón, Londres o dónde sea que tengas que trabajar.

El rostro le cambió radicalmente. Pasó de uno algo preocupado a uno que reflejaba perfectamente que mis palabras le habían tocado las narices. Pude intuir por sus gestos que pretendía controlar su enfado, pero ya te digo yo que no tuvo mucho éxito. Sujetándose la cabeza con las dos manos y negando enérgicamente, como si no estuviera seguro de lo que acababa de oír, levantó la vista y clavó sus ojos en los míos.

—Mira, Alma, te lo voy a explicar solo una vez más. Pon mucha atención porque no pienso volver a tener esta conversación. ¡No voy a ningún lado! De momento estoy trabajando a distancia. Gracias al cielo, tengo un equipo increíble que funciona a las mil maravillas, aunque yo no esté cerca. Cuando te recuperes iré a Londres a cerrar unos temas y volveré aquí. Mientras estudio cómo compaginar mi trabajo con vosotros, iré y vendré lo que haga falta. ¡Pero no, no me muevo de aquí! Te dije que haría que funcionase, y eso haré. Aunque desde ya te aviso que si cada vez que esté cansado o agobiado vas a intentar alejarme, tenemos un problema muy serio: Mi paciencia no es infinita.

Agaché la cabeza dolida, hundida, agobiada, aterrada por perderle, enfadada por sentirme así y mil sentimientos más que se agolpaban en mi mente sin dejarme pensar con claridad e intenté excusarme.

—Perdóname, estoy frustrada por no poder hacer nada más que estar tirada en la cama. No puedo ayudar, soy una carga y te veo cansado y… y…

Todo ese torrente de sentimientos me arrolló sin avisar y mis sollozos me impidieron continuar. Rodrigo me abrazó, besó mi cabeza y me dijo, justo, lo que necesitaba escuchar.

—Pequeña, no te prometo que vaya a ser fácil, ni te prometo que no haya días en que queramos rendirnos, pero sí te prometo que vamos a construir una vida en común. Te quiero, no lo dudes jamás.

—Rodri, tengo miedo porque creo que ya no podría vivir sin ti. Te quiero.

Y así, desnudando el alma nos besamos, nos acurrucamos y

dormimos diez horas del tirón.

Sí, *Cómplice*. Los dos dormimos toda la noche abrazados, juntos y sin prisa por primera vez. Creo que, por ese motivo, el sueño que nos asoló fue tan profundo y reparador.

Una semana después, yo me encontraba como nueva físicamente. Los médicos me recomendaron diez días más de vida relajada pero ya no tenía que estar en cama. Para mí, ya era todo un avance. Aquellos días, pensar en el bebé que no pudo ser, me hizo perderme en mi mente durante muchas horas, imaginando qué habría pasado de seguir adelante. Lloré su pérdida y a la vez me odié por sentir alivio al no tener que tomar la decisión de si debía tenerlo o no. En aquellos instantes en que mi corazón se partía, hablaba con Rodrigo y con mis amigos, y poco a poco entendí que no estaba en mi mano decidir. Así, pasito a pasito, comencé a pensar en el futuro y a dejar de atormentarme por lo que ya nunca sería.

La semana anterior, en la que todavía guardé reposo absoluto, Rodrigo se hizo con el mando de la casa, hasta el punto de que Mada, viendo que tenía la situación bajo control, volvió a su casa tres días después de mi alta hospitalaria.

Los niños adoraban a Rodrigo y le obedecían en todo. Sobre mi cama jugábamos al Monopoly y a las cartas. Después, salían al jardín a disfrutar de una piscina desmontable que mi chico compró. Eran días muy calurosos. Sin embargo, mis hijos se negaban a dejarme sola en casa para ir a la piscina municipal o con sus amigos. Ese fue el motivo por el que Rodri les compró una, suficientemente grande, para refrescarse los tres.

Cómplice, yo nunca les mentí respecto a su madre y cómo murió, amándolos con todo su ser y deseando que fueran los niños más felices del mundo, aun sin haberles conocido. Desde bebés les hablé de ella y les enseñé todas las fotos que tengo de mi prima. Aun así, no pude evitar que me llamaran mamá y me sintieran como tal. Y a sus doce años, tener que verme en el hospital les aterró, pensando que yo también podría morir. Así que solo podía intentar recuperarme lo antes posible y demostrarles que había Alma para rato.

Ese primer día en el que ya pude levantarme de la cama, salí al porche sin avisar a nadie y me senté en el balancín de tres plazas, aquel que compré copiando el que disfruté en mi viaje a El Arenal.

Estuve varios minutos observando embelesada como Rodrigo jugaba con mis hijos en la piscina, riendo y charlando, ajenos a unos ojos emocionados que no perdían detalle. Mi chico, al percatarse de mi presencia, salió de la piscina y se sentó junto a mí.

—Hola, Pequeña, como no creo que debas meterte en la piscina... te traigo el fresquito —dijo con una media sonrisa de lo más traviesa y sensual.

—¡Ni se te ocurra, Rodrigo! —¡Tarde!, ya me había abrazado y empapado a la vez—. Te mataría, pero con este calor mejor te doy un beso.

—Castígame así siempre —pidió sacudiéndose el pelo sobre mí para después regalarme un beso que me supo a «demasiado poco».

Durante un rato, nos besamos, reímos y nos mimamos a partes iguales. Me recosté en su hombro y miré atentamente a mi alrededor. Hacía mucho que no examinaba la propiedad con ojo clínico y no pude evitar darme cuenta de las diferencias que había.

—Rodri, ¿has estado arreglando la parcela?

—No sólo es mérito mío, los niños me han ayudado. Es una propiedad estupenda, pero no entiendo que siendo una parcela tan larga la casa esté al final.

Cómplice, eso era algo que sorprendía a la gente pero que tenía una explicación muy simple. Mi prima, Mada y yo nacimos y nos criamos en Monteolivos que, como ya te he contado, está a veinte kilómetros de Madrid por lo que, aunque es un pueblo de apenas cinco mil habitantes, tienes todo muy cerca. Ariadna siempre tuvo claro que compraría una parcela y se haría una casa a su gusto. Partiendo de esa premisa le fui explicando a Rodrigo la situación.

—Mi prima compró esta parcela de dos mil metros cuadrados y mandó instalar una casa de madera al final del terreno, porque siempre pensó que un futuro construiría un chalé más grande, junto a la puerta principal. Y su idea era dejar esta casa para mi tía, invitados o lo que hiciera falta. —En ese instante se me quebró la voz—. Pero nunca llegó a cumplir su sueño.

Una lágrima traicionera surcó mi rostro, pero me negué a dejarme vencer por la tristeza y recordé la ilusión con la que ella hablaba de

los planos que solo estaban en su cabeza.

»Soñaba con un chalé en planta de cuatro dormitorios, un salón comedor enorme donde reunirnos todos y una cocina blanca donde cocinar con sus hijos. Se imaginaba un jardín delantero con un camino de piedras hasta la casa. Y un jardín trasero con un porche, una barbacoa y una piscina.

Y no es que la casa que mandó instalar fuera poca cosa, *Cómplice*, es una casa de noventa metros cuadrados, con tres dormitorios, un baño, una sala de estar y una cocina-comedor de concepto abierto. A mí me encanta, pero reconozco que, al ser de madera, necesita cierto mantenimiento, y la parcela es enorme, por lo que nunca he tenido ni presupuesto ni tiempo para tenerlo como Ariadna hubiera querido. Ante mi explicación de la parte económica, Rodri tuvo que tocarme los ovarios un ratito, preguntando:

—Y si tu prima dejó dinero, ¿por qué no tienes la propiedad y la fachada de la casa más cuidada?

—Por el mismo motivo que sigo llevando el Volvo S40, que tiene veintitrés años y era de mi prima —contesté a la defensiva. Rodrigo me miraba esperando una explicación más detallada—. Porque no quiero gastar ese dinero. Todo lo que hago, lo hago con mi sueldo, y mantener dos niños y una casa con uno solo es complicado. Ariadna ha tenido problemas en los pies desde que nació y sus zapatos más baratos cuestan unos trescientos euros. Mi tía no sabe nada porque es pensionista y no quiero que me ayude, al igual que me pasa con mis padres. Solo he cogido dinero del fondo cuando no ha quedado más remedio.

—Pero…

—¡Pero nada!, puedes entenderlo o no. Mis hijos perdieron una madre, y si a mí me pasara algo, ese dinero les asegura un futuro. Si lo gasto y no lo puedo reponer no tendrán nada —sentencié esperando que me reprochara mi actitud.

Contra todo pronóstico Rodrigo me abrazó contra su pecho y susurró:

—Cuando creo que no puedes sorprenderme más, te superas. Puedes pensar lo que quieras, pero eres una madre y una mujer increíble, Pequeña. Me encantaría que me contaras cómo fue criar a

los niños, cómo pasaste esos años y poder saber más de esta familia maravillosa que has construido.

—Gracias por no juzgarme. Adoro a Mada, pero este tema ha sido fuente de discusión desde que los mellizos nacieron. Fueron años complicados y maravillosos a partes iguales.

Sí, *Cómplice*. Le conté cómo fue mi vida esos años y, por supuesto, que puedo contártelo a ti.

◆◆◆

El día que me entregaron a los niños, acababa de llegar del entierro de Ariadna. Nunca se me olvidará ese sentimiento de injusticia. ¡No había derecho!, acababa de enterrar a mi prima con tan solo treinta y un años y esos dos niños, que tenía frente a mí, nunca conocerían a su madre.

Llegamos a casa y yo no sabía muy bien qué hacer. Los mismos pensamientos me atormentaban una y otra vez: «¿Cómo voy a cuidar a dos recién nacidos? Yo no puedo ser su madre, soy muy joven, no tengo trabajo, no he terminado la carrera… ¡Es imposible!». Sumida en ese terremoto emocional, mi tía María se acercó a mí, me miró y tendiéndome la mano me invitó a sentarme en el sofá.

—Alma, no estás sola. Nunca te dejaré sola. ¿Entiendes? —Asentí con la cabeza—. No te voy a decir que vaya a ser fácil. La responsabilidad que Ariadna te ha dejado es demasiada para cualquiera. Sé que serás una madre maravillosa, pero si crees que no estás preparada, todos lo entenderemos, incluida tu prima, y yo solicitaré la tutela de los niños.

En silencio, y llorando a la menor oportunidad, medité las palabras de mí tía durante un par de días, hasta que sentí que ya podía hablar y la busqué para informarle de la decisión que acababa de tomar.

—Tía, gracias por apoyarme, sé que entenderías si renunciara a la custodia de los niños, pero Ariadna me confió lo más valioso de su vida; e igual que vosotras no eludisteis ninguna responsabilidad para conmigo cuando papá enfermó, yo no voy a eludir la mía. Son mis niños y así será siempre. Aunque necesito ayuda, no sé qué hacer ni cómo salir adelante.

Nos abrazamos llorando. Yo sentía una admiración profunda por ella. Estaba destrozada por la muerte de su hija y, aun así, sacaba

fortaleza del amor por sus nietos.

—Cariño, yo estaré aquí el tiempo que necesitéis. Ahora lo importante es que puedas seguir estudiando y cumplir tu sueño de ser veterinaria. Ariadna no querría que dejases de ser quién eres por cumplir su voluntad. Yo estoy jubilada y tengo todo el tiempo del mundo para cuidar a mis niños. Céntrate en estudiar y ya iremos viendo lo demás.

Asentí nuevamente, con mil dudas en mi cabeza, pero sin fuerzas de seguir pensando en algo que todavía no sabía cómo afrontar de verdad, por mucho que hubiera querido aparentar esa seguridad delante de mi tía.

Los primeros meses fueron frenéticos y pasaron a la velocidad de la luz. Por las mañanas iba a la universidad y por las tardes, cuando no estaba estudiando, dedicaba todo el tiempo a los niños. Por las noches, mi tía y yo decidimos dormir en la misma habitación, para ello compramos dos camas de noventa y pusimos una minicuna a cada lado.

La verdad es que los niños eran muy buenos y prácticamente dormían del tirón. Menos las noches en las que tenían cólicos que, si eran más de tres días seguidos, el cansancio me pedía saltar por una ventana.

¡Lo digo metafóricamente hablando, *Cómplice*! Nunca se me hubiera ocurrido dejar solos a mis pequeños.

Cuando los mellizos cumplieron seis meses, mi tía y yo estábamos perfectamente compenetradas y la vida, aunque fuera agotadora, era preciosa. Al ver que las cosas estaban encauzadas, mi tía decidió, un buen día, instaurar una nueva norma: Un fin de semana al mes me obligaba a pasarlo en el piso de Mada o donde quisiera, pero no en casa. ¡Nunca olvidaré esa conversación con ella!

—Alma, ayer te oí decirle a Borja que no irás a su cumpleaños. ¿Por qué?

—Tía, será en el centro, primero quieren ir a cenar y después a un monólogo. Es mucho tiempo para dejarte sola con los niños. Los días de diario casi no estoy y cuando lo hago, me paso el rato estudiando. Me parece injusto que también me vaya el fin de semana.

En lugar de empatizar conmigo, mi tía me miró con seriedad.

—Alma, tienes diecinueve años. Además de ser madre y una futura veterinaria, tienes que vivir. Te pasas los días estudiando o cambiando pañales. —Me acarició la mejilla al ver cómo me temblaba el labio—. Cariño, si sigues así, vas a enfermar. No del cuerpo, sino de la mente. Tienes que salir, distraerte y nunca olvidar que eres una mujer joven que debe disfrutar de la vida. Yo me quedo encantada con Oli y Ari.

Mis lágrimas traidoras hicieron su aparición, como cada vez que les apetecía desde hacía seis meses.

—Pero, tía... —intenté rebatir.

—¡Pero nada! He hablado con tu madre y hemos decidido que una semana al mes se vendrán a casa tu padre y ella. Ellos también quieren verte y disfrutar de los pequeños. Ese fin de semana queremos, ¡no!, te exigimos que salgas, disfrutes, llores, rías o lo que te pida el cuerpo.

Asentí porque no sabía qué otra cosa hacer. Me debatía entre sentirme mala madre y prima por salir a divertirme y las ganas de volver a ser simplemente yo, Alma.

La primera vez que salí, después de convertirme en madre forzosa, fue para el cumpleaños de Borja, cuando los pequeños tenían siete meses. No pude disfrutar de la fiesta porque mi mente estaba en casa con mis bebés y me sentía culpable por estar disfrutando en la cena. Ese sentimiento hizo que volviera en cuanto terminamos el postre.

Al verme llegar, mi tía montó en cólera:

—Alma, te di una orden sencilla. Ser tú, solo tú, mínimo un fin de semana al mes. El próximo te irás a casa de Mada o donde te dé la gana. ¡Pienso echar la llave y no dejarte entrar!

Te juro, *Cómplice,* que estaba alucinando. Yo intentaba ser buena madre y ella se enfadaba.

—Tía, no entiendo qué tiene de malo querer quedarme con mis

niños en lugar de irme por ahí.

Ella me cogió la mano y me habló con paciencia:

—Cariño, claro que te entiendo. El problema es que has vuelto porque te sientes culpable y mala madre, no porque no quieras estar con tus amigos. Alma, ese sentimiento lo tienen el 99% de las madres cuando salen sin sus hijos. No es malo, pero tampoco sano. No eres peor madre por querer seguir teniendo identidad propia más allá de la maternidad.

Me pareció increíble ver lo bien que me caló. La abracé.

—Gracias, tía. No sé qué haría sin ti.

El siguiente fin de semana, tal como me ordenaron, me fui el sábado por la mañana y volví el domingo para comer. No salimos de casa de Mada, yo seguía con cierto sentimiento de culpabilidad. Por ello nos pasamos el día viendo pelis, charlando y comiendo gominolas, dulces y todo tipo de comida rápida. No hicimos nada especial, pero fue la mejor terapia del mundo. En ese instante entendí que mi tía tenía razón. Era madre de dos mellizos, pero también era Alma, una chica de diecinueve años con toda la vida por delante.

Así pasaron los años, hasta que, en dos mil doce, cuando Ari y Oli tenían cuatro años, comencé mis prácticas en la Clínica de Carmen y Arturo. En ese momento la familia creció. Mi jefa nunca pudo tener hijos, pero le encantaban los niños por lo que se convirtió en una abuela más para mis pequeños. Mi tía y ella cuidaban de los mellizos cuando yo trabajaba de tarde o los fines de semana.

Un año después, terminé la carrera y me hicieron un contrato indefinido, por lo que mi sueldo mejoró considerablemente.

En esos primeros años, subsistimos con la pensión de mi tía y el subsidio de orfandad que recibían los pequeños. Pero alguna vez, sobre todo cuando Ari comenzó a tener problemas en los pies, tuve que tirar del fondo que tenían los niños. Esos momentos los llevaba fatal pero no quería cargar a mi tía con más gastos. Ese era el motivo por el que le empecé a mentir y nunca dejé de hacerlo, pero solo sobre el precio de los zapatos. Le dije que los subvencionaban la seguridad social y que solo costaban veinticinco euros, cuando no era así.

El dos mil quince fue un año de cambios positivos. Llegaron a mi

vida Mateo y Vero y creamos La chupipandi. Seguía manteniendo un fin de semana para mí y lo pasaba con ellos y con Borja, bailando, yendo al cine, a cenar, a practicar esquí o cualquier cosa que se les ocurriera planear. Creo que intentaban que viviera la vida como si no tuviera responsabilidades. Y la verdad es que funcionaba. Adoraba a mis hijos, pero tener esa pequeña parcela para mí, me ayudaba a mantenerme equilibrada y a disfrutar todas las facetas de mi vida.

Ese mismo año decidí dar un paso más con Borja e intentar ser algo más que amigos. Todos me ayudaban con los niños y para mis pequeños eran sus tíos. Por eso no puedo decir que estuviera sola. Tuve la gran suerte de contar con el amor de muchas personas y sobre todo con el amor de mis mellizos.

Cuando Borja y yo llevábamos tres años saliendo, aunque yo seguía negándome a que viviéramos juntos, él pasaba más tiempo en mi casa que en la suya y era una figura paterna para Ari y Oli, sin que yo pudiera evitarlo. Borja era atento y cariñoso con ellos, y siempre estaba dispuesto a quedarse viendo una peli en casa en lugar de salir por ahí. Le encantaba pasar tiempo con nosotros y creo que por eso mi tía decidió irse a vivir nuevamente a Guardamar. En el fondo esperaba que, si ella no estaba, yo daría el paso de vivir con Borja.

En ese tiempo empecé a trabajar de veterinaria voluntaria para la protectora de animales con la que colaboraba Vero. Y comencé a llevar a mis hijos conmigo un sábado sí y otro no. Pero pronto pidieron ir más. Iban dos tardes entre semana y casi todos los sábados. Cuando yo trabajaba era Borja quien los acompañaba. Allí, aprendieron la importancia de no abandonar a los animales.

Ayudaban, bueno y ayudan, a pasear a los perros, limpiar sus cheniles, acondicionar la zona felina, bañar y cepillar el pelo a los animales de la protectora y cualquier otra tarea que haga falta. Siempre están dispuestos a todo.

¡Es increíble lo intuitivos que pueden ser los niños con los animales! Recuerdo una ocasión, en la que un perrito mestizo llamado Blue, que tenía miedo a todo y a todos a causa del maltrato que recibió desde cachorro, consiguió recuperar la confianza en el ser humano gracias a mi niño. Un día, vi a Oliver sentarse fuera de su jaula y cantar bajito la canción *Hay un amigo en mí* de la película *Toy Story*. Cuando llevaba medía canción, Blue salió tímidamente y comenzó a comer cerca del lugar donde se encontraba. Mi hijo le acercó la mano y el perrito le olfateó. Oliver repitió la operación cada

día hasta que, pasado un mes, Blue, directamente, esperaba sentado a que se pusiera a cantar junto a su chenil. Poco después, mi pequeño ya podía entrar en la jaula sin que el animal huyera y fue ganándose su confianza. Hasta que, pasado un tiempo, podían dar largos paseos por los alrededores.

Un año más tarde, Blue estaba listo para encontrar un hogar. Tuvimos la suerte de dar con una familia dispuesta a tener la paciencia necesaria para enseñar al pequeño que en la vida hay personas que merece la pena conocer y que nadie más le haría daño. Mi niño lloró mucho con la despedida, pero se sentía orgulloso de haberlo ayudado. Lo que parecía un gesto de lo más simple fue lo que ayudó a este perrito a conseguir un hogar.

Así siguieron pasando los meses, hasta que en abril de 2020 Borja recibió una oferta de trabajo en Argentina, me pidió que me mudara con él junto a los niños. Me negué en rotundo, por lo que quiso rechazar el puesto. Eso me llevó a darme cuenta de que yo nunca haría ese sacrificio por él y que no lo amaba de la misma forma. Descubrimiento interior que motivó nuestra ruptura y nuestra despedida. La cual propició mi embarazo y posterior aborto.

Algo que no olvidaré fue la conversación que tuve aquel día de la despedida definitiva con Borja. Quiso saber por qué nunca lo amé como a Rodrigo.

—Alma, ¿qué tiene él que no tenga yo? Has idealizado el amor o lo odias tanto por no haberte llamado que nunca dejarás a nadie llegar a ti. Ese imbécil no se merece ni tu amor ni tu odio. Solo deberías sentir indiferencia.

Yo no sabía qué contestar. Los últimos años, como madre, mi vida había sido frenética, pero una constante, además de mis niños, fue que no pasó un solo día en el que no me pregunté dónde estaría Rodrigo o qué estaría haciendo. Aprendí que era parte de mí, para bien o para mal. Así que solo pude responder con sinceridad.

—Borja, no puedo contestar esa pregunta. Solo sé que te mereces a alguien que cambie su vida por ti sin dudar y yo no puedo ser esa persona.

El destino hizo una de las suyas y, mientras nos abrazábamos, en la radio comenzó a sonar *Amiga mía* de Alejandro Sanz.

Joder, *Cómplice,* no me digas que son imaginaciones mías, la música me habla, ¿no?

Y así, con ese: «*amiga mía, no sé qué decir ni que hacer para verte feliz*», me despedí de mi mejor amigo y lo más parecido a un padre que mis hijos habían conocido.

En resumen, esta fue mi vida hasta que me reencontré con Rodrigo.

11. ¿A DÓNDE VAMOS?

Cuando terminé mi relato, Rodrigo me dio un beso en la cabeza.

—Alma, ahora te entiendo mejor, respecto al dinero y respecto a tu manera de ver la vida. Son tus hijos, yo te apoyo. Sin embargo, Pequeña, yo no he sido sincero contigo…

Mi cara se tornó de relajada a tensa y preocupada, en una fracción de segundo.

—¿Qué quieres decir? —espeté inquieta.

—Yo no tengo un pequeño negocio de ropa donde diseño las prendas que se venden allí. Bueno, sí diseño, pero no es un negocio pequeño.

—Rodrigo, explícate rapidito que se te hace de noche.

—¿Conoces la firma «Alma libre»?

—Sí, me encanta. Es ropa ecológica pero un poco cara para mi presupuesto. En alguna ocasión, Mada me ha regalado alguna prenda por mi cumpleaños o Navidad.

—Bueno, el caso es que yo soy el socio fundador y… —No le permití continuar, mi cerebro iba a mil por hora.

—¿Qué? ¡¿Me estás diciendo que eres el dueño de la empresa que más ha crecido en los últimos cinco años a nivel europeo?!

—Sí, hace diez años, abrí una tienda junto a mi socia en Londres. Mi ropa gustó tanto que un grupo inversor quiso expandir el negocio. En menos de siete años pasé de tener una tienda de barrio a estar en todas las grandes capitales de Europa. Tenemos setenta y seis tiendas y veinticinco córneres. Sigo diseñando parte de la colección, pero ahora no lo hago solo, tengo un gran equipo detrás. Y, bueno, puestos a ser sinceros la llame «Alma Libre» por ti, porque en el fondo esperaba que, estuvieras donde estuvieses, fueras libre para cumplir todos tus sueños. Aunque no lo hicieses conmigo. —Me quedé

petrificada—. Di algo porque me estoy empezando a preocupar.

Debí de estar callada una eternidad. En algún momento conseguí enlazar pensamientos y pregunté:

—Rebobinemos, ¿me estás diciendo que estás forrado y yo te he tenido fregando mi casita, arreglando el jardín y cocinando para mí y mis hijos?

—Sí, y han sido los mejores días de mi vida. Y sigo siendo Rodrigo, tu Rodri. Ro, a secas.

—Me siento estúpida.

—¿Quieres decir que me preferías cuando no sabías que tenía dinero?

—No, sabía que tenías dinero. Eso se ve. Lo que no tenía ni idea es que eres multimillonario. Y que estás viviendo en una casita de madera en mitad de la nada, cuando seguramente tengas una casa nueva, grande y lujosa en Londres.

—No sabía que haber prosperado en los negocios fuera un problema para ti —sentenció cabizbajo. Acto seguido se levantó y entró dentro de casa.

Cómplice, me quedé un rato allí, pensando en por qué me sentía así, llena de rabia de saber que tenía tanto dinero. Cuando finalmente lo entendí, fui en su busca.

—Ro, ¿podemos hablar?

Vale, *Cómplice*, ya sé que fue mezquino usar la carta del diminutivo, pero funcionó. Me miraba muy serio e indicó:

—Te escucho.

—Desde que has entrado en casa, he estado pensando en por qué me molesta tanto saber que tienes mucho dinero. Ya lo sé, soy idiota.

Me miraba sin entender, así que intenté explicárselo de la mejor forma posible.

»Mira, mi vida, yo no estoy acostumbrada a grandes lujos y no es

que tenga mi belleza en el más alto pedestal, y saber que tú puedes aspirar a cualquier mujer o a cualquier cosa que se te antoje en la vida, ha hecho que me sienta inferior. Como nunca me había sentido.

—Pequeña —su tono volvía a ser cálido—, si te he contado la verdad no es para que te sientas así, al contrario. Alma, tengo dinero, sí, pero no vivo con grandes lujos. Disfruto compartiendo lo que tengo con mi familia y con muchas fundaciones sin ánimo de lucro. Yo no necesito mucho para vivir. Me gusta lo sencillo, por eso nunca me verás en una revista de millonarios, porque solo hay ocho personas en el mundo que saben quién soy: Mis padres, mis hermanos, Quique, mi socia, el director general, que es quien da la cara por mi públicamente, y tú.

En aquel momento, la que no decía nada era yo. Me sostuvo por el mentón y continuó:

»Lo que quiero que entiendas es que yo no buscaba ser millonario ni lo necesito para ser feliz. Cambiaría todo mi dinero por no haber perdido tu teléfono hace trece años.

—Eres tonto del culo. —Me aferré a su cuello—. Pero te quería porque eres el hombre más maravilloso del mundo y te quiero más ahora; que pudiendo elegir cualquier lugar y cualquier mujer del planeta has elegido mi hogar, mi familia.

—Nuestro hogar, nuestra familia. Recuerda: es nuestra vida en común.

—¿En serio se llama «Alma libre» por mí? —Rodrigo asintió con la cabeza—. Qué pena no poder contarlo porque algunas personas que conozco iban a flipar.

Y así, entre carcajadas, dejamos el tema estar.

Con el tiempo, fui recuperando completamente las fuerzas. Los días eran maravillosos y La chupipandi vino a cenar en alguna ocasión. Congeniaron fenomenal con Rodrigo y eran veladas de lo más divertidas. Jugar al Party era la mejor manera de acabar esas noches.

Un domingo por la mañana, decidí preparar un desayuno familiar para agradecer a mi chico y a mis niños el amor que me dieron durante mi convalecencia. Entré en la cocina y conecté mi reproductor de música.

Cómplice, yo no sé cocinar sin música. Bueno, ni cocinar ni limpiar la casa ni ir en el coche... cualquier momento es ideal para la música. Estaba preparando masa de tortitas cuando comenzó *A dónde vamos* de Morat. Bailaba y cocinaba moviéndome por la estancia al ritmo de la música, sin percatarme de que tenía unos ojos que no me perdían de vista. De pronto, me llegó la voz de Rodrigo cerca del oído. Escuchando a mi chico cantar, solo podía pensar: «¿A dónde vamos? Contigo al fin del mundo y, sí, somos la prueba de que existe amor a primera vista». Me giré y comenzamos a bailar. Reíamos, bailábamos y nos besábamos, cuando una voz nos sobresaltó:

—¡Dios, que asco! No podéis ser más empalagosos—. Mi hijo acompañó su frase con el gesto de darle arcadas.

—Oliver, no seas así. Si son muy monos—. En cambio, Ari parecía feliz con la estampa.

—Niños, no discutáis. He hecho tortitas, zumo y chocolate con churros.

Eso los desvió del tema. Y así, riendo en familia, dimos buena cuenta del desayuno.

12. PERFECT

19 de octubre de 2020.

Cómplice, las últimas semanas fueron preciosas pero frenéticas. Rodri vivía a caballo entre Londres y mi casa. Estaba agotado, pero nunca se quejaba. Creo que eso no era sano, pero en ese punto de la historia todavía no tenía la certeza.

Salí de trabajar pasadas las ocho de la tarde. Había quedado con Rodrigo en hacernos una video llamada porque hasta el día veintitrés no podía volver. Estaba preparando el lanzamiento de una nueva línea de ropa diferente a Alma Libre y tenía mucho trabajo.

Recuerdo que me sentía agotada, tuvimos más urgencias de lo normal y Vero, que además de ser abogada es amante de los animales, nos trajo un gatito de unos cinco meses al que atropellaron y dejaron a su suerte. Lo encontró cerca de su casa al volver de un juicio. Durante horas luchamos por su vida y, cuando Carmen estaba perdiendo la esperanza, le conseguimos estabilizar. Los siguientes días serían cruciales, pero el pequeño parecía un luchador y yo esperaba de corazón que se recuperara. Estos casos me llegan al alma.

Nunca entenderé cómo una «persona» puede atropellar a un animal y seguir como si nada. De verdad que no, *Cómplice*.

Llegué a mi viejo Volvo azul del 97 y escuché una voz a mi espalda.

—¿Un día duro, Pequeña?

Me giré y me lancé a sus brazos

—Ahora es un día perfecto. ¿Qué haces aquí? No te esperábamos hasta dentro de unos días —pregunté emocionada y aferrada a su cuello.

—No podía pasar un día más sin ti y aceleré el proceso para poder volver antes. Mada se queda esta noche con los niños. Tú y yo nos vamos a cenar —levantó las cejas de forma sugerente y se rio con

picardía.

Le di un beso rápido en los labios y le bajé de la nube de un empujón verbal.

—Mi vida, me encanta la sorpresa, pero tendremos que posponer la cena, los niños están deseando verte y… —No me dejó terminar.

—He llegado hace cuatro horas, les he traído unos regalitos y hemos pasado la tarde juntos, les he contado que necesito darte una sorpresa y que volveríamos más tarde. He esperado a que Mateo me avisara de que salíais y aquí estoy.

Ahí entendí por qué mi amigo se había empeñado en que me pintara la raya del ojo y me pusiera algo de rímel y colorete antes de salir del trabajo. Mentalmente se lo agradecí, porque Rodrigo estaba guapísimo, como siempre. Llevaba unos vaqueros gastados, un jersey de lana beige y un abrigo negro que le confería un aire desenfadado de lo más atractivo.

Una vez pasaron los primeros momentos de besos y abrazos, sentí como se tensaba y me miraba con seriedad.

—Alma, me explicas, ¿por qué si supuestamente estoy en Londres, mi coche estaba en casa?

Que no me llamara Pequeña me hizo saber que estaba enfadado. Te explico, *Cómplice,* porque veo que te has vuelto a perder. Culpa mía, *sorry*.

Hacia principios de septiembre, Rodrigo se compró un BMW X5 para poder ir todos juntos y, así, él no tener que depender de taxis o coches alquilados para moverse cuando estaba en casa.

Cómplice, una de nuestras mayores discusiones fue cuando en el concesionario intentó comprar dos coches, uno para cada uno. La bronca fue algo así:

—Pequeña, no puedes seguir con el Volvo, está muy cascado y no es seguro. Por favor, déjame comprarte un coche.

—Rodrigo, esto ha sido una encerrona. Esto lo hablamos en casa, no aquí delante de este señor.

El vendedor, un hombre muy amable de unos cincuenta años, nos dijo que se retiraba a por unos cafés y que nos dejaba que habláramos a solas.

—Alma, no veo el problema, es un regalo. Y es por tu seguridad y la de los niños. —Mi cara era de pocos amigos—. Pequeña, en el taller me han dicho que el Volvo puede fallar en cualquier momento, que habría que cambiar gran parte del motor y el presupuesto no baja de tres mil euros. No merece la pena arreglarlo.

—Ese es mi problema, no el tuyo. ¿Lo entiendes? Es mi coche y es mi vida. No he necesitado un hombre antes y no lo necesito ahora. ¡Eres mi pareja, no mi salvador! ¡¡No me seas cromañón, coño, que estamos en el siglo XXI!!

Cómplice, te juro que no me di cuenta de que estaba gritando hasta que noté las miradas de una pareja y un comercial que estaban en la mesa de enfrente.

—Bien, Alma, me ha quedado muy claro. Compro mi coche y nos vamos.

Su mirada y la rigidez de su cuerpo me confirmaron que era mejor callar y esperar a estar solos para continuar la discusión. Salí y aguardé a que terminara el papeleo.

De vuelta a casa, diez minutos después, había un silencio de lo más tenso en mi coche.

—Ro, perdona, me he pasado mil pueblos. Se me ha apagado el filtro.

—Mira, Alma, me importa una mierda que conduzca tu camionero cerebral cuando discutimos en privado, es más, me hacen hasta gracia tus salidas del tiesto. Pero lo de hoy no se lo consiento a nadie.

Rodrigo conducía mi Volvo y apretaba tanto el volante que te juro, *Cómplice,* que creía que lo iba a arrancar del salpicadero.

—Ro, escucha.

Nada, ni escuchar ni leches, me fulminó con la mirada y me callé. Estaba claro que me tocaba aguantar sus reproches, que siendo justa

me gané a pulso, y eso hice.

—No he terminado, ahora me vas a escuchar tú. En el concesionario me has faltado al respeto, me has insultado y me has gritado. Yo solo quería hacerte la vida más fácil, pero tú no quieres ni escuchar. ¿De qué me sirve tener dinero, si no puedo compartirlo con la persona que más me importa en la vida?

Las lágrimas empezaron a caer descontroladas por mis mejillas.

—Ro, mi vida, lo siento. He sido una imbécil, desconsiderada y gilipollas. Tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo.

Paró el coche en una calle cercana a casa y se giró para estar frente a mí.

—Continúa, Pequeña, vas por buen camino. —Una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

—Mira, Ro, no me siento cómoda con regalos tan caros. Piensa que por tu cumpleaños, Navidad o cualquier otra fecha señalada, con mi sueldo puedes esperar un par de calcetines o algo por el estilo.

Una carcajada salió de su garganta y me besó. Mucho más relajado y de mejor humor, aseguró:

—Pequeña, viniendo de ti, sería el mejor regalo del mundo.

—No te burles, hablo en serio. No puedes regalarme un coche. Primero por lo que cuesta y segundo porque el Volvo era de mi prima y todavía, aunque suene estúpido, no estoy preparada para dejarlo ir.

—Vale, te acepto el segundo punto. Dejamos aquí el tema por ahora. ¿De acuerdo?

Le besé. Lo hice con devoción, *Cómplice*, porque yo me había comportado fatal y él me perdonó sin dudar. La cosa es que Rodrigo no volvió a nombrar el tema, pero me hizo prometer que usaría su coche cuando él no estuviera en Madrid.

◆◆◆

Y allí estábamos, un mes y medio después, en la puerta de la clínica con mi coche aparcado en lugar del suyo.

—Alma, te he hecho una pregunta muy sencilla. ¿Por qué has venido con el Volvo?

—¿Te soy sincera?

—Te lo agradecería, la verdad.

—Verás… cuando llevo a los niños cojo tu coche, pero si lo hago sola voy en el mío. Algo dentro de mí me dice que tendré que despedirme de él muy pronto y me da pena dejarlo de lado en el garaje. Es una tontería, lo sé.

Rodri me abrazó y besó en la coronilla.

—Pequeña, no es una tontería, es importante para ti. Pero hazme un favor. —Asentí con la cabeza—. No salgas a carretera con él. Si no me dejas cambiar el motor, por lo menos necesito saber que si te quedas tirada estarás cerca de casa. Solo úsalo para venir hasta la clínica o ir a la compra. ¿Vale?

—¡Prometido, capitán! —Me puse de puntillas y le besé.

—Bien, Pequeña. Deja tu coche aquí y vamos en el mío. Mañana pasamos a recogerlo.

—¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa, necesito que hablemos de un tema importante y quiero tenerte solo para mí —dijo de forma misteriosa.

—Me intrigas, capitán.

No sé por qué llamarle capitán me ponía *moina* y con ganas de guerra, pero parecía que a mi chico le pasaba algo similar.

—Eso de capitán, me gusta cómo lo dices. Suena muy sexi en tus labios.

—Pues espera a que te lo diga desnuda y húmeda. Llevo ocho días sin verte y estoy como una gata en celo.

Rodrigo me miró con una intensidad que me hizo estremecer. Se mordió el labio y creí llegar al orgasmo solo con ese gesto.

Sí, *Cómplice*. Ese hombre me volvía loca y sacaba mi loba interior.

—Pequeña, cambio de planes. Vamos directos a un hotel.

Salimos a la carretera, le metí mano descaradamente y, cuando divisé un camino de tierra que lleva a un par de fincas privadas, le pedí que se desviara.

—Ro, gira allí. No puedo esperar al hotel. Te necesito aquí y ahora.

Salió de la carretera, aparcó entre unos árboles y, en dos movimientos magistrales, echó su asiento para atrás y me colocó a horcajadas sobre él. Mientras nos mirábamos empezó a sonar la melodía de *Perfect* de Ed Sheeran en la radio.

—¡Dios, Pequeña!, eres mi diosa del sexo. Los días en Londres los paso imaginando tu cuerpo desnudo.

—Capitán, sus deseos son órdenes.

La canción seguía sonando y Rodri empezó a cantar en mi oído. Escuchando la letra solo podía pensar que teníamos una suerte infinita por haber encontrado un amor tan grande y que él sí estaba perfecto esa noche. ¡Esa y todas!

Me deshice de mis botas camperas, me quité el vestido camisero de cuadros que llevaba, eché mi culote negro de encaje a un lado y cabalgué, cabalgué mirándolo a los ojos. Escuchando en su voz, la que para mí es la canción más romántica de los últimos tiempos.

—Sigue, Pequeña, no pares nunca. Vuélveme loco.

—Ro, nunca dejes de quererme.

—Jamás.

Y así, mirándonos a los ojos, alcanzamos el cielo.

Cuando conseguí recomponerme del estallido de pasión, mi estómago rugió feroz.

—Ro, necesito cenar. Con la cirugía de Hope no hemos parado a

comer.

—¿Quién es Hope? —preguntó algo perdido.

—Un gatito que ha traído Vero. Lo han atropellado y será un milagro si sale adelante.

—Me gusta el nombre. Sois unas supermujeres, pero si os faltan las fuerzas no podréis ayudar a ningún animal. Os lo he dicho mil veces a Carmen y a ti.

Rodri pretendía parecer serio, aunque yo sabía que mi parte salvadora le derretía el corazón.

—Lo sé, mi vida, pero es que hoy ha sido imposible. Cada vez que creíamos que se estabilizaba, le fallaban las constantes. ¡Ha sido horrible! —Hice un mohín—. Bueno, unos bocados a un sándwich sí le hemos dado. ¡Cualquiera le niega eso a Mateo!

—Tendré que darle las gracias. Y el pequeño está vivo gracias a vosotras. Estoy seguro de que se recuperará, sabes que los animales son más fuertes de lo que pensamos.

—Eso espero. Es tan pequeño. ¡Si sobrevive me lo llevo a casa!

Esa afirmación la hice muy seria. Mi chico me acarició la mejilla y sonriendo preguntó:

—Vamos a cenar y seguimos hablando, ¿te parece?

—¿Dónde me vas a llevar?, capitán.

Mi levantamiento de ceja y como arrastré la última palabra, hizo que se encendiera otra vez.

—Pequeña, deja de hacer estas cosas o no saldremos del coche. Y, de verdad, tengo algo que contarte.

Asentí y nos pusimos en marcha. El camino lo hicimos en silencio. Yo, porque tenía mucha curiosidad por saber qué era eso tan importante que quería decirme y él, creo que porque no quería que empezara a preguntar antes de tiempo.

Me llevó a mi restaurante favorito. Está en Pozuelo y es de

comida mexicana. Si no has ido, *Cómplice*, tienes que hacerlo. Hay varios locales por Madrid. Son supercoloridos y alegres. Todo está decorado como una cantina mexicana y la comida, ¡Dios!, la comida es una pasada. Cenamos quesadillas de champiñones, nachos con guacamole y una degustación de fajitas variadas. *¡Humm!* que ganas de volver.

Cuando estábamos con el café, mi paciencia se había esfumado. Rodrigo no habló de nada fuera de lo normal en la cena. Charlamos de los niños, los perros, mi trabajo y poco más. Empecé a darme cuenta de que nunca me hablaba muy a fondo de su trabajo y eso comenzaba a mosquearme muy seriamente.

—Ro, ¿de qué querías hablar?

Mi chico se aclaró la garganta.

—Pequeña, sé que no llevamos mucho tiempo, pero el diez de noviembre es mi cumpleaños y el de Roberto. Mis padres van a dar una fiesta en casa y me han pedido que os invite a ti y a los niños.

Casi me atraganto con el café y todo el contenido de mi boca acabó sobre él.

—Lo siento, Ro, perdona es que...

Él profirió una carcajada que se oyó en todo el local.

No te rías, *Cómplice*, que pasé mucha vergüenza. Todos los comensales del restaurante nos estaban mirando.

—¿De qué coño te ríes? Casi me ahogo. Ni puñetera gracia le veo al tema.

Cómplice, di hola a mi camionero cerebral.

—Pequeña, ¿no sabía que tenías miedo al compromiso? —indagó muerto de risa, limpiándose con una servilleta los restos del café.

—No es eso. Es que llevar a los niños a conocer a tu familia es un gran paso. Ya te he dicho que nunca he dejado a ningún hombre vivir, oficialmente, en mi casa. Para mis hijos el hecho de que convivas con nosotros ya es algo muy grande. Pero si, además, involucro a tu familia pueden pensar lo que no es.

Su semblante se ensombreció y espetó:

—¿Y qué es lo que no es? ¿No somos pareja? ¿No vivo más tiempo en tu casa que en la mía? Es normal que mi familia quiera conoceros. ¡Estoy más tiempo aquí que en Londres!

Puf, *Cómplice*, era tan difícil explicar cómo me sentía. Sin pensarlo cogí el toro por los cuernos e intenté encontrar las palabras correctas.

—Mi vida, me he expresado mal. Somos pareja, te quiero y eres muy importante para los niños. Pero llevamos poco tiempo y si esto no sale bien ya van a sufrir bastante sin coger cariño a más gente. Te quieren mucho y ya sufrieron cuando Borja se marchó y no quiero que…

Se incorporó como si tuviera una chincheta en el culo y acercó su cara a la mía.

—¡Te he dicho mil veces que no me compares con él! Yo estoy aquí porque tú me has dicho que estás enamorada de mí y que quieres que tengamos una vida juntos. Eso incluye a los niños, pero también a mi familia. Para mí son muy importantes.

Me hablaba lleno de resentimiento y el miedo a perderlo me hizo reaccionar. Él tenía razón, éramos pareja, y si de verdad no quería alejarlo, tenía que hacerle ver lo importante que era para mí.

—Tienes razón, mi vida, lo siento. En esta relación tú has estado al 200% y no es justo que por mi miedo a que un día te vayas no lo dé todo yo también.

Su rostro se suavizó.

—No entiendo por qué crees que me iré. Te quiero, no me imagino la vida sin ti y no pienso desperdiciar ni un segundo con este tema. Tú y los niños sois mi familia, aunque sea desde hace dos meses, y quiero compartir mi felicidad con los míos.

—Ya sabes que mi autoestima no es mi fuerte y aunque intento olvidar cómo me sentí cuando no me llamaste hace años, ese miedo a volver a perderte me asfixia por momentos. Pero te prometo que desde este momento no voy a dudar y voy a disfrutar cada segundo de mi vida contigo.

—Esa es la actitud, Pequeña. —Se inclinó sobre la mesa y me besó.

13. TODO CAMBIÓ

El seis de noviembre viajamos a Londres. Mis hijos estaban como locos porque siempre quisimos ir a Inglaterra. Aunque, hasta aquel momento, solo me pude permitir pasar las vacaciones en Guardamar o en Gijón. Básicamente, donde me acogían mis padres o los de Mada.

Rodrigo viajó unos días antes por trabajo. Estaba muy misterioso con el lanzamiento de su nueva línea de ropa y eso me tenía un poco tensa. Cuando estaba en casa no paraba de llamarlo su socia, a la cual todavía no conocía. Y si él estaba en Londres y hablábamos, siempre le interrumpía la misma «socia fantasma».

Sí, estaba celosa, *Cómplice*. Esa mujer pasaba el mismo tiempo que yo con Rodrigo, tal vez más. Eso me tenía de los nervios. Tenían años de historia juntos que mi chico no mencionaba y eso me estaba volviendo loca. Sin embargo, como no quería que mis celos estropearan el momento, decidí que calladita estaba más guapa.

Cómplice, ¿sabes lo malo de no hablar estas cosas? Que al final estallas y en mi caso, por lo general, suele ser en el momento y el lugar menos oportuno.

Llegamos al aeropuerto Heathrow hacia las siete de la tarde. Al desembarcar, locos de emoción, divisamos a Rodrigo esperándonos con un cartel que ponía: «Mi familia, mi Alma». El primero en llegar hasta él fue Oliver; qué velocidad coge este niño, en serio, *Cómplice*. Me llegó al corazón verlos abrazarse así. Todavía me asombraba ver cómo Rodrigo se había ganado a mis hijos en tan poco tiempo. Ya no se imaginaban la vida sin él. Y eso era algo que me aterraba y me encantaba a partes iguales. Después, le tocó el turno a Ari que idolatraba a mi chico. Lo miraba con auténtica devoción y en todas las discusiones familiares siempre estaba de su lado. Y, por último, se acercó hasta mí. Dejó mi maleta en el suelo y me alzó en volandas para darme el besó más corto pero intenso de mi vida.

—Pequeña, no sabes lo que significa para mí que estéis aquí. Estoy deseando presumir de vosotros; enseñaros mi empresa, mi casa y mostraros los mejores lugares de Londres.

—Ro, estoy muy nerviosa. ¿Y si no le gusto a tu madre?, ¿y si no encajo en tu mundo?

—Alma, mi vida eres tú. Lo demás tiene que encajar contigo y no al revés. Y por mi madre no te preocupes, es la mujer más cariñosa y bondadosa que conocerás nunca. No ve la hora de conoceros.

Yo seguía sin estar muy convencida, pero me armé de todo el valor que encontré en mi interior y lo seguí por el aeropuerto. Llegamos al aparcamiento donde nos condujo hasta un Mercedes Gls rojo metalizado impresionante. La cara de Oliver, al verlo, fue toda una revelación.

—Rodri, ¿este es tu coche? Es una pasada, ¿puedo conducir? —Mi pequeño hablaba a toda velocidad.

—Hijo —esa primera palabra de Rodrigo me dejó helada—, primero tienes que tener dieciocho años; segundo, recuerda que aquí se conduce por la izquierda, así que como no os vengáis a vivir a Londres veo complicado conducirlo en España; y tercero, tú aprueba todo de aquí a tu mayoría de edad y veremos si te lo regalo.

—Rodri, ¿y yo qué? Que a mí también me gustan los coches. —Mi hija Ariadna iba para actriz, su cara de desconsuelo e indignación era merecedora de un Óscar.

—Sí, mi chica. Por supuesto que para ti habrá el mismo regalo. Eso sí, con la misma condición. Tenéis que estudiar y seguir siendo las personas tan maravillosas que sois. Que estáis en la preadolescencia y miedo me dan los próximos años.

Los tres se echaron a reír, pero yo estaba absorta en mis pensamientos: «¿Hijo?, ¿próximos años?, ¿vivir en Londres?». La cabeza comenzó a darme vueltas. Por mi salud mental decidí que ya pensaría en ello más tarde. Sacudiéndome las dudas, le seguí, dejándome embargar por la emoción de conocer aquel país, me subí al coche y nos pusimos en marcha.

Primero fuimos al apartamento de Rodrigo en Kensington. Quedarme con la boca abierta es poco, *Cómplice*. Es uno de los barrios más exclusivos de Londres. Su casa resultó ser un ático de ciento cincuenta metros cuadrados con, además, una terraza de unos setenta y cinco. Se dividía en cuatro dormitorios, dos baños, un aseo, una cocina-comedor y una enorme sala de estar con la televisión más

grande que he visto.

¡No entiendo la fijación de los hombres con las pantallas gigantes, de verdad que no!

Una vez dejamos las maletas, fuimos a casa de los padres de Rodrigo. Vivían a sólo un par de calles, en un bajo con jardín que mi chico les regaló por su treinta aniversario. Era un lugar precioso, con estilo rústico al más puro aire español. Todo estaba decorado con amor, armonía y, según entrabas, te sentías como en casa. La distribución era idéntica al apartamento de Rodri. En cambio, en lugar de terraza tenían un jardín de doscientos metros cuadrados, con un cenador, una barbacoa y un balancín como los que tanto adoro.

—Mamá, ya estamos aquí.

—¡Hijo! Qué alegría que hayáis llegado. ¿Dónde están la chica y los niños más especiales?

Creo que no fui consciente de que me estaba escondiendo detrás de Rodrigo, y de que mis hijos hacían lo mismo con mi cuerpo porque estábamos paralizados, hasta el momento en que la madre de Rodri lo apartó y me miró fijamente, durante lo que según mi chico fue un segundo, según mi versión duró una eternidad.

—Alma, querida, qué ganas de conocerte. Soy Marta, la madre de Rodrigo. Me alegro de que hayáis podido venir, Rodri no las tenía todas con él. Por favor, dame un abrazo y siéntete como en tu casa. Todo lo mío es tuyo.

Me abrazó con una candidez, *Cómplice*, que hizo que mi cuerpo se relajarse. En ese instante tuve una revelación. Adoraría a esta mujer toda mi vida.

—Encantada de conocerte, Marta. Te presento a mi hijo Oliver y a mi hija Ariadna.

Nuestra anfitriona dio un paso al frente y los abrazó con toda la naturalidad del mundo. Me percaté de que ese abrazo tuvo el mismo efecto en ellos que el que yo recibí, y comprobé cómo sus cuerpos se relajaban y esbozaban una amplia sonrisa.

Pasamos una velada maravillosa, cenamos, reímos y a la hora del postre llegó Raúl. Ese fue el momento que Ari eligió para preguntar,

con tranquilidad y desparpajo:

—Marta, ¿por qué tus hijos se llaman con nombres que empiezan con «r»? O es una coincidencia o tienes un buen motivo. ¡Porque normal no es!

Mi hija empezaba a carecer de filtro cerebral. Por lo visto, tiene a quién parecerse. Al padre de mi chico le dio la risa y yo no sabía dónde meterme. Por el contrario, la madre de Rodri parecía disfrutar con la pregunta.

—Ari, no es casualidad. Cuando fui de Luna de miel a Roma me quedé embarazada de mis mellizos. Decidí que sus nombres empezarían con la misma letra de la ciudad donde se concibieron. Y cuando me quedé embarazada de Raúl, que no era buscado, estábamos de vacaciones en Río de Janeiro y por eso también empieza por «r». ¡Raúl no me mires así, que ya sabes que fuiste un accidente!

Toda la mesa estalló en carcajadas y mi cuñadito afirmó:

—Sí, pero soy el accidente más divertido, inteligente y guapo de la familia.

—Enano, no tienes abuela —contestó mi chico riendo a mandíbula batiente.

La verdad, *Cómplice,* que era una curiosidad que tenía desde los dieciocho años y gracias a mi hija ya tenía la respuesta.

Al terminar la cena, volvimos al apartamento de Rodrigo para descansar. El sábado por la mañana queríamos hacer turismo y por la noche celebraríamos el cumpleaños con una gran fiesta en el jardín de los padres de mi chico. Para el evento alquilaron una carpa y contrataron un servicio de catering y a un DJ. Prometía ser un día muy intenso, por lo que lo mejor era intentar acostarnos pronto.

Una vez nos aseguramos de que los mellizos dormían como troncos, Rodrigo me alzó y me llevó a su dormitorio.

Cómplice, era enorme y minimalista a la vez. Tenía un gran vestidor y un baño en suite. La cama era una *King size* y solo había dos mesillas de noche y otra televisión, de según mi ojo inexperto, unas sesenta pulgadas.

Rodri me tendió sobre la cama y me desnudó lentamente, disfrutando cada segundo como si pensase que no era real.

—Pequeña, todavía no me creo que te tenga aquí, desnuda, en mi cama. He soñado tanto con este momento. Ojalá nunca se acabara el fin de semana y no tuvieras que volver a Madrid.

¿Eran imaginaciones mías o era el segundo comentario sobre vivir en Londres que oía ese día? Como era algo que no entraba en mis planes, deseché ese pensamiento.

—Mi capitán, disfruta que todavía tenemos muchas horas por delante. Quiero sentirte como si el mundo acabara mañana.

Rodrigo entró en mí y, sin dejar de mirarme ni un segundo con una intensidad que me traspasaba el alma, me regaló el orgasmo más lento, intenso y especial de mi vida. Sentí que él necesitaba grabar cada segundo de esa noche, y yo me acurruqué en sus brazos hasta caer rendida en un sueño reparador.

El sábado, como Rodri nos adelantó, pasamos el día haciendo turismo. Nos llevó al Big Ben, visitamos Tower Bridge, Hyde Park, la Abadía de Westminster y fuimos al mirador The Shard. Después, pasamos a ver de forma rápida las oficinas centrales de su empresa y a conocer la fábrica.

A las cinco de la tarde estábamos agotados. Por ese motivo, decidimos volver al apartamento y descansar un rato antes de ir a casa de sus padres, donde debíamos estar a las ocho para dar comienzo a la celebración.

—Bueno, chicos, ¿qué os parece Londres? —quiso saber nuestro anfitrión.

—Rodri, es una pasada, pero quedan un montón de cosas por ver y nos vamos mañana. —Mi hija acompañó su discurso con el mejor de sus pucheros.

—Ari, esto es un aperitivo. Espero que paséis mucho tiempo aquí en otras ocasiones y os enseñaré hasta el último rincón. ¿Vale?

Ahí estaba otra vez. *Cómplice,* o me estaba volviendo loca o Rodrigo nos lanzaba indirectas sobre vivir en Londres.

Mi hija asintió y se fue a su cuarto a dormir un rato. Oliver se quedó con nosotros en el salón y, como terminaron jugando a la Nintendo Switch, decidí que era un buen momento para ir a descansar y darme una ducha.

Cuando salí del baño, encontré sobre la cama una caja con una nota encima. La abrí y leí:

> *Pequeña, sé que estás disgustada porque no te hablo de mi nueva línea de ropa. Era una sorpresa. Espero que te guste y que esta noche deslumbres a todos como solo* ***MI ALMA*** *puede hacer.*

Cómplice, me temblaban las manos. Como pude, abrí la caja y un ejército de lágrimas de felicidad, resbalaron por mis mejillas.

Ahí, dentro de esa caja, estaba el vestido más bonito que he visto nunca. Era en distintas tonalidades marrones. De más claro en la zona del pecho a más oscuro por encima de las rodillas, tenía la espalda al aire y se ataba al cuello con tirantes *halter*. No tengo palabras para describirlo, era simplemente perfecto. Aun así, lo que me dejó sin aliento fue ver el nombre de la colección. En la etiqueta rezaba: «Mi Alma Eterna».

En ese momento la puerta se abrió, Rodrigo me rodeó desde atrás y apoyó su cabeza en la mía.

—Pequeña, ¿te gusta?

Las palabras luchaban por salir de mi garganta, pero la emoción me lo impedía. Solo pude asentir con la cabeza. Mi chico aclaró:

—Este vestido es solo para ti. No saldrá a la venta el uno de diciembre con el resto de la colección. Este lo he diseñado, creado y confeccionado con mis manos, solo para ti.

Yo solo podía llorar y llorar. Me giré y le besé con más amor del que sentiré jamás por nadie.

—Gracias, mi vida. Es el regalo más maravilloso que he recibido. Será un honor para mí lucirlo esta noche. Te quiero con todo mi ser.

—Te quiero, Pequeña. Eres mi Alma eterna.

—Ro, no sabes lo que significa para mí que pongas mi nombre a tus colecciones. No puedo describir con palabras la felicidad que me embarga cuando estamos juntos.

El nudo en mi garganta hacía que me costara pronunciar cada palabra. Por ello, le guie a la ducha y le hice el amor con todo el sentimiento que me brotaba del pecho.

A las ocho en punto, con puntualidad inglesa, llegamos a casa de sus padres. Nos recibió Gonzalo, su progenitor.

Cómplice, si su madre es todo amor y bondad, su padre es todo alegría. Estar junto a ese hombre maduro, alto, moreno y guapo, te hacía sentir protegida y querida a partes iguales.

—Hola, familia. Algunos invitados ya han llegado. Pasad al jardín que os están esperando —nos aclaró mientras dejábamos los abrigos.

Al llegar a la carpa, Rodrigo fue directo hacia donde estaba su amigo Quique. Con emoción le saludé y conocí a su mujer y sus hijos. Resultó que el vikingo se enamoró de Claudine. Una chica francesa que veraneaba en El Arenal, en casa de sus abuelos. Por lo visto, es muy típico en ese rinconcito del mundo. Rodrigo me contó que mucha gente emigró a Francia y que casi todo el pueblo tiene familia de ese país. El caso es que Quique la siguió por amor y se asentó en Lion, tuvieron dos hijos y seguía siendo un vikingo muy guapo y simpático.

También estaban Roberto, Raúl, Marta y Cloe. Esta última era la hija de dos años de Roberto. Una niña cariñosa, preciosa y con los ojos más azules que he visto nunca. Había algunas personas más que trabajan con los hermanos Ortiz, pero no les presté demasiada atención.

Sí, *Cómplice*, Roberto trabaja con Rodrigo. Por lo visto es su jefe de Telecomunicaciones Informáticas o algo así. Vamos, es el que se encarga de la ciberseguridad y esas cosas o eso me pareció entender. Con ellos también trabaja Raúl, el menor de los Ortiz. Este último parece ser un genio diseñando páginas web y estrategias de marketing. En cambio, a diferencia de Rodrigo ellos viven en Madrid porque su trabajo se puede hacer casi en su totalidad en modalidad de teletrabajo y son de los míos: Necesitan muchas horas de sol para hacer la «fotosíntesis» y recargar pilas.

Cloe se colocó al lado de su padre y le tiró del pantalón para llamar su atención.

— Papá, ¿ezta ez mi tía Alma y miz pimos Oviver y Adi?

Qué lengua de trapo más simpática tenía esa niña, *Cómplice*. Roberto estaba con cara de circunstancia, por lo que me agaché para estar a la altura de la pequeña.

—Hola, preciosa, tú debes de ser mi sobrina Cloe. Tenía muchas ganas de conocerte. Tío Rodri me ha hablado mucho de ti.

La niña se abalanzó a mis brazos, después corrió a los de su tío y, finalmente, se fue a jugar con mis hijos. Ari es una excelente niñera.

Ver a Rodrigo con Cloe hizo que me diera cuenta de que mi chico adoraba los niños. Le encantaban y pensé que sería un gran padre algún día, pero en ese instante sentí que yo no quería tener más hijos.

Sumida en mis pensamientos estaba, cuando apareció en la carpa la mujer más esbelta, pelirroja y bella que he visto en mi vida. Tenía unos ojos azul aguamarina que iluminaban todo a su paso. Sin poder evitarlo la seguí con la mirada y escuché cómo saludó a la madre de Rodrigo con mucha familiaridad.

— Hola, Marta. ¿Cómo está la mujer más guapa de Londres?

—Hola, Elena. Muy bien, encantada de tener a toda la familia reunida. Los chicos han ido a por vino, volverán enseguida.

Tan abstraída estaba en mis pensamientos que no me percaté de que Rodrigo se había alejado junto a sus dos hermanos hasta el final de la carpa. La mujer despampanante se acercó sin titubear hasta mí.

—Hola. Tú debes ser Alma, ¿verdad? —me preguntó de forma demasiado agresiva para mi gusto.

—Sí. Y tú, ¿eres?

—Veo que Rodri no te ha hablado de mí. Soy Elena, su socia.

Mi cara debió de reflejar perfectamente mis sentimientos. Una mezcla de incredulidad y mala hostia a partes iguales. Pero enseguida tomé pose de indiferencia y aclaré:

—No, si te soy sincera no me habla mucho de su trabajo.

En ese momento llegó Rodrigo alertado por mi cara de pocos amigos e intentó suavizar la situación, digo intentó porque si llegamos a estar solos en ese instante, le hubiera gritado hasta quedarme afónica.

—Pequeña, ¿ya conoces a Elena? Es mi socia y la pesada que me llama cada cinco minutos para atosigarme con trabajo.

Iba a decir algo cuando la aludida contestó:

—¡Oye!, no soy pesada, pero alguien tiene que velar por el negocio. Algunos, últimamente, viven vomitando corazones y unicornios.

Sí, yo pensé lo mismo, *Cómplice*. Ese comentario en tono burlón estaba lleno de resentimiento y de celos. Sin embargo, como mis padres y mi tía siempre me han dicho que hay que estar a la altura de las circunstancias, no me dejé dominar por mi parte más chabacana y tomé las riendas de la situación.

—Perdona, Elena, ¿verdad? —Asintió con un gesto—. Disculpa que últimamente haya absorbido de más a Rodrigo. Entenderás que después de trece años sin vernos teníamos que ponernos al día.

—Ya, tranquila. Si esos trece años ya le disfruté yo, es tu turno. No hay problema.

Coño, *Cómplice,* eso sí que no me lo esperaba. ¿A qué se refería?, ¿fueron pareja, se acostaban juntos?, ¡¡¿qué?!!

Los celos no me dejaban pensar y me quedé callada sin rebatir, por ello fue Rodrigo quien contestó y muy enfadado a mi parecer.

—¡Elena, vale ya! Deja de decir estupideces y vamos a disfrutar de la fiesta.

Mi chico dedicó una mirada a su hermano pequeño y Raúl se llevó a la socia con la excusa de servirle una copa de vino.

—Pequeña, no le hagas ni caso. Sé que tienes muchas preguntas y cuando lleguemos a casa estaré encantado de contestarlas todas.

Ahora vamos a disfrutar de la fiesta. Te quiero, no lo olvides.

Estaba tan enfadada que solo pude asentir con la cabeza, tragarme toda la rabia y disimular delante de mis hijos y el resto de los invitados.

Fue una cena tranquila. Gracias a Dios, Elena creo que captó la mirada fulminante que le dedicó Rodrigo y no se acercó a nosotros el resto de la noche. Si lo hubiera hecho dudo que me hubiera podido contener.

Después de cenar, el DJ se hizo cargo de la fiesta y lo pasamos genial. Los niños bailaban como locos y los adultos disfrutaban viendo su felicidad.

Imposible no acordarme de la canción que sonaba: *Magia* de Álvaro Soler. *Cómplice*, Ari me va a volver loca con ese chico. Lo idolatra y dice que es su primer amor. Cuando la escucho a mí me da risa. En cambio, Rodrigo se ponía de los nervios. Creo que encontrarse directamente con una hija preadolescente supera a cualquiera. Bailaba con ella, cuando él apareció por detrás y me susurró al oído:

—Pequeña, ¿bailas conmigo?

Continuaba enfadada, pero lo hice, seguía intentando que nadie se diera cuenta de mi incomodidad y esa noche descubrí que soy una actriz de la leche. Tras esa canción, bailamos un par más de ellas movidas hasta que, a una señal de Rodrigo, el DJ cambió de tercio y reconocí los primeros acordes de *Todo cambió* de Camila. ¡Dios, cómo me gusta esa canción! Me rodeó con sus brazos y comenzó a cantarme al oído. No te imaginas cómo me pone que me cante. ¡Tiene una voz tan sensual! Que mi chico me cantara que era todo mío y que el universo cambió al conocerme, me hacía sentir la mujer más especial del mundo. Y, vale, reconozco que con ese gesto apaciguó mucho a la fiera que desde mi interior pretendía arañarle la cara. Fue un momento romántico, en el que solo estábamos él y yo.

Cómplice, ¿sabes ese instante de las películas en que parece que el tiempo se detiene? Pues te prometo que sentí eso mismo.

Al acabar la fiesta volvimos al apartamento. Evidentemente, yo tenía mil preguntas que hacerle, por lo que en cuanto acostamos a los niños, me preparé un té y me senté en el sofá esperando que Rodrigo volviera de ponerse el pijama. Al verle, iba a comenzar mi cruento

interrogatorio, pero no me permitió abrir la boca, ya que con mucha tranquilidad me pidió:

—Antes de que llames a tu camionero cerebral, déjame que te explique las cosas y, por favor, no me interrumpas.

«Lo llevas claro, moreno», pensé de forma rápida y repliqué al segundo:

—Rodrigo, soy toda oídos. Solo una pregunta: ¿Es la misma Elena con la que salías antes de conocernos hace trece años? ¿Con la que perdiste la virginidad y de la que me hablaste en El Arenal?

¡Vale, no era solo una pregunta! Y, sí, soné de lo más enfadada. Lo sé, *Cómplice*, créeme que lo sé.

—Sí —confirmó desviando la mirada y consiguiendo que esa sencilla afirmación hiciera tambalear mis cimientos.

—¡¿Sí?! Y en tres putos meses, ¿no has tenido tiempo de decirme que tu socia es tu exnovia, es preciosa y que estáis todo el puñetero día juntos? ¡¿De qué coño vas?! Ahora mismo te echaría de mi casa, pero estamos en la tuya, así que me voy a dormir porque, si sigo mirándote a la cara, voy a decir cosas de las que no estoy segura de que me vaya a arrepentir mañana.

¡¿Crees que exageré?! *Cómplice*, espérate a escuchar el final de la historia y luego me cuentas. Llena de una mezcla de incredulidad, celos, rencor e infinitas cosas más que no me hacían ningún bien, me levanté y me fui a dormir a la cuarta habitación. Si algo tenía claro es que esa noche no dejaría que me tocara ni con un palo. Más bien el palo quería metérselo yo a él por el… En fin, que puedes hacerte una idea de cómo me sentía. Unos minutos después me metí en la cama, sabía que no dormiría, pero por lo menos pensé que podría intentar ordenar mis ideas. Cosa que no me dio tiempo porque en ese instante tocaron a mi puerta.

—Pequeña, necesito que me escuches. Abre la puerta por favor.

Su voz sonaba tan apagada que me pellizcó el corazón, aun así, mi cabreo me impidió moverme o decir algo. Juro que quería, pero es que no podía, estaba llena de ira y resentimiento. Me sentía la mujer más pequeñita del mundo, mi autoestima salió volando por la ventana cuando conocí a aquella mujer y era algo contra lo que no me veía

capaz de luchar en aquel momento. Rodrigo intentó que le escuchara una vez más.

—Alma, mañana te vas y de verdad necesito que hablemos. Voy a entrar. No encenderé la luz, lo prometo. Me sentaré en una esquina de la cama, te daré la explicación y después me iré a mi dormitorio y te dejaré pensar.

No contesté, me hice más pequeñita bajo el nórdico y observé por el rabillo del ojo como se abría la puerta. Poco después de que la oscuridad volviera a reinar en el dormitorio, sentí a Rodrigo sentarse en un lateral de la cama y sin dilación comenzó la explicación que prometió.

—Pequeña, nunca te he mentido. Elena es mi pasado. Tú eres mi presente y mi futuro. Es amiga mía desde los dieciséis años. Invirtió su dinero para que yo consiguiera mi sueño, siempre ha sido una gran amiga y un apoyo incondicional. Estuvo mal no hablarte de ella, pero no sabía cómo ibas a reaccionar y me daba miedo perderte. No puedo cambiar el hecho de que trabajamos juntos, pero eso no tiene nada que ver con que tú eres mi único amor. Te quiero solo a ti. Eres mi «Alma Eterna».

Joder, *Cómplice,* es que jugó muy bien la carta de «Alma Eterna» y yo no soy de piedra, además de que no podemos obviar que estaba enamorada de él hasta las pestañas. Sin pensar realmente en todo lo que sus palabras implicaban para el futuro de nuestra relación, tiré de él y me tumbé sobre su cuerpo, intentando que entendiera como me sentía.

—Rodrigo, prométeme que es la última vez que me ocultas algo así ni parecido. Soy insegura y que me omitas cosas, solo hace que mi cabeza se haga pajas mentales, que no son nada buenas para esta relación. Ahora mismo tengo mucho que digerir y mucho en qué pensar, porque no te puedo negar que saber que cuando no estás conmigo, estás con ella, no va a ser fácil para mí, nada fácil… Pero ahora necesito hacerte el amor y que solo seamos tú y yo.

En medio de las sombras que nos envolvían, busqué a tientas la cinturilla de su pantalón y lo deslicé por sus piernas acariciando aquel potencial que me estaba esperando con impaciencia. Sin más preliminares que esas pequeñas caricias, acogí sus ganas en mi interior y galopé su erección. Lo hice buscando profundidad porque necesitaba sentirme llena de él y olvidar que había un mundo más allá de esas

cuatro paredes. Entre jadeos y gemidos, Rodrigo susurro con el pulso acelerado:

—¡Dios, Pequeña! Eres mi deidad del sexo. Da igual cómo lo hagas. Rápido o lento, me haces ver las estrellas en todo su esplendor. Te amo, mi Alma.

Y esas palabras fueron el detonante para que mi cuerpo convulsionara en un orgasmo increíble que me dejó sumida en el más profundo de los sueños, con mi chico abrazándome por la espalda.

Al filtrarse las primeras luces del día por la ventana, observé que él no estaba, consiguiendo que me pusiera en guardia. Ese gesto inconsciente me confirmó que lo que ocurrió la noche anterior había cambiado algo dentro de mí, un sentimiento que no podía controlar. Por ello, salí del dormitorio en busca de Rodrigo, con intención de que habláramos como adultos y así poder quitarme las paranoillas que me taladraban la cabeza.

Anduve hasta la cocina con tranquilidad, pero al llegar a mitad del pasillo escuché voces que provenían de esa estancia, que se encontraba con la puerta cerrada y me tensé por inercia. Tengo que decir que en cuanto me pareció oír la voz de Elena me quedé inmóvil tras la puerta, espiando con atención como la más desconfiada y cotilla de los seres humanos.

—Fírmame estos papeles y me voy. Tengo que enviarlos hoy sin falta —decía la socia.

—Ya están firmados. Ahora vete, Elena. No creo que después de los comentarios que hiciste ayer, completamente fuera de lugar, Alma esté contenta de volver a verte tan pronto.

—¡¿Fuera de lugar?! Mira, Rodrigo, somos amigos y somos socios, pero eso no cambia el hecho de que yo estoy enamorada de ti desde la adolescencia y que hasta hace tres míseros meses estábamos prometidos. Mucho más podría haber dicho y me callé por respeto a tu familia. —La voz le tembló, pero continuó hablando y con ello clavándome un puñal en lo más hondo de mi corazón—. Has roto dos promesas y mi vida sigue, pero no esperes que os desee la mayor de las felicidades cuando es a costa de la mía. Te lo prometí, lo sé, pero realmente nunca pensé que ella volvería a tu vida.

«¿Prometidos, enamorada?», mi cabeza iba a estallar. Quise volver a la habitación, tarea imposible si no conseguía que los pies me respondieran. Con esa cara de besugo, mirándome las zapatillas de andar por casa e implorando a mis extremidades desanclarse del suelo, me encontré con los ojos de Elena cuando abrió la puerta.

—Buenos días, Alma, ya me voy. No quiero molestar —dijo de forma escueta antes de abandonar el apartamento sin esperar respuesta.

La observé alejarse, con ese contoneo tan femenino y ese pelo perfectamente peinado en una trenza de raíz. De soslayo miré mi reloj y pensé: «¡Las siete de la mañana! Es imposible tener tan buena cara y que te dé tiempo a maquillarte y vestirte habiéndonos acostado hace apenas cuatro horas. ¡Ni de coña! Esta tía tiene un pacto con el diablo». Allí me quedé con la boca cerrada y gritando mentalmente miles de cosas que no era capaz de pronunciar en voz alta, pero que estaban asesinando de forma lenta y dolorosa mí ya mermada autoestima.

—Pequeña, dime algo. Háblame, por favor.

No puedo decir cuánto tiempo pasó hasta que pude reaccionar porque no tengo ni idea. Sin embargo, en algún momento volví en mí y la rabia se apoderó de mi boca, mientras atravesaba a Rodrigo con la mirada. Ya dentro de la cocina y con la puerta cerrada intenté gritar de forma controlada. Sí, de verdad que en mi estado de enajenación mental transitoria pensé que eso se podía hacer…

—¡¿Prometidos hasta hace tres meses?! Dime que no es verdad, por favor. Por nuestro bien que no sea cierto, Rodrigo. Esto no está pasando. —Empecé a caminar de un lado a otro de la estancia meneando la cabeza de forma compulsiva—. ¡¡Me has mentido!! Ayer no me lo contaste. Te dije que nada de mentiras ni de omitir información. ¿Cuándo rompisteis? ¡¡Dímelo!!

Mis lágrimas se descontrolaron, sin que yo pusiera ningún tipo de resistencia. Quería que me viera destrozada y supiera que solo él y sus mentiras eran los causantes de mi dolor. Necesitaba que, si me quería, fuera consciente de que él y solo él había herido de muerte nuestra relación.

—Rompimos el día que atropellaron a Trasto. Cuando fui a cambiarme de ropa antes de que fuéramos al hotel —contestó

intentando llegar hasta mí.

Al ver su brazo extendido en mi dirección, sin pensar, le di un manotazo negando con la cabeza. No podía ser verdad. Eso era más que surrealista, ni en mis peores pesadillas pensé que algo así sucedería. Me pellizqué para estar segura de que no estaba imaginando nada de aquello y, para mi desgracia, el dolor que me provoqué en el antebrazo me confirmó que estaba bien despierta.

—¡¿Pero qué clase de persona deja a su prometida y se va a un hotel a pasar la noche con otra?! —pregunté encolerizada—. Y me besaste antes de dejarla. ¡Dios! creo que no te conozco en absoluto. No quiero volver a verte, no quiero explicaciones, no quiero oírte. Pido un taxi y me voy al aeropuerto con los niños —sentencié alejándome de su posición.

—Pequeña, te juro que puedo explicártelo. Escúchame por favor —suplicó con voz alterada.

En cualquier otro momento sentirle así de preocupado y mirándome con esos ojos, de perro abandonado falto de cariño, hubiera conseguido que sucumbiera a sus deseos y le escuchara, pero no, no podía, él rompió algo en mí que me obligaba a observarle y no encontrar al hombre del que estaba enamorada. Por ello, con una tranquilidad que me sorprendió incluso a mí, le miré de frente y declaré:

—El tiempo de hablar fue ayer. Si no os hubiera escuchado, ¿me lo hubieras contado? ¡No, me juego una mano a que no! Eres un miserable, un mentiroso y un manipulador; no quiero volver a verte en mi vida. Todo esto ha sido un error. Pero, por suerte para mí, es un error que puedo enmendar fácilmente. Me voy y no me sigas, no quiero que ¡¡mis hijos!! sufran más de la cuenta.

Me giré con intención de recoger mis cosas. Rodrigo no dijo nada, se limitó a mirarme mientras me alejaba. *Cómplice*, creo que entendió que en ese momento yo no podía escuchar, la sentencia era firme y no había lugar para más explicaciones. Cualquier persona que me conozca sabe que si estoy ofuscada no puedo pensar con claridad, y él tenía claro que cualquier cosa que dijera lo empeoraría todo.

Sola, en silencio y tragando la rabia en forma de lágrimas, hice las maletas, esperé a que los niños desayunasen y tuve que dejar que Rodrigo nos acompañara al aeropuerto por el bien de ellos. No entendí

por qué si yo le dije que no quería volver a verlo nunca más, él se despedía de mis hijos como si fuera a volver a mi casa en pocos días. En cambio, como no quería disgustarlos allí, no dije nada y simplemente me despedí con un beso en la mejilla y un escueto adiós.

14. ¿DÓNDE ESTÁ EL AMOR?

Las dos semanas siguientes fueron un desastre sentimental. La chupipandi se volcó conmigo e hicimos «terapia de choque» poniendo a caer de un burro a Rodrigo y a su socia. En cambio, mentiría si dijera que no lloré o no me los imaginé mil veces juntos. Una imagen —en la que Rodrigo estaba en su despacho y ella entraba con un informe, se lo entregaba y terminaban retozando de forma salvaje encima del escritorio— me perseguía dormida y despierta, consiguiendo que, además de estar hecha polvo, tuviera unas ojeras bastante feas. En su defensa diré que intentó comunicarse conmigo cientos de veces, pero yo no quería escucharle. Incluso Mada, Vero y Mateo —después de los primeros días de dejarme soltar burradas por la boca y hacerme los coros— comenzaron a insistir en que teníamos que hablar. La primera vez que se ponían los tres de acuerdo y tenía que ser en eso. Sin embargo, yo solo podía pensar en su engaño y en cuantas cosas más me habría ocultado. Por lo que seguía pensando que lo mejor era olvidarle sin más.

Puesto que ya no estábamos juntos, otra persona se habría olvidado de mis hijos, pero no, Rodrigo para ponérmelo más difícil llamaba a los niños tres veces por semana, como mínimo. Y ellos le wasapeaban cualquier cosa referente a las clases como lo venían haciendo desde que se conocieron. Me descubrí escuchando cual ninja tras las puertas, no podía verle, pero escuchar su voz se convirtió en una mala droga que necesitaba para seguir adelante. En aquellas conversaciones les decía que en cuanto pudiera vendría a pasar una larga temporada a casa. Rodrigo jugaba esa baza porque sabía que yo, todavía, no les había contado que no estábamos juntos. Me partía el corazón pensar en otra charla en la que tuviera que explicarles que otra persona importante en su vida ya no estaría. Habían perdido a Borja en junio y ahora a él. Me parecía demasiado y lo fui posponiendo.

Sí, tienes razón, *Cómplice*. Una parte de mí se negaba a romper del todo con él y el contacto con los niños hacía que no todo estuviera perdido.

El uno de diciembre fue el lanzamiento de su línea de ropa Alma Eterna. Quise llamarle y felicitarle por su éxito. En cuatro días, batió

todos los récords de ventas desde que hay registros. Te juro que quería llamar, pero no soy de piedra y, aunque estuviera dolida y enfadada, era más que consciente de que no estaba preparada para enfrentarme a él y seguir ignorándolo. Si hablábamos, caería rendida a sus pies y me negaba. Algo que no había cambiado era que no creía en él. Seguía convencida de que era un mentiroso y no estaba dispuesta a escuchar nada de lo que tuviera que decirme para embaucarme con su labia, su boca y su cuerpo… Sí, eso también comenzaba a ser un problema. Echarle de menos en todos los aspectos cada día se me hacía un poquito más cuesta arriba.

El doce de diciembre, Mada organizó una fiesta para celebrar que había ascendido en la agencia de viajes para la que trabajaba.

Desde primeros de año viajaría por todo el mundo fotografiando hoteles, monumentos y lugares de interés para crear unas revistas de viaje exclusivas de su empresa. Con sinceridad diré que mi corazón estaba partido por la mitad, y se dividía entre la felicidad por ver a mi mejor amiga cumplir sus sueños y la pena de saber que nos veríamos muy poco. Jamás, desde que teníamos memoria, estuvimos más de un par de semanas sin vernos, exceptuando aquella vez que se fue a recorrer mundo y bueno, ya te contaré esa historia. Pero ese trabajo sería diferente, estaría más tiempo fuera de España que en casa y no me imaginaba la vida sin que mi hermanita apareciera con gominolas en casa, para disgusto de mi parte de madre responsable y alegría del dentista familiar y de mi parte golosa.

En fin, *Cómplice*, no es que yo sea coqueta en exceso, me gusta ir mona sin perder comodidad, pero reconozco que mi aspecto el último mes estaba más a la altura del chándal dominguero que del glamur. Motivo por el que decidí esa noche, por mí y por Mada, pasar por chapa y pintura y parecer lo que soy: Una mujer joven y moderna, o intentarlo al menos. Me puse mis botines negros, mis mejores vaqueros y un bodi blanco con escote en V y mangas transparentes del mismo color. Era de Alma Libre, me lo regaló mi hermanita por mi último cumpleaños.

¡No me mires así! Que no quisiera estar con Rodrigo no significaba que no me gustara su ropa.

Tengo que reconocer que aquellos complejos adolescentes, en los que me veía con unas curvas desproporcionadas, eran parte de mi pasado; y en los últimos años mis curvas en lugar de molestarme me hacían sentir más mujer —obviemos las semanas previas a esa cena,

exactamente desde que conocí a Elena y me despedí mi autoestima cuando la vi volar por la ventana—. Sin embargo, no estaba dispuesta a dejar que esos sentimientos autodestructivos me minaran aquella noche, por ello, me miré al espejo y me sentí poderosa con aquel conjuntó que me planté. Acompañando mi atuendo, me hice un moño alto, con mechones estudiadamente sueltos y me maquillé utilizando un *eyeliner* negro, asociado con una cantidad abundante de rímel. Me pinté los labios de un rojo cereza y me di color en las mejillas. Cuando finalicé, me miré en el espejo y quedé bastante satisfecha con el resultado. Me despedí de mis niños y de mi tía María, que vino a pasar unos días aprovechando que yo necesitaba niñera, y me monté en mi Volvo para dirigirme a la cena.

A las diez llegamos al centro. Llevaba sin salir por allí años y mi sorpresa fue mayúscula al ver a la Generación Z.

Que no, *Cómplice*, me niego a llamarles jóvenes, porque ni de coña me siento tan vieja como me dio la sensación de ser en ese momento.

El caso es que me sentí fuera de lugar, comparada con ellos yo iba vestida para una boda. ¡Esta generación sale los sábados en deportivas! *Cómplice,* con dieciocho años yo llevaba taconazos y algunos modelitos de todo menos cómodos. Y te digo una cosa: ¡Ole por ellos! Me encantó, soy fan de todos y cada uno de ellos. Así sí se puede bailar, andar y lo que te dé la real gana sin acabar con los pies destrozados antes de salir de tu casa.

Ensimismada, sintiéndome terriblemente vieja y algo impropia cerca de esos chavales, llegamos al restaurante. Iba observando todo como si fuera un extraterrestre recién aterrizado en la Tierra, en el momento en que Vero me paró y me sujetó por el brazo.

—Chula, ¿cómo estás? —quiso saber con inquietud.

—Bien, amiga. No te preocupes por mí. —Resté importancia al asunto y de forma tajante cambié de tema, esa noche no quería pensar en Rodrigo—. Tu hermano me ha contado lo del juicio de ayer. ¿Cómo estás tú?

—Alma, tranquila, no tiene mayor importancia —soltó con la misma tranquilidad que las últimas veces que le pregunté, por aquel tema que a todos comenzaba a preocuparnos.

—Vero, deberías aceptar la seguridad que te ofrece el bufete. Todos estaríamos más tranquilos sabiendo que estás protegida.

—Alma, te digo lo mismo que a mi hermano. Esos mal nacidos no van a poder conmigo. Y tranquila que tengo un as en la manga. Hoy es la noche de Mada, así que no le digas nada y vamos a disfrutar. Pero antes, un consejo te voy a dar, amiga.

—Dime.

—No deberías juzgar a nadie sin haberle dado la oportunidad de defenderse. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—¡¿En serio te pones del lado de Rodrigo?! —inquirí totalmente herida.

—No, Chula. Siempre estaré de tu lado, pero a lo mejor no estás en el lado correcto. Ahí lo dejo.

Iba a rebatir o a seguir callada, no lo tengo demasiado claro, cuando Mada apareció en la escalera gritando:

—Moved el culo hasta la mesa que me muero de hambre.

Bajamos dando por finalizada la charla y me maravillé con el lugar que mi hermana eligió para su celebración. Resultó ser un restaurante cueva, moderno y lleno de color. Tenía una gran cantidad de platos variados y música ambiente. Asistimos La chupipandi al completo, los padres de Mada, tres compañeros de la agencia (Julio, Miriam y Manuel) y la dueña, Angélica. Esta última, con sólo treinta y dos años creó la agencia de viajes más exclusiva del país. Y en menos de tres años era un referente en la organización de viajes para personas con alto poder adquisitivo.

Como no podía ser de otra forma, recuerdo que todo lo que pedimos estaba riquísimo, presentado con esmero. Había tacos, croquetas de boletus, ensaladas, costillas, un arroz vegano al curry buenísimo y un sinfín de platos más. ¡Definitivamente tengo que volver!

Fue un rato muy ameno y divertido y, si mi instinto no me fallaba, el tal Julio no me quitaba ojo. No es que fuera feo, para nada, *Cómplice*. Era alto, rubio y muy guapo. Aun así, yo no estaba como

para fijarme en ningún hombre por muy bueno que estuviera.

Al acabar en el restaurante, los padres de Mada y su jefa decidieron marcharse a casa. Por el contrario, los demás preferimos seguir con la celebración en una discoteca de ritmos latinos que a mi hermanita le encantaba.

Cuando llegamos no había demasiada gente y aprovechamos para salir a la pista a bailar sin aglomeraciones. Más o menos durante media hora, mi hermanita y yo lo dimos todo bailando bachata, reggaetón, cumbia y todo lo que el DJ nos puso por delante. En un momento dado, Mateo se me acercó con su sonrisilla traviesa, esa que presagia que va a decir algo inapropiado.

—Chula, Julio te ha hecho varias radiografías de cuerpo entero, pero si sigues de luto sentimental y no piensas meter ficha, me pido primer. ¿No me digas que no has visto lo bueno que está?

Y no me equivoqué, para hacerle un poco de rabiar le contesté:

—Mat, si lo quieres es todo tuyo, pero ese me huele a hetero sin fisuras.

—Amiga, hay por ahí más de un hetero sin fisuras que ha cambiado de bando después de estar conmigo.

Su comentario nos hizo estallar en carcajadas y seguimos bailando. Pasado un rato más, en el que estuvimos dedicando miradas sibilinas al compañero de Mada y en el que hasta Vero se acercó a dar su opinión sobre el físico y la posible orientación sexual del radiografiado, comenzó a sonar la canción *Un reggaetón lento* de CNCO. Seguía charlando con mis amigos cuando noté que alguien me cogía por la cintura. Me giré y mi mirada se encontró con la del chico que había servido de diana para nuestros cotilleos. Confesaré que con voz muy sensual me preguntó:

—Alma, ¿bailas conmigo?

—No veo por qué no —respondí casi empujada por mis amigos.

El rubio resultó ser un excelente bailarín y me dejé guiar por el ritmo que fue marcando durante la canción. Al terminar esa bachata dio comienzo *No me acuerdo* de Thalía. A Mada le encanta, por eso no me sorprendió verla bailar como loca por toda la sala. Pensaba

despedirme de forma educada de mi acompañante para ir en busca de mi hermana, pero al parecer Julio tenía otros plantes y, cuando le dije que me iba a bailar con Mada, decidió, en un movimiento rápido, aferrarme por el brazo y pegarme a su cuerpo. Dudé un segundo, tiempo suficiente para que, al retirarme, sintiera la mirada penetrante de un hombre que estaba junto a Mada. Al sentirme atravesada por esos ojos, que reconocería en cualquier lugar, fui consciente sin ninguna duda de quién era. Me quedé congelada intentando procesar la imagen que mi cerebro captaba: Junto a Mada estaban Rodrigo y sus dos hermanos. Mi más reciente pareja de baile me siguió con la mirada y, al ver la cara de pocos amigos de los tres morenazos, decidió darme espacio. Chico listo la verdad, *Cómplice*. En cuando conseguí despegar los pies del suelo fui hacia el baño, con intención de serenarme por el reencuentro inesperado, mientras de fondo la canción de Thalía seguía sonando.

Sí, está claro que la música parece perseguirme y a veces es muy cachonda.

Mi huida fracasó estrepitosamente ya que antes de poder abrir la puerta de los aseos, Rodrigo me dio alcance cortándome el paso. Apoyando una mano en la pared lateral, interpuso su brazo estirado entre mi cuerpo y la puerta. Le miré de forma altiva, con toda la chulería que fui capaz de reunir, y me quedé esperando que él diera el primer paso de hablar.

—Llevo un mes esperando pacientemente a que hables conmigo. Cuando decido que no puedo más y, aprovechando que estoy en Madrid, llamo a los niños para que me ayuden a darte una sorpresa... me dicen que estás de celebración con Mada; tu tía me da la dirección; y te encuentro aquí liándote con otro. ¿Yo soy el mentiroso?, ¿yo soy el hipócrita? —atacó con rabia e incluso apostaría que algo de rencor.

Ante su ataque que me parecía de lo más injusto, decidí darle como pensé que más dolería: hablando de forma pausada, con calma y sin dejar de mirarle a los ojos.

—Primero, nadie te ha pedido que vengas; segundo, yo no te he mentido porque no ha pasado nada con Julio, solo hemos bailado una canción; y, tercero, aunque hubiera pasado, te dije hace un mes que no quería volver a verte y lo mantengo.

La cara de Rodrigo dejó de reflejar enfado para dar paso a la desolación. Te prometo, *Cómplice*, que ver esa mirada me partió el

corazón. Por muy dura que quisiera parecer, le quería con toda mi alma y ver ese dolor en sus ojos me estaba matando. Aun así, mi orgullo y mi propio dolor me impedían mirarle con algo que no fuera soberbia. Con los brazos cruzados le reté esperando que o se apartara o dijera algo más.

—Alma, he venido hasta aquí porque no puedo más. Te echo de menos, a ti y a los niños. Trasto apenas come desde que no está con Vanda. Echa de menos hasta a Hope y eso que le costó aceptarlo. Yo no vivo sabiendo que te encontré y te perdí por mi estupidez. —Noté que mi coraza de hierro se fundía con cada palabra—. Solo te pido que me escuches y si después sigues pensando lo mismo, me iré y no volveré más. Te lo prometo.

Esas palabras y tener delante la posibilidad real de no volver a verle pudieron más que mi orgullo. Por ello, concedí:

—Vale, vayamos fuera. Tienes diez minutos.

Salimos del local y nos metimos en mi coche. Rodrigo seguía teniendo su BMW en mi casa. Motivo por el que al llegar al aeropuerto sus hermanos le recogieron y le llevaron a la discoteca.

Joder, que frío hacía, *Cómplice*. Según me acomodé en el asiento del piloto, puse la calefacción, conecté mi reproductor de música y le apremié para que se explicara.

—Bien, Rodrigo. Tus diez minutos empiezan ya.

—Pequeña, siento en el alma haberte ocultado quién es Elena. Cuando volví de El Arenal hace trece años estaba destrozado porque no te localizaba. Ella me apoyó y me ayudó a buscarte. Cuatro años después, cuando empecé a perder la esperanza, me animó a abrir mi tienda y se ofreció a ser mi socia capitalista. Nunca me pidió nada más que amistad… hasta hace tres años. Después de tanto tiempo sin ti, perdí toda esperanza de encontrarte y decidí, una mala noche, beber más de la cuenta.

Cómplice, yo lo escuchaba sin perder detalle, rezaba porque su explicación fuera tan buena que no pudiera negarme a perdonarle.

»En algún momento de esa noche me mareé; y en el bar donde estaba avisaron a mi último contacto. Resultó ser Elena. Ella me llevó a casa y durmió en el sofá para asegurarse que yo estaba bien. Por la

mañana, me levanté y la vi allí. En ese instante me juré que continuaría con mi vida y que si era mi destino encontrarte lo haría, pero debía seguir adelante y dejar de aferrarme a tu recuerdo. Desde ese día comenzamos a quedar de una forma menos profesional y creo que la fui dejando pensar que algo en mis sentimientos, hasta ese momento puramente de amistad, estaba cambiando. Unos meses después, en la cena anual de la empresa, me besó y yo no me aparté. Así empezamos juntos y dos años después nos prometimos.

Mis celos iban a explotar, una cosa era intuir que fueron pareja y otra muy distinta entender que aquella mujer llevaba enamorada del mismo hombre que yo desde la adolescencia. Rodrigo se quedó callado, imagino que esperando alguna reacción por mi parte. Por ello, dejé de centrar la vista en el salpicadero y le miré a los ojos. Con mi máscara de indiferencia le advertí:

—Te aconsejo que vayas al final porque en un minuto y medio te bajas de mi coche.

—Pequeña, aunque no me creas, nunca le mentí. Elena siempre supo que la quería mucho pero que no estaba seguro de poder llamarlo amor. A ella le parecía suficiente, siempre decía que tenía por los dos.

Sentí que mi paciencia llegaba a su límite e intenté controlarme sin mucho éxito.

—¿Me estás diciendo que estabas con ella por conveniencia, por comodidad, porque era más fácil estar con ella que buscar un amor de verdad fuera? Además de mentiroso, eres un cobarde y un egoísta. ¡Joder, Rodrigo!, de verdad no sé si quiero seguir escuchando porque en lugar de arreglarlo me estoy cabreando más.

—¡Sí!, fui egoísta y cobarde. Egoísta porque acepté su amor aun sabiendo que nunca la querría como a ti; y cobarde porque me daba pánico volver a enamorarme y sufrir como cuando no te encontré. Pero mentiroso no, eso nunca. Solo le puse una condición para casarnos.

Esas palabras me llegaron directas al corazón al comprender que, de una forma u otra, los dos sufrimos y vimos el amor diferente cuando nos perdimos la pista años atrás.

—¿Qué condición? —me atreví a preguntar.

—Si te encontraba y me cercioraba de que estaba enamorado de ti, el compromiso acabaría sin rencores. Yo quería ser padre y en cuanto pasara la boda lo intentaríamos. Elena me dijo que mientras no hubiera un niño que sufriera, podía irme cuando quisiera. Ahora sé que lo dijo porque nunca pensó que te encontraría. Pero ingenuo de mí, le tomé la palabra. Necesitaba seguir con mi vida y construir esa familia con la que siempre soñé; y mentiría si dijera que con ella no era fácil. Era mi amiga, esa persona que me ayudó cuando no creía en nadie, pensé que si no podía volver a enamorarme podría ser feliz conviviendo con mi mejor amiga. Estaba claro que me equivoqué y ahora los tres sufrimos por mi error.

Nos quedamos en silencio y escuché la canción que estaba empezando, *¿Dónde está el amor?* de Pablo Alborán y Jesse & Joy.

Rodrigo empezó a cantar bajito y mi coraza cayó de golpe al suelo. Qué buena pregunta, *Cómplice*: «¿Dónde está el amor?». Mi problema era que el amor estaba intacto y deseaba dejarme acariciar y besar por Rodrigo. Porque yo no quería caricias de otras manos y en ese instante, estaba segura de que quería volver a intentarlo.

—¿Cuándo supiste que me querías? —indagué con algo más de confianza en que lo nuestro tuviera arreglo.

—Cuando te giraste en la clínica veterinaria de Gijón y vi tus ojos. Ese instante fue una revelación para mí. Supe que no había idealizado el amor. En esa fracción de segundo tuve la certeza que mi felicidad era contigo o con nadie.

Una lágrima desleal rodó por mi mejilla y él continuó hablándome de lo que pasó tras nuestro reencuentro.

»Después de dejarte en casa de Mada, fui al apartamento para hablar con Elena. Con la intención de explicarle lo sucedido y romper el compromiso. Le dolió en el alma, pero es una buena mujer y solo quiere que sea feliz. Me sentí fatal porque sabía que le había destrozado el corazón, pero en ese momento solo podía pensar en tus ojos y en que, por un milagro del destino, te encontré. Bueno, Trasto te encontró. ¡Como quiero a mi compi! Por ello, pusimos fin al compromiso y volví contigo.

—¿En serio? ¡Joder!, si yo estuviera en su lugar no sé si hubiera podido hacer eso.

—Pequeña, lo siento. Por favor, perdóname. Te quiero. La vida sin ti es un infierno.

—Rodri, este mes he sido desdichada por no estar contigo. Y si no cogía el teléfono es porque esperaba que el tiempo me diera el valor y la fuerza para vivir sin ti. Pero no puedo y no quiero. Te amo y no quiero imaginarme la vida sin compartirla contigo. —Mi chico me alzó y me colocó a horcajadas sobre sus piernas—. Esta conversación no acaba aquí. Hay mucho de qué hablar.

—Pequeña…

Cómplice, le silencié con un beso. Le besé con pasión, con anhelo y con todas las ganas acumuladas en la distancia. Estaba claro que necesitaríamos más que un par de besos para superar ese bache y, sobre todo, para que yo no me volviera loca cada vez que ellos estuvieran juntos, pero esa noche no podía pensar más en ello, necesitaba centrarme en el presente y disfrutar sin barreras de la reconciliación. Y te aseguro que fue una noche en la que nuestros cuerpos y nuestras almas se reencontraron en todos los planos que se nos ocurrieron.

15. AFTERGLOW

18 de diciembre de 2020

Dos días después de nuestra reconciliación, Rodrigo volvió a Londres a cerrar algunos temas de trabajo para poder regresar y pasar las Navidades con nosotros. Yo estaba muy nerviosa porque celebraríamos la Nochebuena en mi casa con Mada, mis padres, mi tía y mis jefes. Y la Nochevieja lo haríamos en casa de Roberto con sus padres y hermanos. Eran nuestras primeras fechas señaladas juntos y quería que todo fuera perfecto. Además, Roberto me pidió el favor de que cuidara ese fin de semana a Cloe. Por lo visto tenía unos asuntos de vital importancia que resolver. Yo accedí encantada, puesto que esa niña me había robado el corazón.

El viernes recogí a Cloe del colegio y nos fuimos a casa. Es una niña muy buena, pero no estaba ni su padre ni su tío y la noche fue movidita. La pobre preguntaba a cada rato por ellos.

El sábado por la tarde recogí a mi chico en el aeropuerto y nos dirigimos a casa. Al salir de la autopista y tomar dirección a Monteolivos, Rodri paró en un camino de tierra, uno que ya teníamos estudiado de calentones anteriores, y aparcó entre varios árboles. Eran las siete de la tarde y al ser diciembre ya era noche cerrada.

—Pequeña, no puedo esperar a llegar a casa, cenar y que los niños se duerman. ¡Te necesito ahora!

Le miré mordiéndome el labio e hice mi particular levantamiento de cejas, que tan loco le volvía. Observé cómo se desabrochaba el cinturón de seguridad y se colaba en el asiento trasero del BMW. Desde allí me aseguró con mirada felina:

—No puedes poner esa cara y quedarte ahí sin venir a ver el efecto que produces en mí.

Me deshice del cinturón, le seguí hasta la parte trasera del vehículo y me coloqué sobre él, noté su erección frotarse contra mi centro y creí estallar con ese simple movimiento.

—¡Dios, Ro!, me vuelves loca solo con mirarme. No sé si esto es sano —teoricé mientras dejaba escapar un jadeo involuntario de mi boca.

—El deseo, la pasión y el amor siempre son sanos. Hay que disfrutar ahora que solo tenemos niños que duermen del tirón.

Esas palabras hubieran aniquilado mi libido si no fuera porque mi necesidad de él era tan grande, que decidí hacer callar la voz de mi conciencia, de paso también a Rodrigo, y centrarme en el placer.

—Capitán, necesito que deje de hablar y haga lo que mejor sabe: Llevarme al cielo.

Con un movimiento increíble para estar en un habitáculo reducido, me colocó bajo su cuerpo, me desabrochó el pantalón negro, se deshizo de mi jersey rojo y mi ropa interior, sin que yo pusiera ninguna resistencia.

—Pequeña, relájate y disfruta. Quiero que sepas cómo me haces sentir.

Mi chico comenzó a besarme desde el tobillo, subiendo por la pierna. Al llegar a la ingle siguió ascendiendo por mi estómago, mordió mi pezón derecho mientras con movimientos circulares acariciaba mi sexo.

—Mi diosa, siempre tan dispuesta. ¡No sabes cómo me pones!

Yo no podía hablar, solo sentir. Percibir cada roce de su cuerpo y gozar el momento. Ese hombre me hacía perder la cabeza.

—Rodri, por favor, entra ya. No puedo más —supliqué jadeando.

—No, Pequeña, esto no ha hecho más que empezar. Déjate llevar.

Jugó con mi pecho y subió hasta mi cuello, al notar su aliento en el lóbulo de la oreja todo mi cuerpo se estremeció. Bajó por mi torso alternando besos y pequeños mordiscos hasta colarse entre mis piernas. Sin liberar mi pezón, accedió con su lengua a mi interior. Cuando tomó prisionero mi clítoris, juro que grité, grité su nombre porque no podía más. Necesitaba excarcelar mi placer. Su boca experta abandonó mi intimidad para susurrarme al oído.

—Aguanta, te prometo que la espera merecerá la pena.

Tragué saliva sin articular palabra y le observé descender hasta colarse entre mis muslos. Con su lengua traviesa dibujó círculos salvajes, marcando un ritmo perfecto: Rápido, lento, más rápido…

—Ro, libérame, no puedo más —supliqué a punto de perder la razón.

Mis palabras fueron el detonante. Aceleró el ritmó y presionó mi pequeño botón del placer buscando mi deleite. Yo solo pude rendirme al momento y llegar a un orgasmo brutal que asoló mi cuerpo a su paso. Satisfecho con mi reacción, colocó su erección en mi entrada y se internó de un movimiento certero. Alcé mis caderas en busca de profundidad y me sujetó por el culo para moverme a su antojo. Me penetraba buscando su propia liberación. Sin embargo, viendo en sus ojos las ganas, enrollé mis caderas a su espalda y le hice girar para sentarlo bajo mi cuerpo. Eché mis brazos hacia atrás, por encima de mi cabeza, y me agarré al asiento del copiloto, mirando sus ojos lascivos comencé un baile hacia delante y atrás, para luego subir y bajar, que mi amor no pudo aguantar. Apretándose contra mi cuello, gritó mi nombre y se dejó ir. Para mí, eso fue el pistoletazo de salida para alcanzar el clímax por segunda vez.

Relajada y satisfecha, me apoye en su pecho. Así estuvimos un rato, hasta que decidimos que era hora de encargar unas pizzas y volver a casa para disfrutar de los niños. Ya en movimiento, entrando en Monteolivos, preguntó:

—Pequeña, ¿qué tal la vuelta de Trasto?, ¿ha estado bien estos días sin mí?

—Siento decirte que tu perro es más de Vanda que tuyo. Sí, tranquilo, ha sido como si nunca se hubiera ido, aunque creo que ha engordado un poco.

—Normal, el mes sin vosotros apenas comía.

Al llegar a casa Carmen nos saludó, estaba sentada junto a mis hijos en el sofá y miraban de forma divertida hacia la colchoneta de nuestras mascotas. Observamos la estampa y nos dio la risa al darnos cuenta de que ni nuestros perros ni nuestro más reciente miembro, Hope, hicieron amago de levantarse. Cloe los había tapado a los tres con una mantita y se había metido con ellos debajo.

Sí, *Cómplice*. Hope es el gatito que atropellaron. Mi pequeño superviviente estuvo ingresado bastante tiempo, pero con muchos mimos y cuidados salió adelante. Al andar tiene cierta cojera y una orejita un poco deforme, aun así, es el gato pardo más bonito del mundo. Es un amor y cuando se recuperó tuve claro que se vendría a casa. Al principio, Trasto era un poco reacio, pero con rapidez se hicieron inseparables. En cambio, Vanda lo adoptó en el mismo instante que llegó.

—Bueno, Alma, ¡me has mentido!, mi preciosa sobrina no está en casa —soltó Rodrigo al ver que la niña no se había percatado de su presencia.

Al oír su voz, Cloe salió de su escondite y se tiró en los brazos de su tío. Era increíble la conexión que tenían. Una vez acomodado, cenamos en familia y después decidimos echar la ya tradicional partida de Monopoly. Cloe estaba cansada, pero no quería alejarse de su tío. Por eso, se colocó en su regazo y jugó con él. La pequeña no paraba de bostezar, aun así, seguía queriendo esperar a su tío. Para no variar yo perdí y la convencí para irnos a la cama a leer un cuento.

Un rato después, yo tenía más papeletas para dormirme que ella.

—Nena, cierra los ojos y te canto una canción. —La voz de Rodrigo nos llegó desde el quicio de la puerta.

Mi chico apagó la lamparita e iluminado solo por las estrellas de una luz quitamiedos, empezó a cantar la canción de *Frozen*.

Sí, *Cómplice*, yo también tuve que contener una carcajada. Ver a semejante hombretón cantando la banda sonora de la película no tenía precio. Cuando terminó siguió con *Bajo el Mar* de *La Sirenita*, y después *El Ciclo de la Vida* de *El Rey León*. Con esta última, la pequeña finalmente se durmió. Salimos del dormitorio y nos fuimos a descansar. Me estaba poniendo el pijama y no pude resistirme a tocar un poco la moral a Rodrigo.

—Pequeño, no conocía esa faceta tuya. Ha sido muy… interesante.

En ese momento solté una risita, pero me reprimí como pude.

—No te rías. Si supieras todas las que me sé… Esta niña devora

las películas y su mayor pasatiempo es mandarme las canciones que le gustan para que me las aprenda y cantarlas cuando estamos juntos e incluso durante nuestras video llamadas. —Ante su explicación me puse una mano en la boca e intenté contenerme—. Una vez, estaba en la sala de conferencias hablando con ella por Skype y me suplicó que cantara *Un mundo ideal* de *Aladín*. Lo que no vi fue que mi equipo creativo y el resto de personal asistente a la reunión había entrado y tomado asiento. El cachondeo los siguientes meses fue... intenso. Un día, llegué a mi despacho y tenía un disfraz del Príncipe Alí en la mesa. Nunca supe quién fue, pero sospecho que mi hermano Raúl tuvo algo que ver. Es el graciosillo de la empresa. Mira que pisa poco las oficinas, aun así, cuando está el ambiente es distinto. Este chico reparte alegría por donde pasa.

Cómplice, me aguanté mucho eso tienes que reconocerlo. Rompí a reír a carcajadas y Rodrigo me tiró sobre la cama.

Ver a mi chico con su sobrina me hizo enamorarme más de él. Si no era el hombre perfecto se le parecía mucho. Hicimos el amor con calma, como nos gustaba hacer cuando queríamos demostrar nuestros sentimientos y nos faltaban palabras.

Por la mañana me desperté muy temprano para ser domingo. No podía dormir pensando en lo que dijo Rodrigo en el coche y en cómo se comportaba con su sobrina. Él quería tener más hijos, pero yo ya tenía dos y no estaba segura de querer más. Bueno, sí estaba segura. ¡No quería más!

Ante la imposibilidad de conciliar el sueño, fui a la cocina a prepararme un café y puse la radio. Sí, *Cómplice*. Yo no sé vivir sin música. En silencio escuché mi emisora favorita durante un rato y cuando reconocí la voz de Ed Sheeran cantando *Afterglow* tuve que subir un poquito el volumen. La voz de ese hombre me encantaba y soñaba con ir a un concierto y verle tocar en directo. Estaba tarareando, tomando café y bailando lentamente por la cocina cuando, desde la puerta, me llegó la voz de Rodrigo cantando. Me encanta Ed Sheeran, pero la versión de mi chico no tiene precio.

—Buenos días, Pequeña, qué madrugadora —saludó llegando hasta mí. Le rodeé con mis brazos y le besé.

—Buenos días, mi vida. No podía dormir.

—Pequeña, ¿no quieres tener más hijos?

Joder, *Cómplice,* esa pregunta me pilló por sorpresa y me atraganté con el café.

—¡Coño, Rodrigo! Vaya pregunta de buena mañana, hijo. Casi me ahogo, simpático.

Se quedó con semblante serio y, entre dientes, razonó:

—Bien, Alma, el hecho de que casi te ahogas y que ha salido a contestar tu camionero cerebral me deja muy clara la respuesta.

Se giró para salir de la cocina y le sujeté por el brazo.

—Ro, cariño, escucha. Voy a intentar explicarlo, pero ten paciencia porfa. —Asintió con la cabeza—. No es que no quiera tener más hijos, lo cierto es que tengo dos casi criados. Mis veinte los pasé estudiando entre pañales y biberones. No me malinterpretes, no me importa, he sido muy feliz y mis niños son los más importante en mi vida. Es que ya tengo cierta libertad y, sinceramente, no me veo otros diez años criando un bebé.

—Vale, Alma. Me ha quedado muy claro. No quieres tener más hijos. El problema es que yo sí y no solo uno.

Creo que me quedé catatónica porque mi cerebro mandaba palabras, pero mi boca no las pronunciaba.

»Tranquila, si tú no quieres no tendremos hijos. Es solo que siempre me he visto criando niños. Me encantan. Cuando Cloe nació y ayudé a Roberto a cuidarla, fui el hombre más feliz del mundo. Siempre soñé con tener los míos. Pero entiendo que la vida me ha dado hijos, dos maravillosos, aunque no haya tenido la suerte de verlos crecer en sus primeras etapas —dijo intentando ser conciliador.

Sin embargo, no pude evitar observar que el brillo de sus ojos estaba apagado. Me dio un beso en la frente y se fue al dormitorio.

Cómplice, no sé cuánto tiempo pasé allí, de pie, en mitad de la cocina. Es que no sabía qué hacer. Tenía claro que no podía decirle que quería más hijos porque no era verdad, pero entendía que él quisiera. Después de lo que me pareció una eternidad, le seguí al dormitorio.

—Ro, cariño, sé que suena muy egoísta por mi parte, pero si te digo otra cosa sería mentirte y nos juramos sinceridad. Solo puedo decirte que ahora mismo no me planteo tener más hijos, pero entiendo tu punto de vista y si te parece bien, en un futuro, podemos volver a hablar este tema. Sinceramente, ahora me parece un poco pronto.

Rodrigo me miraba sin decir nada. Creo que se debatía entre ser sincero o dejar estar el tema. Pero la discusión por su ex todavía estaba muy reciente y seguíamos afrontando esa nueva etapa, en la que yo me pasaba la vida celosa cada vez que no estábamos juntos e intentando que no se me notara; y él se pasaba la vida evitando atender las llamadas de su socia delante de mí y procurando coincidir con ella lo menos posible para que la situación se fuera enfriando. Por todo ello, finalmente optó por la segunda opción.

—Pequeña, te quiero y deseo estar contigo. Es la única certeza que tengo ahora mismo.

Hicimos el amor sin prisa. Creo que los dos intentábamos demostrar el amor que nos teníamos y, así, dejar de tener la sensación de que había temas insalvables en nuestra relación.

El día veinticuatro, organizamos la cena de Navidad en mi casa. Cuando llegaron los invitados quedaron impresionados con la decoración navideña. Rodri se empeñó en comprar «unos cuantos adornos nuevos» y la casa parecía un anuncio de turrón. No me malinterpretes, *Cómplice*. Lo digo en el buen sentido. Pusimos un Papá Noel luminoso con trineo y renos en el tejado, toda la fachada estaba decorada con diferentes guirnaldas de luces y en el porche había un muñeco de nieve enorme con regalos a sus pies. Dentro, en el salón, Rodrigo dispuso varías figuras navideñas acompañadas de lazos, espumillón y luces. El árbol medía algo más de dos metros y lo decoramos con adornos plata y azul metalizado. Creí que el ambiente quedaría muy recargado, pero el resultado fue cálido y acogedor. Mis hijos estaban felices y muy emocionados, y verlos así consiguió que me descubriera soñando con muchas Navidades como aquella.

La velada fue de lo más entrañable. Mis padres estaban felices de ver la complicidad que había entre Rodrigo, los niños y yo. Como al final, entre unas cosas y otras, no pudimos ir a Guardamar tras mi aborto, verme feliz para mi padre fue suficiente para quedarse tranquilo. Recuerdo un momento en el que fui a la cocina y él me acompañó.

—Hija, no sé qué tiene este muchacho, pero brilláis de una forma tan bonita que es imposible no contagiarse y sonreír al estar junto a vosotros.

Le abracé emocionada.

—Papá, le quiero tanto que me da vértigo —confesé escondiendo la cabeza en su pecho como cuando era una niña.

Me acarició la cabeza y me dio lo que para mí fue un gran consejo.

—Cariño, el amor de verdad, ese que te hace vibrar solo viendo aparecer a la persona que motiva esos sentimientos, es lo que merece la pena cualquier sufrimiento. Disfruta la vida con él como si mañana no fuerais a estar juntos, solo así cada vivencia pasará a ser parte de tu alma.

En ese momento llegó mi madre para ver por qué tardábamos tanto y, al vernos algo emocionados, se unió a nosotros. Mi progenitora me abrazó y observé cómo mi padre la miraba con auténtica devoción. Alzó la vista y al encontrarse con mis ojos, me guiñó uno y, señalando con la cabeza a mi madre, aseguró:

—A esto me refiero.

Solo con eso le entendí. Ellos son una prueba de que por muchas trabas que ponga la vida, si hay amor de todo se sale. Hubo un tiempo en que sentí algo de rencor hacía mi madre al pensar que anteponía a su marido por encima de su hija, pero con los años entendí que el amor que sentía por él, y que aun siente, era tan puro que jamás podría haberse apartado de él durante su enfermedad. No es que me quisiera menos, es que mi padre la necesitaba más.

Una vez repuestos de ese momento tan íntimo y personal volvimos para seguir con aquella maravillosa cena.

Tras los entrantes, nos pusimos las botas con el plato principal y, después, fui con Mada a la cocina a por el árbol de hojaldre y chocolate que Ari preparó de postre. Mi amiga se apoyó en la encimera y me miró con ojos divertidos.

—Bueno, Alma, tengo que decir que la cena ha sido espectacular

y que se te ve feliz, hermanita. Rodri te sienta bien.

—Sí, soy feliz. Tanto que me da hasta miedo —declaré con sonrisa nerviosa.

—Tranquila. Disfrútalo, te lo mereces —sentenció mientras me abrazaba.

—Gracias. Por cierto, no me has contado qué pasó el día de tu cena cuando me fui con Rodrigo. Vero me dijo que Raúl estuvo muy pendiente de ella y que Roberto y tú desaparecisteis un buen rato. ¿No tienes nada que contar?

—Esto, bueno, verás...

Me entró la risa al ver lo roja que mi mejor amiga se puso, iba a intensificar un poquito más el interrogatorio, pero la salvó que nos llegó la voz de Oliver gritando desde la mesa:

—¡Tía, mamá!, el postre por favor.

— Y rapidito que se os hace de noche.

A la última frase de mi hija Ari, le siguió una carcajada general. Decidí dejar el tema y volver a la cena. Al finalizar, mis hijos insistieron en jugar una partida al mentiroso.

Mis padres, mi tía, Carmen y Arturo decidieron marcharse a descansar. Esa noche dormirían todos en casa de mis jefes, porque se les metió en la cabeza que en mi casa estaríamos muy justos de espacio. Cuando se preparaban a salir, sonó el timbre de la puerta. Con diligencia mi chico se levantó para abrir mientras yo terminaba de despedirme de mi familia. Ni se me ocurrió quién podría ser ese día y a esas horas. Unos momentos después, Rodrigo volvió con un semblante oscuro que me congeló la sangre. Miré a su espalda y mis ojos se encontraron con los de Borja.

¿Cómo te explico? *Cómplice*, Borja no es muy alto ni muy guapo, pero es de esos chicos que llaman la atención. Es de esas personas que con facciones que parecen no encajar, si lo miras en conjunto, es muy atractivo. Argentina le había sentado bien, estaba moreno y la barriguita que lucía antes de marcharse había desaparecido. Tiene unos ojos negros que traspasan con la mirada y que a mí siempre me han dado paz.

Mientras yo procesaba la imagen, mis padres fueron a saludarlo, no sin antes esperar a que Oli y Ari cesaran en sus abrazos.

—Borja, cariño, ¿qué tal estás? Cuéntanos qué tal por Argentina. Ven, siéntate. Que alegría verte, estás estupendo —hablaba mi madre en plan torbellino, muy propio de ella cuando se emociona.

—Sí, papá. Ven, siéntate aquí. ¡Te hemos echado de menos! —aseguró Ari cogiendo de la mano a Borja.

Fue imposible no percatarme de que esas palabras de mi hija fueron como un hierro incandescente en el corazón de Rodrigo. Sin decir nada se marchó a la cocina seguido por Mada. Yo hice de buena anfitriona y serví un café a mi ex.

Cómplice, pero ¿qué querías que hiciera? Era mi amigo y había venido a felicitarnos las fiestas.

—No sabía que estabas en España. ¿Cuándo has llegado? —pregunté sirviéndole un trozo del árbol de hojaldre.

—Cariño, he llegado esta mañana. Estaré hasta el treinta y luego tengo que volver al trabajo.

—¡¿Cariño?! —espetó Rodrigo.

Esa pregunta me pilló desprevenida. ¡¿Cuándo habían vuelto al salón?!

Borja se giró para mirarlo a la cara, desafiándose el uno al otro como en un duelo de titanes.

—Perdona, y tú, ¿eres? —quiso saber Borja con tono de acero.

—Es el novio de mamá, Rodrigo; vive con nosotros —respondió Oliver con la naturalidad propia de un niño de doce años que no sabe de qué va la vaina.

Ante esa aclaración fue el semblante de Borja el que se ensombreció. Comenzó a mirarme de forma inquisitiva y yo no fui capaz de articular palabra. Mi tía, que es muy lista, decidió que era hora de poner orden.

—Niños, venid conmigo a poneros el pijama y cepillaros los dientes, que es hora de irse a la cama. ¡Mañana es un gran día! Hermano, preparaos que en cuando se acuesten, nos vamos a casa de Carmen.

Durante unos quince minutos reinó un silencio que me pesaba como una losa. Solo roto por las preguntas de mi madre sobre el trabajo y la vida de Borja en Argentina. Pasado ese tiempo, todos se fueron y nos quedamos mi ex, mi chico, Mada y yo.

—Alma, ¿podemos hablar en privado? —En realidad las palabras de Borja no eran una petición.

—Perdona, Borja, ¿verdad? —preguntó Rodrigo, como si no lo supiera, y el aludido asintió con la cabeza de forma chulesca—. Creo que entre mi novia y yo no hay secretos. Lo que tengas que decir puedes hacerlo aquí. Lo que habléis, se lo contará después a Mada, por lo que no veo necesidad de que os vayáis a ningún lado.

¡Dios, *Cómplice*! La tensión se palpaba en el aire y algo me decía que eso no podía acabar bien.

—Muy bien, Rodrigo, como quieras —concedió Borja—. Alma, ¿este es Rodrigo, el mismo Rodrigo que te dejó plantada hace un millón de años?

Intenté mantener la calma y hablar sin que se notara que estaba temblando como una hoja. No sabía hacia dónde mirar, cualquier lugar me parecía un error. Finalmente, opté por intentar que mis ojos conectaran con mi amigo, no con mi ex.

—Borja, por favor, no hables de lo que no sabes. Perdona si no te he comentado nada, pero cuando hemos hablado este tiempo no ha surgido el tema. Los dos hemos estado muy liados estos meses y, básicamente, hemos hablado de los niños.

—¡¿Y yo soy el mentiroso por no hablarte de Elena?! ¡¡No le has hablado de mí en cinco meses, no me has dicho que tus hijos le llaman papá, apuesto lo que sea a que no le has dicho que estabas embarazada y lo perdiste!! —Los gritos de Rodrigo fueron como un dardo para todos.

—¡¿Embaraza?! ¡¿de mí o de él?! —gritó Borja

Mada se puso en pie, dispuesta a hacerse con el control.

—¡Muy bien, se acabó! Ahora vamos todos a calmarnos y hablar como los adultos que somos. Rodrigo, este tema lo tienen que hablar en privado, te guste o no. Así que vamos a dar un paseo por el jardín.

Mi chico era consciente de que en su ataque de celos dijo cosas que no le correspondían. Por ello, siguió a Mada sin decir nada. En cuando nos quedamos a solas, aclaré:

—Era tuyo, Borja. Me enteré después de tu marcha. Sufrí un aborto espontáneo a los pocos días de saberlo y no te dije nada porque pensé que ya no tenía sentido.

Mi amigo de toda la vida no hablaba, solo me miraba como si no reconociera la persona que tenía delante. Pasamos un rato así, en silencio. No me percaté de que Rodrigo y Mada habían entrado a por una manta, porque fuera hacía un frío de mil demonios, y continué hablando ajena a ellos.

—Borja, cielo, siempre seré Alma y tú siempre serás mi Borja, mi mejor amigo y lo más parecido a un padre que mis hijos han tenido. Pero tomamos caminos diferentes y así está bien. Yo quiero a Rodrigo y, aunque no me creas, él nunca quiso hacerme daño. Fue, bueno, fue mala suerte.

—¡Cásate conmigo! —La petición de Borja me dejó fuera de juego.

Mi boca no pronunciaba palabra, pero mi mente iba a mil por hora y pensaba: «¡¿Qué?! ¡Joder!, ¡que me casé con él, dice!». *Cómplice*, le digo que quiero a Rodrigo y me pide que me case con él, ¿te lo puedes creer? Yo no, eso te lo puedo asegurar. El portazo que dio Rodrigo al salir me hizo reaccionar y montar en cólera.

—Pero ¿tú estás tonto? ¡Eres imbécil! Te digo que estoy enamorada de otro, que además sabes que fue mi primer amor, y tú me dices que nos casemos. ¡Joder! ¿Tú sabes la que has liado? Reza para que Rodrigo me perdone, sino te juro por mis hijos que te ahogo.

Sí, *Cómplice*, mi camionero cerebral estaba desbocado por mi pánico a perder a Rodrigo. Consciente del error que cometió, Borja intentó arreglar la situación.

—Alma, lo siento. Perdóname, no tenía que haberte dicho esto. Es que siento que Rodrigo me ha quitado un pedacito de mi vida. Tú y los niños sois como mi familia y me he sentido amenazado. Lo siento.

Mi amigo estaba visiblemente afectado y mi anterior cabreo fue sustituido por empatía.

—Lo puedo entender, de verdad que sí, pero tienes que saber que siempre serás de la familia y que para los niños siempre serás como un padre. Aunque vivas a miles de kilómetros. Eso nunca cambiará.

Borja sostuvo mi mano.

—Alma, ve a buscar a Rodrigo y déjame hablar con él. Yo se lo explico.

—No, tranquilo, yo hablaré con él, pero antes de irte cuéntame un poco cómo es tu vida en Argentina.

No te lo vas a creer, *Cómplice*, resultó que Borja tenía novia. Así como te lo cuento. Me explicó que se había enamorado perdidamente de la hija de sus caseros y llevaban un par de meses juntos. Ahí comprendí las estupideces que podemos hacer cuando nos sentimos amenazados en la vida: Borja enamorado hasta las trancas de una tal Eva y pidiéndome matrimonio porque soy su chica de costumbre.

Después de aquella charla, nos abrazamos y quedamos en vernos en otro momento porque tenía unos regalos para los niños. Cuando se fue, Mada me abrazó y me informó:

—Alma, Rodri se ha ido. Se ha llevado el coche, pero intuyo dónde puede estar. Te paso la dirección. Ve y tráelo a casa. Y no te preocupes, yo me quedo con los niños el tiempo que haga falta.

Sin tiempo que perder me monté en mi viejo Volvo e introduje la dirección en el GPS. Ya preguntaría más tarde a mi hermanita por qué motivo la tenía…

Ensayando mentalmente mi discurso, conduje hasta Boadilla del Monte. Todo iba bien hasta que me desvié de la carretera M-501 y sentí que algo era distinto. El coche sonaba extraño, lo suficiente para que me alertara, pensé en parar en la cuneta y llamar a la grúa. Sin embargo, antes de poder reaccionar escuché un crujido bajo mi asiento, perdí el control y todo se volvió negro. En algún momento,

abrí los ojos y vi infinidad de luces amarillas, rojas y azules a mi alrededor, pero me pesaban mucho y los volví a cerrar.

Al despertar, lo primero que vi fueron los ojos de mi chico anegados de lágrimas. «¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?», me pregunté en silencio y Rodrigo pareció entenderme.

—Pequeña, mi vida, estás bien. Tranquila, perdiste el control del Volvo y chocaste con una rotonda. Estás en el hospital. No tienes nada roto ni un solo golpe. Los médicos creen que te desmayaste del susto.

—Mi vida, Ro, perdona. Fui a buscarte para explicarte que yo te quiero a ti, que... —No me dejó terminar.

—No pasa nada, todo está bien. Solo me importa que estás sana y salva, lo demás carece de importancia. Cuando llamaron del hospital a Mada, ella se puso en contacto conmigo y me lo contó todo, soy un estúpido, lo siento. Me cegaron los celos, es que cuando Ari llamó papá a Borja me di cuenta de que había llegado doce años tarde a su vida y eso me partió el corazón. Haga lo que haga nunca podré recuperar el tiempo que perdí sin vosotros.

Rodrigo lloraba como un niño pequeño que no encuentra consuelo. Me incorporé de la cama y le abracé.

—Ro, para los niños y para mí, eres nuestro presente y nuestro futuro. No pasa nada porque los dos tuviéramos un pasado distinto y el tiempo que perdimos. Lo que importa es lo que hagamos de aquí en adelante.

—Quiero que los niños y tú vengáis a vivir a Londres conmigo.

Esa petición hizo que recobrara todas mis fuerzas de golpe y saliera a contestar mi parte menos comprensiva.

—¡Joder, Rodrigo! Tienes que dejar de soltar las noticias así, a bocajarro y sin filtro.

—¿Eso es un no? —Me miraba con tristeza.

—Mi vida, no es un no. Es un: hay que hablarlo con calma y no es el momento ni el lugar.

—Tienes razón, Pequeña. Es que no quiero volver a separarme de

vosotros jamás. No quiero perderme nada.

—También está la opción de que te mudes definitivamente a Madrid —tercié con mi mejor cara de ruego.

—Alma, no puedo. La central y la fábrica de mi empresa están en Londres.

En seguida supe que llegábamos a otra pared contra la que chocar a toda velocidad y decidí posponer el tema.

—Mi amor, creo que es un tema que podemos dejar para después de las fiestas. ¿No crees?

Me dio la razón con un gesto y me besó. Poco después, el doctor entró y, tras explicarme que parecía estar todo en orden, aunque era importante estar alerta las próximas setenta y dos horas por si aparecía cualquier síntoma extraño, me dio el alta.

Eran las siete de la mañana cuando entramos por la puerta. Nunca olvidaré la estampa de Mada sentada en el sofá con una taza de chocolate y una manta, según me vio pegó un saltó y me abrazó.

—Alma, que sea la última vez que me das un susto así. ¡Joder, qué año de hospitales, bonita!

Asentí. Yo tampoco quería volver a ver uno en mucho tiempo. Ingenuos de nosotros pensábamos acostarnos un rato. Sin embargo, nos quedamos con las ganas al ver aparecer a mis hijos en tropel en el salón, exclamando entusiasmados:

—¡¡¡Regalos!!!

Cómplice, no te vas a creer cuál era mi regalo de Navidad: ¡Entradas para el concierto de Ed Sheeran y un pase VIP para conocerlo! Casi me desmayo de la emoción. Los niños recibieron unas bicicletas nuevas, algo de ropa y un par de juegos para la Nintendo. Estaban como locos. Yo también recibí una bici. Rodrigo compró bicis para los cuatro, para hacer rutas en familia. Mi chico no calculó que soy alérgica patológica al deporte. A Mada le regaló varias prendas de su próxima colección de Alma Libre y, como todavía no habían salido a la venta, mi amiga saltó como si fuera la más feliz de las niñas.

La verdad es que ella y yo no nos podíamos quejar. En las tiendas

Alma Libre y Alma Eterna teníamos un código cliente especial con el que nos vendían la ropa con un 70% de descuento. Es lo máximo que Rodrigo consiguió de nosotras. Si hubiera sido por él nos llevaríamos todo sin pagar, pero nosotras no podíamos aceptar. Después de un tira y afloja, accedimos a solo pagar el 30%. Aun así, solo fuimos una vez porque nos parecía un abuso. Esa era otra fuente de discusión con Rodrigo. Él quería que aceptara su dinero como mío y yo era incapaz de hacerlo.

En fin, que tras todo ese despliegue de obsequios le llegó el turno a mi chico. Tengo que confesar que me temblaban las manos cuando le entregué nuestro regalo. Mío y de mis hijos porque se empeñaron en ayudar a pagarlo con sus ahorros. Cuando lo abrió, dos lágrimas resbalaron por sus mejillas y, al verlo tan emocionado, las mías hicieron lo propio.

—¿Te gusta, papá?

Las palabras de Oliver hicieron que Rodrigo levantara la cabeza y lo mirara con infinita gratitud. Ari se sentó sobre su regazo.

—Rodri, el otro día hablamos con mamá y nos explicó que a veces los adultos pueden no seguir juntos. Pero que no tiene nada que ver con los hijos y que, si queríamos, podíamos llamarte papá porque, pasara lo que pasara entre vosotros, tú nos vas a querer siempre. —Mi chico no podía hablar, creo que tenía un nudo en la garganta—. Si te molesta que te llamemos papá no lo haremos más. Lo prometemos. —Ari hizo un puchero y su estrenado padre reaccionó.

—No, mi niña, al revés, es tan bonito oírlo decir. Es que no me lo esperaba y me he emocionado. Sé que para vosotros Borja es como un padre y no quiero que hagáis nada con lo que no estéis cómodos.

—Papá, Borja es un padre para nosotros, pero tú también. Que yo sepa no hay ninguna norma que diga que no se pueden tener dos papás. —La ocurrencia de Oliver nos hizo sonreír.

—¿Te gusta nuestro regalo? —preguntó Ari con la mirada fija en los ojos de Rodrigo.

Mi chico miró el contenido de la caja y asintió enérgicamente mientras lo sacaba y lo examinaba con interés.

—Me encanta. No podríais haber elegido un regalo más perfecto.

En realidad, *Cómplice*, era un detalle más sentimental que material. Se trataba de un marco para ocho fotografías que rodeaban la palabra «*family*». Las fotografías eran de momentos juntos los cuatro y también de Vanda, Trasto y Hope. Además del cuadro, le regalamos un colgante con una foto familiar para que nos llevará siempre con él y en la parte posterior rezaba «mi futuro».

Tras la entrega de regalos, llamé a mi madre para contarle el sustillo con el Volvo y al poco rato los tenía a todos en casa. En cuanto comprobaron que efectivamente estaba bien, se apiadaron de nosotros y se llevaron a los niños a casa de Carmen para que Rodrigo y yo nos acostáramos. Mada se despidió y se marchó a descansar a su piso.

El día veintiséis, previa llamada que me hizo para pedirme permiso, Borja vino a casa. Habló con Rodrigo y firmaron una tregua por mí y por mis niños. Al fin y al cabo, éramos la familia de mis mellizos. Tras ese día, a Rodrigo y a mí nos pareció bien que Borja disfrutara de tiempo con los niños y se los llevó a varias actividades, mientras nosotros trabajábamos. Es más, el día que Borja se marchaba, Rodrigo le prometió que en algún momento viajaríamos los cuatro a Argentina para que mi amigo disfrutara de sus hijos y nos hiciera de guía turístico por aquel país.

El resto de las fiestas las pasamos entre comidas y cenas familiares. Fueron días maravillosos en los que me olvidé hasta del fantasma que me acechaba: la socia preciosa.

El día de Reyes yo estaba algo triste. La tarde anterior me llamaron del taller para decirme que el presupuesto para arreglar el Volvo rondaba los cinco mil euros. Rodrigo se ofreció a pagarlo, pero me negué rotundamente. Con toda mi pena hablé con el encargado del taller y le pedí que lo mandara al desguace. No sin antes derramar algunas lágrimas por aquel coche que perteneció a mi prima y con el que sentía que la perdía un poco más.

Remoloneaba en la cama junto a Rodrigo, pensando que era rarísimo que fuera de día y mis hijos no me estuvieran atosigando para abrir regalos. De pronto, nos llegó un olor riquísimo a tortitas y nos apresuramos a ir hacia a la cocina. No sabíamos que nos encontraríamos y, cuando vimos el despliegue de medios que hicieron los niños, nos quedamos a cuadros. Para celebrar ese día familiar, decidieron hacernos un desayuno especial. Había café, tortitas,

donuts, huevos revueltos, beicon, zumos y más. *Cómplice,* parecía el buffet de un hotel cinco estrellas. Felices y emocionados les abrazamos y juntos dimos buena cuenta de todo.

Con paciencia, mis hijos esperaron hasta que dimos por concluido el banquete. Aunque, una vez me vieron limpiarme con la servilleta, nos apremiaron para ir a abrir los regalos. Ari estaba emocionadísima porque le regalamos entradas para el concierto de Álvaro Soler. Nos tenía locos con sus canciones. ¡Qué pasión sentía por ese chico! Oliver no daba crédito cuando vio las entradas, en primera fila, para el Real Madrid-Barcelona de baloncesto. Por nuestra parte, a Rodrigo le regalamos un abrigo de Jack & Jones que le quedaba perfecto y le hacía estar tremendamente atractivo. ¡*Cómplice*, es que tiene una percha este hombre!

Sí, yo también tenía un regalo. El mío era una cajita pequeña, que te puedo asegurar que me temblaron las manos al desenvolverla pensando que era un anillo de compromiso. ¡Eso ya era meter quinta en nuestra relación! Sin embargo, me quedé sin palabras cuando vi las llaves de mi Volvo. «¡No es posible, si lo mandé ayer al desguace!», pensé, y como tantas veces que me hacía preguntas mentales, Rodrigo me dio la respuesta.

—Pequeña, el coche está arreglado hace días. Lo de ayer fue un teatrillo para que la sorpresa fuera mayor. Te voy a confesar algo: El presupuesto que te dieron no es real, pero tampoco preguntes cuánto ha sido porque es un secreto. ¿Estamos? —Yo solo podía asentir con la cabeza.

—Mamá, está en el garaje. Tienes que ir a verlo, es una pasada —explicó Oliver exultante, mientras tiraba de mí.

Al abrir la puerta creo que entraron moscas en mi boca cuando vi mi viejo Volvo totalmente nuevo. Lo habían pintado, restaurado los asientos, cambiado el volante y todo lo que creyeron que era necesario para dejarlo en perfecto estado. ¡Era increíble, era mi coche sin ser mi coche! Era mi Volvo 2.0. En el momento que conseguí cerrar la boca y pude volver a hablar, confesé:

—Rodri, esto es demasiado. Te ha debido costar más que un coche nuevo. Yo, Yo… no sé qué decir. Gracias. Gracias, mi vida, por saber lo importante que es este coche para mí.

—Pequeña, para mí es un placer hacer felices a las personas que

quiero. Pero, aunque el coche está restaurado, no deja de ser un coche antiguo y por eso he mandado traer otro BMW como el mío, para que utilices el Volvo en ocasiones especiales. Y tranquila, el nuevo no es un regalo, es mío. Solo te lo presto. ¿Vale?

—Qué bien me conoces, mi vida. Te quiero.

Le besé total e irremediablemente enamorada. Por una vez mi hijo no puso cara de asco. Al contrario, le escuché salir del garaje junto a su hermana riendo divertidos, dándonos unos instantes de intimidad.

16. SATURNO

Los meses siguientes pasaron increíblemente rápido. Rodrigo procuraba estar todo el tiempo que podía en casa y los niños eran profundamente felices. Tenían una conexión que con solo una mirada los tres se entendían y me hacían la vida muy fácil. Cierto es que, finalmente, acepté que Rodrigo contratase un empleado para que nos ayudará con la casa y las comidas; y también buscó los servicios de una empresa para el mantenimiento del jardín. La verdad es que la casa nunca había estado tan bonita y cuidada. Se lo agradecía de corazón, porque sé que mi prima estaría feliz.

En esos meses vivimos cosas maravillosas, como el concierto de Ed Sheeran. ¡Fue una pasada! Se celebró el catorce de febrero en el Wizink Center de Madrid. No puedo describir con palabras cómo fue la experiencia. El concierto fue increíble y, al acabar, pasamos al *backstage* a conocerlo en persona. Era una especie de miniconcierto para una veintena de personas. Nos cantó un tema inédito y nos contestó a algunas preguntas. Fue muy agradable y vivirlo con mi chico fue mágico. ¡Celebrar San Valentín con el mismísimo Ed Sheeran cantando *Perfect* es algo que no olvidaré jamás!

En marzo, Rodri y Oliver fueron a disfrutar del regalo de reyes de mi hijo. En esa ocasión, Ari y yo decidimos aprovechar y pasar una tarde de chicas en el centro comercial. Cuando todos terminamos nos fuimos a cenar juntos al Foster. ¡Cómo les gusta a mis hijos!

Ese mes hubo una semana que enturbió algo esa convivencia que estábamos construyendo. Recuerdo estar preparando la cena mientras Rodrigo se duchaba y escuchar su móvil sonar con insistencia desde la mesa del salón. A la tercera vez decidí ver quién era y avisar a mi chico si fuera el caso de que pasaba algo grave. Al visualizar la pantalla no pude evitar leer un WhatsApp emergente que procedía de Elena: «Estoy hasta las narices de que estés ilocalizable cuando te da la gana. Tienes una empresa que dirigir te guste o no». El mensaje seguía, pero continuaban unos puntos suspensivos que me dejaron con ganas de saber qué más decía. Antes de debatirme entre desbloquear el aparato o no, este comenzó a sonar. Sin pararme demasiado a pensar, descolgué.

—Dígame —respondí de forma inocente.

—¿Alma? —el tono de duda me dejó claro que no esperaba escucharme.

—Sí, dime que se te ofrece a estas horas, Elena. Rodrigo está ocupado.

—Para la desgracia de la empresa imagino que no estará quitando una piedra del camino —soltó de forma borde.

En una milésima de segundos recordé aquella vez en El Arenal cuando Rodrigo me contó lo que Elena le decía acerca de retirar una piedra del camino para seguir adelante, al darme cuenta de que se refería a mí como ese obstáculo, un ataque de mala hostia se apoderó de mí antes de contestar.

—Es que yo de piedra tengo poco, soy más una roca a la que le gusta pasar por encima de las chinas molestas del zapato. Por tu bien no me toques los ovarios. Le diré que te llame cuando salga de la ducha, aunque desde ya te aviso que vais a empezar a respetar unos horarios de trabajo.

—¡Alma! —escuché que me gritaban a la espalda.

Como si fuera una chiquilla a la que la acababan de pillar haciendo la mayor de las trastadas, me giré despacio y desvié la mirada cuando Rodrigo me atravesó con fuego en las pupilas. Por un instante me hice chiquitita, hasta que mi parte cabreada, y la que estaba hasta las narices de la historia de la socia, se hizo con el control de mi cuerpo y, lanzándole el teléfono, grité:

—Dile a tu amiga que en esta casa se termina de trabajar a las ocho. ¡Ah! Y si quieres apartar a esta piedra —me señalé de la cabeza a los pies—, avísame pronto que nunca he sido la persona más paciente del mundo y me tenéis hasta el moño.

Sin dejarle hablar me marché a seguir preparando la cena. Ni qué decir tiene que hasta que los niños se acostaron me limité a hablar con monosílabos a Rodrigo y a mantenerme a una distancia prudencial de él. No porque me incomodara que me tocara, más bien porque no estaba segura de no terminar lanzándole algún objeto contundente a la cabeza.

Verás, *Cómplice,* mi comportamiento de aquella noche fue el estallido a meses callándome la incomodidad que me producía que Rodrigo trabajara con aquella mujer; de ocultar mi desasosiego cuando le veía salir al jardín para hablar con ella «de trabajo», palabras que siempre repetía mi chico; y de morderme la lengua cuando sabía que iban a estar días enteros en Londres juntos, mientras yo me quedaba en Madrid.

Tienes razón, estallé por no comunicarme con mi pareja y dejar que un tema se me enquistara. El caso fue que en cuanto acosté a los niños me encerré en la habitación, pero Rodrigo no estaba dispuesto a dejar pasar mi pataleta sin una explicación.

—Y yo que pensaba que tenías claro que no existe otra mujer en el mundo con quien desee estar más que contigo —soltó con tranquilidad desnudándose para ponerse el pijama.

Intenté no mirarle, pero la escenita de celos que me marqué, en lugar de bajarme la libido, me puso de un tonto que ni me lo creía. Así que me dediqué a escanearle con gula.

—A lo mejor deberías explicárselo a esa pelirroja tan guapa que tienes por socia —contesté desabrochando con intenciones los primeros botones de mi blusa.

—Ella lo tiene claro, pero no deja de ser mi socia y tiene que velar por el negocio —replicó mirando mi canalillo y quedándose en bóxer delante de mí.

—Pues vas a tener que cambiar de novia o de socia, porque está claro que somos como el agua y el aceite; y tú vas a acabar ahogado en medio —amenacé quitándome los vaqueros y quedándome en ropa interior.

Rodrigo rodeo la cama que nos separaba y se quedó a unos centímetros de mi cuerpo sin tocarme. Esa cercanía lejana activó todas mis terminaciones nerviosas, doloridas por esperar un contacto que deseaban, pero no llegaba.

—Pues de momento tendré que demostrarle a mi novia lo loco que me vuelven sus ataques de celo, después castigarla por tenerlos, porque son totalmente infundados; y más tarde, discutiré con ella cómo hacer para que confíe en mí y en mis sentimientos. No sé cómo

lograr que entienda que he soñado con ella desde hace tanto que, nunca, jamás, tendré suficiente tiempo para demostrarla lo feliz que me hace.

Mientras hablaba mis pies se movieron de forma involuntaria para recorrer esa pequeña distancia que nos separaba y aliviar esas terminaciones nerviosas que pedían el contacto con la piel de Rodrigo. Como la loba salvaje que me sentía, me aferré con las dos manos a sus glúteos y susurré cerca de su oído.

—Puedes empezar por castigarla y ya sabes cómo le gusta que lo hagas.

Apretando todo su potencial contra el bajo de mi vientre no pude evitar que un gemido escapara de mis labios. Eso volvió loco a mi chico que con maestría me alzó y empotró contra la pared.

—Eres un pequeño diablo —gimió cerca de mi boca sin llegar a besarme.

Sin apartar mis ojos de los suyos repuse:

—Creía que era una diosa.

Una sonrisa salvaje asomó a sus labios y los estampó contra los míos. En aquella posición, apartando la ropa interior como pudimos, lo hicimos de forma animal hasta sacarnos la rabia y las ganas que nos comían por dentro. En el instante en que el placer se desató en mis entrañas, tuve que morder su hombro para ahogar el grito que pugnaba por salir de mi interior. Esa noche descubrí que puedes practicar sexo de forma salvaje y a la vez sigilosa. No tuvimos que decirnos nada para saber que debíamos procurar ser silenciosos cual ninja en una batalla y eso también lo convirtió en un acto de travesura que me puso muy a tono.

Tras el estallido de pasión, tocó hablar como adultos de esa espina enorme, llamada «Elena», que se me había clavado. Después de explicarle mis inseguridades y él insistir por activa y por pasiva en que para él solo era una amiga y una socia, y que estaba enamorado de mí sin reservas, entendí que no era justo que la sacara de la empresa por mis miedos. Ella era una gran trabajadora además de la socia que en un primer momento invirtió su capital y su tiempo en apostar por el talento de Rodrigo. Comprendí lo mala persona que se sentiría él si solo por acceder a mis caprichos prescindiera de ella. Aun así,

entendió mi incomodidad, ya que le hice ver que esa mujer seguía enamorada de él y que eso era algo que ella no podía controlar, al igual que yo no podía dominar mis celos o mis inseguridades. Por ese motivo, desde aquel día pactó un horario de trabajo y ella comenzó a respetarlo. Fuera de esas horas solo le llamaba si había algo realmente urgente que no pudiera esperar. Además, Rodrigo dejó de alejarse cuando hablaban, ya que estaba seguro de que si yo escuchaba esas conversaciones laborales mis fantasmas irían despareciendo. Y tenía razón, la mitad de las veces me alejaba yo porque era un tostón oírlos hablar de temas que yo ni entendía. Sin contar con que muchas veces terminaban hablando con otras personas y esas conversaciones eran en inglés, por lo que no me enteraba de casi nada. En lo que con el paso de los días Rodrigo me tuvo que dar la razón, fue en que Elena le llamaba muchas veces para cosas sin importancia y, a mi entender, porque ella necesitaba saber de él. Poco a poco Rodrigo comenzó a ser más tajante con según que interrupciones y ella pronto pilló la indirecta. Por todo ello aprendí que hay cosas que no puedes controlar —como que la ex de tu novio este muy buena y trabaje con él—, pero sí puedes controlar como te afectan a ti o a tu relación. Desde aquella discusión aprendimos a hablar más y a comunicarnos mejor y eso nos ayudó a seguir con aquella convivencia tan bonita que estábamos trabajando a diario.

En abril, celebramos mi cumpleaños y el de Mada. Rodrigo nos organizó una fiesta sorpresa. El muy loco consiguió que cerraran toda una planta del restaurante mexicano de Pozuelo solo para nosotros.

Sí, *Cómplice*. Mi restaurante favorito. ¡No me lo podía creer!

Vinieron nuestros amigos más íntimos, nuestros familiares más cercanos y los hermanos de mi chico. Me sorprendió que Roberto no trajera a Cloe, me dijo que estaba enferma, pero, entre tú y yo, me sonó a mentira barata. Cuando terminamos la cena, mis padres se llevaron a los mellizos a casa y «la juventud», como decía mi madre, seguimos la fiesta en un reservado de la discoteca más exclusiva de Madrid. Durante toda la noche me debatí entre matar a Rodrigo o comérmelo a besos. Ese cumpleaños debió salirle por un ojo de la cara. Al final, como bien has imaginado, ganó la batalla mi loba interior y me lo comí... a besos y lo que no son besos. *Cómplice*, ¡tú ya me entiendes!

Fue una noche rara en algunos aspectos que me dejaron con la mosca detrás de la oreja. Por un lado, constaté que mi cuñadito menor

era un picaflor, cosa que ya me adelantaron sus hermanos, pero parecía estar realmente interesado en recibir las atenciones de Vero. Por otro lado, la que me sorprendió fue Mada, apenas dirigió la palabra a Roberto en toda la noche. Ahí había mucho más de lo que parecía, aunque mi hermanita trataba el tema con el mayor hermetismo. Yo recordaba que en El Arenal congeniaron muy bien y no entendía por qué ella le trataba con ese desdén. Aun así, fue un cumpleaños maravilloso que terminé con un regalo de lo más placentero…

En mayo, fuimos los niños, Rodrigo y yo al concierto de Álvaro Soler. Ese era el regalo que recibió Ari por reyes y la verdad que fue una noche superdivertida. Bailamos, cantamos y, sobre todo, reímos mucho. Fue otra experiencia para enmarcar en nuestro siguiente cuadro «*Family*», y ya íbamos por el tercero.

Aprendiendo a cuadrar agendas, viajes, trabajos, horarios escolares y demás cosas de la vida cotidiana, llegamos al final del curso. Cuando los niños cogieron las vacaciones el veinticuatro de junio, Rodri pensó que sería buena idea que pasaran dos semanas en Londres con él. Durante ese tiempo, yo trabajé y aproveché para hacerme un curso intensivo de Terapia Asistida con Animales. Estudios que llevaba un par de años queriendo realizar, pero para los que nunca sacaba tiempo.

Hablando con sinceridad, *Cómplice*, me preocupaban bastante esas dos semanas. Rodrigo tenía mucho trabajo y, aunque sus padres se ofrecieron a cuidar a los niños y hacer turismo con ellos, pensé que sería demasiado para él trabajar y después pasar todo el tiempo con ellos.

Mi sorpresa fue que no solo pareció que todo había ido fenomenal, sino que mis hijos estaban encantados de estar en Londres y no tenían ganas de volver a casa. Me dio la sensación de que para Rodrigo ese tiempo fue una prueba. Creo que quería saber cómo se adaptarían los niños a vivir allí. Tema, por cierto, que nunca volvimos a sacar después de Navidades.

Al volver en julio, los niños se fueron a Guardamar con mis padres y mi tía.

Perdona, *Cómplice*, tienes razón. Te hablo de lugares dando por hecho que los conoces. Guardamar del Segura es un pueblo costero de

Alicante, de allí son mis abuelos paternos y es el pueblo natal de mi padre y mi tía. Tendrá unos quince mil habitantes y allí, se encuentra la desembocadura del Río Segura. Es muy tranquilo y a mi padre el clima mediterráneo parece irle muy bien para su enfermedad. Si alguna vez vas, no dejes de conocer La Pinada o las Dunas de Guardamar. Son paisajes maravillosos.

El día dieciséis, Rodrigo y yo nos reunimos con ellos. Mis padres ya le adoraban del par de veces anteriores que se vieron en Madrid, pero aquellos días en los que no teníamos que trabajar y solo estuvimos relajados, hablando, paseando y disfrutando de la comida mediterránea, terminaron de caer rendidos a sus pies.

El apartamento de mi tía está en el mismo edificio que el de mis padres y aunque nos quedamos en el de ella por los niños y por no trastocar de más los horarios de mi padre —cosa que le molestó pero que acató porque sabía que era lo mejor para él—, la última noche decidí quedarme un rato más a charlar con mi tía y mi madre en la terraza de mis progenitores. Mi padre ya se había acostado y Rodrigo se llevó a los niños a comprar un helado y dar un paseo. Por lo que nos quedamos las tres en plan marujeo. Después de responder a todas las preguntas que se les ocurrieron, y yo confesar a mi madre la verdadera historia de cómo conocí a Rodrigo, cosa que mi tía sí sabía, pero ella no. Mi madre me hizo brindar con una copa de vino.

—Porque la vida te entregue mucho más de lo que tú le das. Por si no te lo digo lo suficiente, estoy muy muy orgullosa de ti —atestiguó emocionada abrazándome.

En los últimos años descubrí que, aunque mis padres estaban lejos, podíamos tener una relación estrecha. La muerte de Ariadna fue un punto de inflexión para todos, a mí me abrió los ojos y a mi padre también, desde aquel día jamás le oí quejarse por su enfermedad y se volcó en intentar mejorar y buscar actividades que le sentaran bien a nivel físico y emocional. El día que mi prima falleció, me prometí no desperdiciar tiempo que no sabemos si tenemos. Y esos momentos en familia valían cada lágrima derramada años atrás.

Después de tres días maravillosos en casa de mi familia, nos pusimos rumbo a Isla Canela en Huelva, donde nos alojamos durante una semana en un precioso apartamento situado en primera línea de playa. Ni mis niños ni yo conocíamos aquella zona y nos entusiasmó. Rodrigo convirtió nuestra estancia allí en todo un acontecimiento. Él sí conocía aquella tierra y nos enseñó lugares preciosos. Juntos

hicimos turismo, fuimos a la playa, jugamos en la piscina del complejo y por las noches caminamos por el paseo marítimo. Gracias a que los mellizos son niños de lo más sociables, al segundo día ya habían hecho amigos en la urbanización y tuvimos que acomodar la agenda familiar en función de sus quedadas. Pero ni a mi chico ni a mi nos importó. Verlos divertirse así nos daba la vida, sin contar que aquellos momentos también nos dejaban disfrutar de charlas animadas con otros adultos.

Sin darnos cuenta nos zampamos la mitad del verano y nos plantamos en el día veinticinco de julio. Con toda mi pena me despedí de Rodrigo. Tras dejarnos de vuelta en Guardamar, partió rumbo a Londres. Tenían la apertura de una nueva tienda el uno de agosto y estaban hasta arriba de trabajo. Tengo que confesar que mi chico me pidió que pasara esos días con él, pero lo rechacé por dos motivos: El primero porque quería pasar unos días con mis padres. En los últimos meses, la salud de mi progenitor había empeorado un poco y estaba preocupada por él, y los tres días anteriores me supieron a poco; Y el segundo fue que estaba convencida de que Rodrigo no descansaría intentando trabajar y pasar el máximo tiempo posible conmigo. Por ello, después de una dura negociación en la cama… le dije que nos reuniríamos el día cinco de agosto en casa.

Después de unos días en Guardamar, mis ganas de verle eran infinitas. Mi padre se reía porque decía que era como el perro del hortelano y que todavía no tenía el don de la ubicuidad, así que veía difícil poder estar en Londres y allí con mi familia a la vez. Así que como, según ellos, en la vida hay que hacer lo que te pida el cuerpo, mis padres y mi tía me regalaron un billete de avión para ir a sorprender a Rodrigo por nuestro «aniversario de reencuentro».

Les dije que era una tontería que se hubieran gastado dinero en aquello puesto que Rodrigo volvería en unos días. Sin embargo, les dio igual, se emperraron en que ese día debíamos marcarlo y pasarlo juntos, que las sorpresas son la sal de las relaciones y, además, así dejaba de torturarlos con mi cara de perrito abandonado.

2 de agosto de 2021

Cuando bajé del avión a las ocho de la mañana estaba supernerviosa, de pronto me sentí estúpida por aparecer allí unos días antes de nuestra quedada en casa y pensé que Rodrigo estaría muy ocupado y yo pasaría mi estancia en Londres sola. Mi seguridad acerca

del plan comenzó a hacer aguas y, además, debía sumarle que mi inglés no es muy bueno. Motivo por el que llegar hasta el apartamento de Rodrigo y presentarme como su regalo era tarea complicada. Gracias a Dios, tuve la lucidez de pasar por mi casa a por la copia de llaves que mi chico me dio. Salí del aeropuerto y pedí un taxi. Bueno, *Cómplice*, si soy franca, lo pidió mi traductor de Google.

Llegué al apartamento y al entrar, con mi sigilo de ninja, no oí nada. Pensé que seguiría durmiendo o que se habría marchado a la oficina. Recorrí el pasillo con el corazón acelerado y entré en su dormitorio. Desde el quicio de la puerta me detuve a estudiar la visión más sexi de mi existencia. Sin exagerar, *Cómplice*, lo juro: Rodri estaba en la cama, bocabajo y solo vestido con un bóxer negro. ¡Dios, que culo le hacía!

Avancé lentamente y me senté a horcajadas sobre su espalda, intentando controlar las pulsaciones desbocadas de mi corazón, acerqué mi boca a su oído y susurré un:

—Buenos días, dormilón.

Se movió mínimamente y observé que seguía profundamente dormido. Decidí pasar al siguiente nivel, refrotando mi pecho contra su espalda más de la cuenta, intenté nuevamente que despertara.

—Capitán, ha sido un viaje muy largo y necesito algo de acción.

Acompañé mis palabras susurradas en su oído con besos y pequeños mordiscos en su lóbulo y en su cuello, eso pareció hacerle reaccionar. Al menos a una parte de él…

—¿Pequeña?, ¿eres tú? Dime que no es un sueño y bésame.

Sus palabras somnolientas hicieron despertar todos mis sentidos, se giró y yo acoplé mi centro sobre su potencial vespertino. Besándonos con pasión, me abrazó y me hizo girar para colocarse sobre mí, se sentó a horcadas y me miró con ojos brillantes, felinos y llenos de ganas.

—Pequeña, no sabes lo feliz que me hace que estés aquí. Soy el hombre más afortunado del mundo.

—Si pasaba un día más sin ti, me iba a volver loca —confesé sin reparos.

Me mordió el cuello con hambre y dibujó un camino de besos por encima de mi ropa hasta llegar al ombligo. Sin pudor dejé que me despojara de todas mis prendas sin apartar su mirada. El jadeo involuntario que escapó de sus labios lo ahogué en los míos con un beso salvaje. Rodrigo parecía tener muy claro lo que le apetecía hacerme en aquel momento. Sin preguntar, me giró para colocarme sobre la cama, de rodillas, mirando a la pared. Le sentí situarse detrás de mí y me aceleré de forma inconsciente cuando comenzó a recorrer mi espalda besando y mordiendo a partes iguales. Con sus manos secuestro mis pechos y, de la pura excitación que sentí, tuve que apoyar las manos en el tabique para no perder el equilibrio, me estaba volviendo loca y él lo sabía, pero no tenía intención de dejarme llegar de forma rápida al orgasmo. Bajó una mano dibujando un sendero por mi abdomen y acarició mi sexo, lo justo para excitarme, pero no liberarme. Froté mi trasero contra su erección para que supiera lo bruta que me estaba poniendo con sus juegos. Le sentí sonreír en mi espalda cuando arqueó mi cuerpo hacía delante. Tanteando mi interior introdujo dos dedos sin que yo pusiera ningún tipo de resistencia.

—Veo que estás a punto de explotar —aseguró en mi oído.

—¡*Hummm*! No te haces una idea —conseguí contestar jadeando.

Como si fuera la confirmación que esperaba, sin retirar su mano de mi parte más íntima, me penetró sin piedad, presionando mi clítoris con sus dedos a la vez que me llenaba de él. Necesité de toda mi concentración para no perder el control de mi cuerpo. Continuó con su exquisito juego, logrando volverme loca. Tan placenteramente desquiciada que me sentí llena, viva y, sin poder remediarlo, llegué a un orgasmo devastador que me dejó desmadejada en sus manos. Cuando se sintió satisfecho con lo que había logrado, aceleró el ritmo en busca de su clímax y, gritando mi nombre, se dejó caer sobre mi espalda. Así, tumbados boca abajo, procurando recuperar el aliento, permanecimos un rato en silencio.

—Feliz aniversario, mi vida —dije por fin.

—Feliz aniversario, Pequeña. Ni en un millón de años hubiera imaginado un mejor regalo que tú, aquí y ahora.

Mi chico me besó y se levantó de lo más misterioso, se acercó a la cómoda y sacó una pequeña caja que observó alternando mis ojos y el

objeto, como estudiando si era el momento oportuno.

—Pequeña, pensaba dártelo al volver a casa. Ábrelo —pidió con la voz diferente, juraría que nervioso.

Desenvolví la cajita con el pulso acelerado por lo que mi mente estaba imaginando. Cuando mis ojos me dijeron que estaba en lo cierto, me quedé blanca como la nieve. Sí, más de lo normal, *Cómplice*.

—Pequeña, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó Rodrigo colocándose de rodillas frente a mí.

Yo no decía nada. Mi cerebro no reaccionaba y él empezaba a ponerse nervioso, no dejaba de mirarme sumiéndome en un estado de ansiedad que me estaba secando la boca. Al final, conseguí murmurar:

—Mi vida, antes de darte una respuesta tenemos que hablar.

Cómplice, comprobé por su expresión de angustia que mis palabras le estaban matando poco a poco. Soy consciente de que no era la respuesta que esperaba y ojalá hubiera dicho que sí sin dudar, pero teníamos temas importantes que tratar antes de decidir compartir el resto de nuestra vida juntos. Por ese motivo intenté razonar mi contestación:

—Ro, te amo más que a mi vida, pero antes de pensar en casarnos, hay dos temas que hemos estado posponiendo: Dónde viviremos y si tendremos más hijos.

—Alma, ya te dije que no puedo trasladar una fábrica y una oficina central a Madrid. Para mí es muy importante estar en el proceso de producción día a día. Creí que entendías que antes o después tendréis que mudaros aquí.

—¿Perdón? —Mi tono de voz sonó casi como un grito—. Mira, Rodrigo, no sé cuándo te has hecho estas pajas mentales, pero yo nunca te dije que cambiaría mi vida y la de mis hijos para seguirte hasta Londres. Tú hablas español, has vivido en Madrid y allí viven tus hermanos. Yo aquí solo te tengo a ti, además de que perdería mi trabajo; y mis hijos tendrían que alejarse de sus amigos y dejar su colegio. ¡Eres un egoísta!

—¡¿Egoísta yo?! Llevo un año matándome a trabajar para hacer en ocho horas lo que haría en veinte y, así, estar allí con vosotros el

máximo tiempo posible. Por primera vez en mi vida he dejado que otras personas se encarguen de parte importante de mi trabajo, porque de no ser así las colecciones no saldrían adelante. Y he renunciado a tener un hijo biológico porque tú no quieres más. ¡¿Y yo soy egoísta?! —gritó fuera de sí, antes de bajar el tono y utilizar uno de derrota que me desarmó—. Creo que en esta relación yo no tengo nada más que dar ni que perder.

Sin añadir nada más observé cómo comenzaba a vestirse y en silencio le imité. Le entendía, juro por mi vida que le entendía, pero yo no podía mudarme y tampoco quería. Antes de poder continuar con la discusión el timbre de la puerta sonó, y Rodrigo salió como alma que lleva el diablo, era como si mi cercanía le torturase. Le seguí y para mi sorpresa era Elena.

—Hola, Alma, me alegro de verte. —Le dediqué una inclinación de cabeza a modo de respuesta, ya que ambas sabíamos que eso era una mentira cochina. Sin dedicarme un segundo más se dirigió a su socio—. Rodrigo, siento interrumpir, pero el sistema informático se ha caído. Roberto está trabajando con el equipo para solucionarlo, pero necesita que vayas a tu despacho para hacer no sé qué historias en tu ordenador. Te he llamado al móvil, pero no lo cogías. —Se giró levemente para mirarme de frente—. Ahora ya entiendo el porqué.

La mirada que me dedicó la pelirroja no era muy amable, aun así, con toda mi educación, miré a mi chico y asentí.

—Rodri, ve con ella. Luego terminamos la conversación. —Me estudiaba sin parecer muy convencido. Percibí en sus ojos que creía que en cuanto cerrara la puerta yo saldría corriendo—. Te prometo que estaré aquí cuando vuelvas.

Asintió y, así, sin un beso de despedida se fue. Pasé casi cuatro horas volviéndome loca en el apartamento. Me sentía como una leona enjaulada y, en mi caso particular, eso no es bueno. Mi imaginación tiene mucho poder y la muy puñetera se dedicó a mandarme imágenes de Rodrigo contándole todo a Elena y esta abrazándolo para consolarlo. Mi ataque de celos iba en aumento y la cabeza decidió echar un poquito más de leña a la hoguera: «Ella iba a casarse con él sin dudar y, ¿tú? Por no ser no eres capaz de mudarte ni de ampliar la familia. ¿Eso significa que ella le quiere más que yo?»

¡Dios!, *Cómplice*, no podía más, me estaba torturando con cada duda que me atravesaba el alma, por ello, me decidí a actuar y dejar

de estar sentada imaginando mil cosas que no me hacían ningún bien. Con determinación, busqué por el apartamento documentación de la empresa y encontré la dirección de las oficinas centrales, salí a la calle y paré un taxi que me llevara hasta allí.

Al llegar mi temblequera comenzó a ser físicamente visible, por lo que me tomé un par de minutos para serenarme antes de abrir la puerta. Con toda la seguridad que fui capaz de reunir, accedí al interior y me acerqué al mostrador de recepción. Allí tuve la suerte de toparme con una joven encantadora, que además era española —suerte la mía si no me las hubiera visto y deseado para hacerme entender—, al decirle mi nombre no dudo un segundo y me acompañó hasta el despacho de Rodrigo.

—Señorita Ruiz… —dijo la recepcionista llegando a la oficina de su jefe.

—Llámame Alma, por favor.

—Alma, voy a avisar al señor Ortiz de su llegada —avisó con una sonrisa.

—Perdona. Olivia, ¿verdad? —La muchacha asintió—. Es nuestro aniversario y querría darle una sorpresa.

Ella me sonrió de forma empática y me dejó sola en el hall que daba acceso a los despachos de los directivos.

¡Por supuesto que era mentira, *Cómplice*! La sorpresa ya se la había dado, ahora quería saber qué estaba pasando. Mi imaginación me había jugado muy mala pasada y tenía un ataque de celos de manual.

Después de cerciorarme de que estaba sola, me acerqué despacio a la puerta y pude distinguir dos voces en el interior. Estaban discutiendo y pronto descubrí que la voz de la mujer pertenecía a Elena. Y como bien has imaginado, me quedé como una ninja experta escuchando tras la puerta.

—Rodrigo, no dudo de tu amor por ella. Dudo de su amor por ti. ¡Por el amor de Dios! No quiere mudarse, no quiere tener hijos. Solo tú pones de tu parte en esa relación y así es imposible que funcione.

«¡¿Qué?! ¿Esta mujer lo sabe todo sobre nuestra discusión?»,

pensé mientras mi ira estaba subiendo de nivel. Aun así, en lugar de entrar, seguí pegando la oreja.

—Elena, una vez me dijiste que tú tenías amor por los dos. Eso me pasa con Alma. No me imagino la vida sin ella. La decisión está tomada, no insistas.

«¡Decisión! ¿Qué decisión?», pensé sin entender nada. *Cómplice*, estaba segura de que me estaba perdiendo algo.

—Rodrigo, esta empresa es tuya, la levantaste de la nada. ¿Cómo vas a venderla? Es tu vida entera.

«¿Vender la empresa?», la cabeza me daba vueltas y tuve que apoyar las manos sobre la madera para poder mantener el equilibrio y no acabar en el suelo.

—Elena, yo puedo crear una nueva en España y esta es toda para ti. Es tan tuya como mía. Te mereces pasar página y encontrar el amor. Has sido un apoyo incondicional en mi vida, pero tienes que ser feliz y estando a mi lado no lo serás. Tienes que alejarte de mí —la voz de Rodrigo sonaba firme, aunque con un toque de ternura y compasión.

—No, Rodrigo, no quiero. Vas a ser infeliz. Esta empresa es tu alma. No puedes dejarlo todo por correr detrás de una persona que no ha hecho nada por ti. Yo te prometí hijos y sigo manteniendo mi promesa. Puedes seguir con ella como hasta ahora y tener un hijo conmigo. Tendremos custodia compartida. Te quiero en mi vida —sollozó Elena a la desesperada.

«Esto es el colmo, ¡¿en serio le acaba de decir que tenga un hijo con ella?!», rumié mentalmente antes de que mis manos se movieran solas y abriera la puerta de par en par. Los ojos de Rodrigo se desorbitaron al verme y tartamudeó:

—Pequeña, ho... hola.

Con paso firme, y cegada por la rabia, me acerque hasta colocarme frente a él y le señalé con el dedo índice tan estirado como pude, para que se sintiera totalmente acusado.

—¡¿En serio?! ¿Estás hablando con ella de vender tu empresa, de hijos y no sé cuántas cosas más, antes que conmigo? ¡Yo alucino!

—Alma, déjame que te explique. Por favor —rebatió mi chico manteniendo la calma.

No sé en qué momento Elena salió del despacho. Al comprender que estábamos solos, hecha una furia, contesté:

—No, Rodrigo. Ahora voy a hablar yo. No vas a vender tu empresa y no voy a tener hijos contigo. Te lo voy a poner muy fácil. No sé qué hubiera pasado hace catorce años, pero ahora nuestras vidas están a un abismo de poder sincronizarse.

Él no decía nada, solo me miraba con algo que no supe descifrar asomando a sus ojos. Seguí con mi exaltado discurso:

»Yo no voy a vivir en Londres y no voy a dejar que vendas tu empresa, porque es algo que terminaría matando nuestra relación. Te quiero como jamás querré a nadie, pero me quiero más a mí. Y sí, soy egoísta, porque no voy a cambiar toda mi vida ni por ti ni por nadie.

Me callé y esperé que rebatiera. No tardó más que unos segundos en comprender todo lo que yo había soltado por esta boquita.

—¿Me estás diciendo que jamás te plantearías tener otro hijo, aunque fuera lo que más deseo, ni te mudarías por mí?

Asentí lentamente. Pero sintiendo como mi convicción se tambaleaba en mi interior, porque en el fondo no tenía tan claro que no fuera capaz de hacer cualquier cosa por él. El problema era que pensar en mudarme a otro país me daba el mayor vértigo del mundo; y tener hijos ya ni te cuento. Levantando cada vez más la voz, expuso su punto de vista:

»¡Muy bien! Ahora te lo voy a poner, yo, muy fácil. Estaba dispuesto a renunciar a mi vida y a mis sueños por ti. Te voy a hacer una pregunta, te llevaré al aeropuerto y te daré tiempo para pensar. No me busques hasta que tengas una respuesta firme.

—Dime —apremié levantando el mentón con la chulería propia que se apodera de mis sentidos cuando me siento atacada.

Cómplice, me temblaban hasta las rodillas. A pesar de aparentar frialdad, no entendía qué estaba pasando. Esa mañana éramos todo amor y unas horas después todo resentimiento. Con una seguridad que

arroyó mis sentidos aseguró:

—Si quieres que sigamos juntos estoy dispuesto a renunciar a tener hijos, pero tendrás que vivir aquí en Londres; tú y los niños.

—Rodri, yo… —Me cortó.

—No, no quiero una respuesta ahora. Piénsalo el tiempo que necesites. En tus manos está que estemos juntos o esto se acabe para siempre. Yo no puedo perder más años tras un sueño que se me antoja imposible.

Aguantando las ganas de llorar que me oprimían el pecho, le seguí a su apartamento, recogí mis cosas y me llevó al aeropuerto. Cuando me bajé del coche sentí que mi corazón se quedaba atrapado allí, con él. Rodrigo se marchó sin despedirse, creo que tenía las mismas ganas de llorar y gritar que yo.

Camino de la puerta de embarque, conecté mis auriculares y seleccioné mi lista de baladas y canciones románticas. Sí, soy masoca, *Cómplice*. ¡Ya lo sé! En el instante en que reconocí los acordes de *Saturno* de Pablo Alborán me imaginé a Rodrigo cantando y las emociones me estrujaron el corazón. Escuchaba la canción y pensaba en tantos momentos felices, en todos nuestros besos. Me negaba a pensar que nuestra historia acabara así. Como decía la letra de la canción, yo estaba segura de que Rodrigo volvería en cada uno de mis sueños. Por ello, finalmente, rompí a llorar y no paré hasta llegar a casa de Mada.

Plantada delante del portero pensé en irme a casa, pero necesitaba desesperadamente hablar con mi mejor amiga, así que llamé al timbre y me abrió preocupada por mi llanto incesante. La observé vestida solo con una bata de seda, eso no me sorprendió mucho, pero cuando escuche la voz de Roberto desde el dormitorio, casi me caigo de culo.

—Rubia, date prisa. Esto no se le hace a un hombre.

La cara de mi amiga era un poema. Si hubiera sido un avestruz ya no le vería la cabeza.

—Mada, lo siento. No quería interrumpir, mejor me voy —me excusé avergonzada.

—Alma, no te vas a ningún lado. Esa cara solo la he visto una vez, hace años, cuando te diste cuenta de que Rodrigo no llamaría. Espera en la cocina, voy en cinco minutos.

Al poco tiempo, oí la puerta cerrarse y mi amiga apareció en vaqueros, jersey y descalza. Mi hermanita siempre está descalza en casa. Manías que tiene desde que éramos niñas.

—Rubia… ¿me vas a explicar qué hacía Roberto en tu habitación?

Mada se puso rojo carmesí. Su facilidad para ruborizarse es algo que siempre me ha fascinado. Bueno, y reconozco que me encanta ponerla en esas situaciones. ¡Es muy divertido! Total, que, aunque yo estaba hecha unos zorros, mi vena cotilla necesitaba saciarse. La levanté las dos cejas esperando una contestación.

—Hermanita, hay cosas que no necesitan explicación. Cuéntame qué ha pasado con Rodri. Lo demás puede esperar —dijo desviándome del tema y volviéndome a hundir en mi pozo de mierda.

Le conté todo y lloré hasta quedarme dormida en el sofá.

17. EL DILEMA DE ALMA

Bien, *Cómplice*, esto pasó hace una semana y aquí estamos… No te voy a decir lo que me han aconsejado Carmen, mi tía, Vero, Mada o incluso Mateo. No quiero influir en tu opinión. Te voy a exponer mi alegato final y las dos conclusiones a las que he llegado:

Esta última semana he pensado mucho en mi vida pasada, presente y futura. En el pasado, fui feliz sin Rodrigo porque mis niños me colmaban de amor; y criar a dos hijos sola tampoco te deja tiempo para pensar, eso es una verdad universal. En el presente, Rodrigo ha sido mi luz y he sentido cosas que nunca creí que volvería a experimentar. Sin embargo, también sentí que mi mundo se hundía sin él y esa sensación de dependencia no me gustó nada. Respecto a mi futuro, no lo veo claro. Estoy hecha el más tremendo de los líos. Si abandono mi vida, mi trabajo —que es lo más importante para mí después de mi familia—, dejo la casa de mi prima, a mi familia y todo lo que he construido para seguir a Rodrigo, estaré entregando todo lo que soy.

¿Que cuál es el problema? Pues que no estoy segura de poder ser feliz en Londres, aun teniendo todo su amor. Odio el clima, yo soy como una lagartija, necesito muchas horas de sol; se me da fatal el inglés; mis hijos tendrían que dejar la vida que conocen y empezar de cero… Y si después de todo igualmente no funcionara, les habría trastocado su mundo solo para hacerlos sufrir.

Soy consciente de que si tomo la decisión de dejar a Rodrigo lo voy a pasar realmente mal, lo sé. Le amo con todo mi ser y sería la ruptura más dura de mi vida, pero me da miedo ceder y que este amor tan grande se torne odio y amargura. Si, por el contrario, lo dejó estar y vuelvo a mi vida, le echaré de menos, pero siempre podré recordar este año maravilloso a su lado y sonreír, porque mucha gente vive cien años y no conoce jamás el amor que yo he tenido el privilegio de vivir.

¡Pues ya está! Ya conoces «el dilema de Alma».

Cómplice, después de haberte desnudado mi alma y contarte hasta el más íntimo detalle de mi relación. Necesito saber: ¿qué harías en mi

lugar?

Primera opción: Buscarías a Rodrigo y te mudarías a Londres sin reservas. La vida son dos días y hay que disfrutar la felicidad cuando se encuentra.

Segunda opción: Seguirías con tu vida porque ningún amor tiene garantía de que vaya a ser para siempre y, antes o después, superarías la ruptura. Al fin y al cabo, el amor no lo puede todo. ¿O sí?

Tal como se expone en la web, te daré mi correo para que pienses en ello y me des tu opinión:

alma.ruiz@cuentaseloaunextrano.com

Ahí te dejo mi dilema y mi correo, cuando reciba tu opinión y tome una decisión, te escribiré para citarnos y contarte cómo termina esta historia. Si quieres escucharme claro.

Gracias por tu tiempo, *Cómplice*. Nos vemos pronto… espero.

18. NO PLACE

Hola, *Cómplice*. Estoy nerviosa. ¿Te lo puedes creer?

Han pasado dos meses desde que nos vimos y tengo que decir que tus palabras me ayudaron a tomar una decisión. Es por ello que quiero darte las gracias con todo mi corazón. Nunca hubiera imaginado que las palabras de una persona a la que no conocía, serían tan decisivas en mi vida. Como imagino que querrás saber que ha sido de mí y cómo me ayudaste, te voy a resumir estas últimas semanas.

◆◆◆

Tengo que confesar que cuando recibí tu email deseaba que tus palabras me hicieran volver a Rodrigo. Necesitaba saber que, visto desde fuera, nuestro amor merecía cualquier salto al vacío. Sin embargo, al leer tu respuesta algo en mí se rompió un poquito, pero también es cierto que fue la dosis de realidad que me hacía falta para tomar la decisión. Releo tu email:

De: **anonimo234@cuentaseloaunextrano.com**

Para: **alma.ruiz@cuentaseloaunextrano.com**
Fecha: 17 de agosto de 2021. 19:45
Asunto: Mi opinión imparcial.

Buenas tardes, Alma, he pensado mucho en tu historia y la de Rodrigo.

Quiero decirte que, decidas lo que decidas, me pareces una mujer fuerte, valiente y llena de amor.

Llevo varios días imaginándome en tu piel y en tu vida, para intentar entender cómo te sientes y poder darte el mejor consejo posible. Después de mucho pensar, he llegado a la conclusión de que has luchado mucho, con uñas y dientes, para llegar hasta dónde estás. Has formado una familia, no solo junto a tus hijos, sino junto a tus jefes y tus amigos. Y, sobre todo, eres feliz en Monteolivos. Tienes el trabajo de tus sueños, en la mejor clínica que pueda existir, con unos jefes y un compañero que no son solo eso, son parte de ti. Puede que, si dejas todo eso atrás y vives en Londres, llegues a tener algo parecido. Pero creo que siempre echarás de menos tu hogar y tu vida actual. Eso, antes o después, os pasará factura a Rodrigo y a ti como pareja.

¿De verdad crees que merece la pena renunciar a tu vida por amor?

Me cuesta mucho decirte esto, pero no creo que seas feliz dejándolo todo, solo por amor. He intentado encontrar otros motivos en tu historia, pero sinceramente, creo que lo harías por un único motivo: Rodrigo. Y si ese motivo falla, te sentirás perdida. Y lo peor, en el camino perderás mucho. Tu trabajo y la estabilidad que has creado para tus

hijos y para ti.

Dicho esto, es tu vida y es tu decisión.

Te deseo la mayor felicidad del mundo, te lo mereces.

Con cariño.

Tu *Cómplice*

Pensé largo y tendido en tus palabras. En por qué no debía dejarlo todo por seguir a Rodrigo. Sin exagerar, debí leer tu email unas cien veces antes de tomar una decisión final.

Después de mucho pensar, llegué a la conclusión de que, si pude vivir trece años sin él, podría volver a hacerlo. Mis hijos, mi familia y mi trabajo estaban en España; y me parecía superegoísta dejarlo todo por seguir un amor que, como bien me dijiste, podría no durar demasiado. Lo intentamos dos veces y fracasamos. No tenía ninguna garantía de que esta vez fuera a ser diferente.

5 de septiembre de 2021

Un mes después mi vida había vuelto a su cauce, pero sentía un vacío y una pena que me estaban consumiendo. Mis hijos se daban cuenta y, aunque Rodrigo hablaba frecuentemente con ellos por videollamada, cada día estaban más seguros de que no volveríamos juntos.

Una tarde, al volver del trabajo, decidí que era el momento de explicarles la situación y de hacerles entender que entre Rodrigo y yo las cosas habían terminado. Les hice comprender que no por eso él los dejaría de querer y que podían contar con él siempre que lo necesitaran. Mi sorpresa fue que se enfadaron conmigo porque iba a perder a Rodrigo por egoísta, por no ceder en dos cosas tan importantes para él, con todo el amor que nos demostró. Me hicieron ver que somos una familia y que, al igual que Rodrigo tuvo que cambiar de vida a los quince años para seguir a su familia, nosotros teníamos que estar dispuestos a hacer lo mismo por él. Les molestó que tomara la decisión por ellos en lugar de haberlo hablado los cuatro en familia, como solíamos hacer con los temas importantes; ahí tuve que darles la razón. Queremos que sean maduros, que aprendan a tomar decisiones y yo les excluí de una que les afectaba directamente. Además, Ari me hizo la pregunta más dolorosa de mi vida:

—Mamá, ¿tan horrible ha sido tenernos?

—¡¿Qué?! No, mi amor, ¿cómo puedes pensar eso? Vosotros sois lo más importante para mí. Nunca pensé ser madre con diecinueve años y menos en las circunstancias en que pasó. Pero aun con todo el dolor de perder a vuestra madre, que era una hermana para mí, no cambiaría mi vida con vosotros por nada del mundo. Sin vosotros no soy nada —confesé rompiendo a llorar.

—Entonces, ¿por qué no repetirías la experiencia? pero esta vez con un padre que esté a tu lado al 100%. Mira, mamá, el hecho de que porque tengas dos hijos no quieras tener más con Rodrigo me parece lo peor.

Ari hablaba con todo el drama del que era capaz una adolescente de trece años, pero con una sabiduría muy por encima de su edad.

—Además, no nos has preguntado si queremos tener más hermanos y creo que eso también nos incumbe —me recriminó Oliver decepcionado.

—Chicos, ¿queréis que nos vayamos a vivir a Londres y que tenga un hijo con Rodrigo? —pregunté acongojada por la situación.

—¡Por supuesto! —respondieron al unísono dejándome boquiabierta.

Mi hijo me cogió de la mano con ternura antes de hablarme con el corazón.

—Mamá, no te voy a decir que dejar a mis amigos y nuestra casa me haga especial ilusión, pero ya no somos unos niños y nunca te habíamos visto tan feliz como este último año. Rodri es genial; es un padre para nosotros; pero sobre todo es el hombre que te hace reír cantando cualquier canción romántica. —Le acaricié la mejilla—. Cosa que por cierto me da grima, también te lo digo. —Me miró intentando estar serio—. ¡De verdad, mamá, dejad de hacerlo en público!

Los tres soltamos una sonora carcajada y nos abrazamos.

—Chicos, hay un problema. Hace un mes que Rodri me dio el ultimátum y creo que ya es demasiado tarde —declaré derrotada.

Los mellizos me miraron con pesar porque, en el fondo, creían

que podía estar en lo cierto. De pronto, Oli recordó algo importante.

—¡Mamá!, ayer en la videollamada, Rodri me dijo que vendría a ver a sus hermanos en unos días y que pasaría a buscar a Trasto. Me pidió que no te dijera nada y que le avisara cuando estuvieras trabajando. Me dio la sensación de que no quería que os vierais, y ahora entiendo el porqué. Si no haces algo ahora, le perderás para siempre.

Me quedé paralizada, dejando que todas las lágrimas que había guardado delante de mis niños durante semanas, se abrieran paso para liberar mi alma.

—Mamá, ¿qué haces todavía aquí sentada? Busca un vuelo y ve a solucionar esto de una vez. No sea que por tu tardanza perdamos a papá.

«¿Ari me está dando una orden?», pensé. Pues sí, *Cómplice*, mi pequeña estaba muy seria con cara de sargento. Con premura llamé a Carmen para que se quedara esa noche con los niños y busqué el primer vuelo que me pudiera permitir.

A las cuatro de la madrugada estaba saliendo del aeropuerto de Londres. Suerte que no le devolví las llaves del apartamento a Rodrigo. Entré y mi desilusión fue tal, al darme cuenta de que no estaba en casa, que no supe qué hacer. Tras varias vueltas sin sentido por la casa, decidí prepararme un té, conectar la lista de reproducción de mis canciones favoritas en el móvil y esperar su vuelta sentada en el sofá. No quise llamarle porque pretendía sorprenderle. Por ello, hacia las seis de la mañana, el cansancio de casi veinticuatro horas sin dormir se apoderó de mí y, sin darme cuenta, caí en los brazos de Morfeo. Una caricia en la mejilla me hizo despertar.

—Pequeña, ¿qué haces aquí?

—Hola, Ro. Yo... he tomado una decisión y quería hablar contigo.

—¿Y tenías que venir en mitad de la noche?

—¿Qué hora es? —Me frotaba los ojos intentando despertarme del todo.

—Las siete y media.

—¿Dónde estabas? He llegado hace horas y no estabas —reproché enderezándome.

—Lo siento, Pequeña. Estos días me he quedado en la fábrica por la noche porque tenía insomnio, y para dar vueltas en la cama prefiero trabajar —confesó sentándose a mi lado.

—¿Estás bien?

—Sí, bueno... espero estarlo. Estas semanas sin ti han sido un infierno y necesito saber si esto se ha acabado o si vais a venir a vivir conmigo.

Me quedé callada. No, *Cómplice*, no estaba dudando. Es que ver el sufrimiento que le estaba causando me encogió el corazón. En ese momento reconocí la canción de BSB, *No place*, en mi móvil. Fue como una señal. Ya sabes que mi inglés no es muy bueno y mucho menos canto bien, pero necesitaba que Rodrigo supiera lo que significaba para mí y comencé a cantar. Mi chico me escuchó destrozar la canción con toda la paciencia del mundo y el mayor silencio. Al finalizar mi improvisada actuación, me miró a los ojos y titubeó:

—Pequeña, no sé si he entendido bien el mensaje y necesito que me lo digas con todas las letras.

Le fallaba la voz, *Cómplice*, y pude ver lo nervioso que estaba. Por eso no quise alargar su agonía.

—Mi vida, no me imagino la vida sin ti. Como dice la canción: *Siempre serás el hogar al que quiero volver, no hay lugar como tú.* Ro, si para estar juntos tenemos que mudarnos aquí, lo haremos. Es más, creo que los niños ya están haciendo las maletas.

Rodrigo me alzó, me estrechó entre sus brazos y me besó. Hicimos el amor con pasión, mostrándonos todo lo que sentíamos el uno por el otro. Relajada en sus brazos, pensé que estaba todo hablado, en cambio, otra vez me equivoqué.

—Pequeña, me has hecho el regalo más bonito del mundo. Gracias por elegirme y gracias a ti y a los niños por anteponerme a todo y a todos, pero…

Ese «pero» me borró la sonrisa de un plumazo.

—Pero ¡¡¿qué?!! —chillé, aunque prometo que no era mi intención.

—No podéis vivir conmigo en Londres —indicó tranquilo.

—¡¿Qué?! Ahora que decido dejarlo todo por ti; ahora que he decidido que sí quiero tener más hijos si es contigo; ahora que he hablado con los niños y hemos tomado una decisión, ¿me dices que no podemos vivir aquí contigo? ¡¿De qué coño vas?! Me diste tiempo, pero no me dijiste que la oferta tuviera fecha de caducidad, ¡imbécil! —Y he ahí a mi camionero cerebral haciéndose cargo de la situación.

—Alma, ¿me dejas terminar antes de seguir despotricando? —La risita con la que lo decía me dejó totalmente descolocada. Asentí sin mucho convencimiento—. No he dicho que no vayamos a vivir juntos, he dicho… que no lo haremos en Londres.

Mi cara debía ser un poema y una interrogación gigante porque no entendía nada.

»Cuando tomé la decisión de vender la empresa y mudarme a España, no solo lo hacía por estar contigo y los niños. Mis padres se han jubilado y vuelven a Madrid. Mis hermanos y mi pequeña Cloe viven allí y, por supuesto, mis niños y tú. Decidí vender la empresa porque ha crecido demasiado y ya no es mi sueño. Es el de Elena y un grupo de accionistas. Tengo más dinero del que nunca pensé tener. Solo quiero poder vivir cerca de mi familia y crear un negocio que yo pueda manejar. No quiero una multinacional, solo un trabajo que me haga feliz. Para mí, eso es una pequeña tienda en el centro de Madrid.

Sí, *Cómplice*. Yo tampoco daba crédito, no entendía nada, por ello quise saber:

—¿Me quieres decir que daba igual que decisión tomara yo?, ¿que tú ibas a irte a Madrid conmigo o sin mí?

—Sí, Pequeña.

—Entonces, ¿por qué me has hecho pasar por todo esto? Ha sido cruel. Las últimas semanas las he pasado torturándome con canciones románticas, helado y haciendo horas extras para no estar sola en casa cuando los niños no estaban.

Las lágrimas caían sin control por mis mejillas. Rodri me sostuvo

el rostro y se disculpó:

—Lo siento mucho, pero tienes que entender una cosa: Te amo más que a mi vida y haría lo que fuera por ti. Sin embargo, tenía mis dudas de que tú pudieras hacer lo mismo. Yo estaba dispuesto a renunciar a todo y necesitaba saber que me querías de la misma forma. Ya sabes que mi autoestima tampoco es de las mejores y con tu amor siempre me he sentido vulnerable. —Asentí y me sequé las lágrimas.

—Ro, me estoy debatiendo entre darte un guantazo o darte un beso. Pero esta vez vas a tener suerte y haré lo segundo.

Le besé con todo el amor que era capaz de sentir, por ese hombre tan alto y guapo que parecía un niño asustado ante la posibilidad de que yo no le quisiera como él me amaba.

¿Qué más podía hacer, *Cómplice*?

Te confieso que la «pruebecita de amor» no me hizo mucha gracia, pero poniéndome en su lugar, entendía perfectamente que Rodrigo lo necesitara. Tras unos minutos de arrumacos, mi chico se apartó de mí y me miró interrogante.

—Pequeña, ¿has dicho que quieres tener más hijos conmigo?

—Esperaba que hubieras pasado esa parte por alto... pero sí. Los niños me han hecho ver que el amor es hacer feliz a la persona que amas y no hacerle renunciar a sus sueños. Tú quieres ser padre y yo no veo por qué no podemos serlo. —Los ojos de Rodrigo brillaban de emoción—. Sé que eres un padre maravilloso y estoy convencida de que ver crecer a otro niño que pueda tener tu mirada o tu corazón me llenará de felicidad. Me gustaría estabilizar nuestra relación y encauzar nuestra nueva vida antes de ello. Pero sí, mi vida, quiero tener un hijo contigo... o dos. —La sonrisa que se dibujó en su rostro me hizo ver que mis palabras le habían llegado al corazón, aun así, tuve que hacer una aclaración—: Ro, hay una cosa que debes saber.

—Dime.

—Cuando sufrí el aborto, mi ginecóloga me explicó que, debido a la hemorragia que sufrí, mi útero tiene cicatrices y que es posible que me cueste quedarme embarazada, e incluso que necesite la ayuda de la reproducción asistida. Lo siento, quiero darte todo en la vida, pero

no quiero que me odies si no pudiera ser.

Me levantó la cara para que le mirara a los ojos antes de garantizar:

—Alma, para mí el regalo no es tener un hijo contigo, el regalo es que teniendo dos, a los que tuviste que criar prácticamente sola, quieras tener más conmigo. Si los tenemos seré feliz, pero si no... me recrearé en los intentos.

Su mirada lasciva me hizo reír y así, sin más, hicimos el amor. Lo siguiente que hicimos fue hacer una videollamada a los niños para informarles de los últimos acontecimientos. Ver a mis hijos emocionados y felices fue el broche perfecto para la reconciliación.

Al día siguiente, regresé a Madrid. Rodri se quedó en Londres para cerrar la venta de la empresa y del apartamento. Hasta que llegó el uno de octubre y, por fin, volvió para instalarse definitivamente en casa. Si no te he avisado antes ha sido porque desde aquel día todo fue frenético. Mi chico no es de los que pueda estar sin hacer nada. Por ello, ya está inmerso en la creación de su nueva línea de ropa y de su tienda. Esta vez ha elegido un nombre en inglés para su negocio, *Perfect*. Sí, como mi canción favorita y que tanto representa para nosotros.

Cómplice, sé que me aconsejaste que no dejara mi vida por él, y en un primer momento estuve de acuerdo, pero con el paso de los días mi corazón ganó a mi cabeza y el amor pudo con la sensatez. No sé qué nos deparará la vida, pero tengo la certeza de que no quiero quedarme con la duda. Prefiero sufrir por haber vivido y perdido que por no haberlo intentado.

¿Quieres saber que me aconsejaron los demás?

Cómplice, por supuesto. No tengo problema en contártelo.

Mi tía María me dijo que Rodrigo era un buen hombre y que no dudaba que me quisiera. Pero que a veces el amor no es suficiente y que, a diferencia de él, yo tenía que velar por dos personas que eran mi entera responsabilidad. Antes, ahora y en el futuro. Que debía pensar muy bien en los niños y en lo que otra pérdida podría suponer para ellos.

Carmen es una romántica empedernida y me dijo que, aun a

riesgo de perder a la veterinaria con el corazón más grande que había visto nunca, debía irme con Rodrigo.

Mada decidió no darme su opinión, sus palabras textuales fueron: «Una vez me dijiste que nunca me había enamorado de verdad y no podía entenderte. Creo que tienes razón, y por eso apoyaré cualquier decisión que tomes».

Mateo quería hacerme las maletas él mismo. No entendía qué hacía en España si mi amor verdadero estaba en Inglaterra. Mi amigo es muy impulsivo, lo de pensar dos veces las cosas no va con él.

Por último, Vero me dijo que hiciera una lista de pros y contras, pero como condición no podía utilizar la palabra amor, en ninguna de las dos columnas. No fui capaz de hacerlo, así que me puse a buscar soluciones en internet y di contigo.

Gracias por todo. Has sido un gran apoyo en mi vida y espero que nuestros caminos se vuelvan a cruzar.

EPÍLOGO

Hola, *Cómplice*, qué casualidad encontrarnos aquí. ¿Cuánto ha pasado? Algo más de un año ¿no?

Si tienes tiempo para un café rápido, te resumo lo que ha acontecido en mi vida en este tiempo. Rodri llegará de recoger a los mellizos del cine en cualquier momento.

Sí, ya empiezan a salir con los amigos, pero él es muy protector y se queda en el centro comercial haciendo de padre helicóptero por si le necesitan.

Bien, si recuerdas, cuando nos despedimos mi vida era maravillosa. No te voy a decir que Rodrigo y yo no discutimos. ¡Eso es imposible! Somos muy distintos y mi camionero cerebral suele aparecer sin avisar, así que el choque de trenes está asegurado, de vez en cuando. Pero bueno, las discusiones forman parte de las relaciones y he aprendido a pensar, en algunas ocasiones, antes de hablar. El hecho de que él sea mucho más tranquilo que yo y que, además, le hagan gracia mis salidas del tiesto, ayuda bastante.

En fin, te pongo al día, el 10 de noviembre de 2021 celebramos el cumpleaños de Rodri y su hermano. Fue una cena en la nueva casa de sus padres que, por cierto, se han comprado en Monteolivos a unas calles de la nuestra. Fue una noche maravillosa, llena de emociones y grandes momentos. Ese fue el motivo por el que me dio tanta pena que Mada no pudiera estar. Si recuerdas trabajaba viajando por todo el mundo y en aquel momento se encontraba haciendo un reportaje en Cuba. Motivo que imposibilitó que viniera.

Aunque tengo que decir que estaba mosqueada con ella porque intuía que pasaba algo con mi cuñado. Que puedo parecer tonta, pero solo lo que a mí me dé la gana hacerme. Resulta que me daba la sensación de que los dos hacían como si apenas se conocieran, en las pocas ocasiones que habían coincidido en nuestra presencia, es como si se esquivasen, pero yo sabía que algo importante sucedía entre ellos. Conozco lo suficiente a Mada como para intuir que la cercanía de Roberto la ponía nerviosa, además de la vez que le encontré en su piso… en fin, que esa es otra historia.

Como te contaba, estábamos celebrando el cumpleaños y al acabar la cena, llegó el turno de los regalos. Oli y Ari estaban emocionados por entregarle a Rodrigo el regalo que compraron con sus ahorros. Era un maletín precioso, gris marengo, que contenía todo el material necesario para crear bocetos en papel. Aunque lo más destacable y emotivo era la inscripción bordada en el bolsillo delantero:

Te queremos, papá. Con amor, Oli y Ari.

Rodrigo abrió su regalo visiblemente emocionado. Comenzó a sacar el contenido y descubrió entusiasmado que el regalo contaba con todo el material necesario para crear bocetos: Lápices acuarelables, reglas, curvas francesas, papel vegetal, papel *market*, tijeras, rotuladores de ilustración y un sinfín de cosas más. Pero lo más importante y lo que terminó de conmoverle fue la tarjeta que escribieron mis niños.

Papá, esperamos que este maletín te ayude a alcanzar tus nuevos sueños.
Deja de llorar y recuerda:
¡Ponte ya!, y rapidito que se te hace de noche.
Estamos orgullosos de ti y te queremos con todo nuestro corazón.
Gracias por ocupar un lugar tan importante en nuestras vidas.
Oli y Ari.

Mientras Rodrigo examinaba su regalo, rompió a llorar para luego reír a carcajadas y abrazar a los niños.

—¡Os quiero, mis chicos! Ni en el mejor de mis sueños habría imaginado tener unos hijos más perfectos.

Tras ese *detallazo* que emocionó a toda la familia, llegó el turno de mi regalo. Con los nervios a flor de piel, llamé su atención.

—Mi vida, yo también tengo algo para ti.

Le tendí una pequeña caja que Rodrigo reconoció al instante. Mientras la desenvolvía, conecté mi reproductor y busqué la canción que me recordaba la suerte que tuvimos de conocernos, perdernos y volvernos a encontrar, *Destino o casualidad* de Melendi. Una canción que habíamos bailado en mi cocina infinidad de veces.

Allí, plantados en mitad del salón delante de toda la familia, bailamos y nos cantamos. Era como si estuviéramos solos en el mundo. Al finalizar la canción me puse de rodillas ante él, a mi lado tomaron una idéntica posición mis hijos. Lo teníamos todo ensayado al detalle. Controlando el nudo en mi garganta comencé mi discurso:

—Mi amor, hace tiempo me preguntaste si quería casarme contigo y no pude responderte. Eso será un pesar que llevaré siempre en mi corazón. Hoy, delante de nuestros seres queridos te preguntamos: Rodrigo Ortiz,

—¿Quieres casarte con mamá y ser oficialmente nuestro padre?

Que mis hijos recitaran perfectamente sincronizados la última frase hizo que mi chico y varios invitados, entre ellos mi madre y mi futura suegra, llorarán de emoción. Rodrigo se agachó para estar a nuestra altura y los cuatro nos fundimos en un abrazo de corazón. A continuación, mi chico me levantó y contestó:

—Pequeña, nada me haría más feliz. Sí, por supuesto que quiero.

Nos besamos entre enhorabuenas y aplausos y seguimos disfrutando de la celebración hasta bien entrada la noche.

Como Rodrigo en lo que a nuestra relación se refiere es un «cagaprisas», decidimos casarnos en el jardín de sus padres el veinticuatro de diciembre. Sí, apenas un mes después. Imagínate, *Cómplice*, organizarlo fue una locura por el poco tiempo que tuvimos.

La parcela de los padres de Rodri es enorme, casi el doble que la nuestra; y colocamos una carpa con calefacción en el jardín. La ceremonia fue preciosa y el banquete de lo más entretenido. En el momento de abrir el baile, me emocioné al escuchar los acordes de nuestra canción *Perfect*, y casi me desmayo cuando apareció ante mí, el mismísimo Ed Sheeran a cantar. Fue el momento más emotivo, bonito y perfecto de mi vida. Al terminar la actuación brindamos como manda la tradición, y fue en ese momento en el que eché en falta a mi mejor amiga. Por ello, decidí ir en su busca. No tardé en localizarla, la encontré saliendo encolerizada de los lavabos.

—Mada, ¿qué te pasa?, ¿estás bien? —pregunté preocupada.

Me miró llena de ira, una que no entendí, e inquirió:

—¡¿Tú lo sabías?!

—¿Saber el qué?

—¡Que Cloe es la hija de Roberto! —contestó como si fuera algo inaudito.

Mi cara era un poema y pensé que se había vuelto loca. Ya sin paciencia, intenté aclarar la situación:

—Pues claro. ¿Estás tonta o qué? Es una niña maravillosa, ¿dónde está el problema? No entiendo nada.

—El problema es que yo creía que era un perro. No una niña. ¡No entiendes nada!

—¿Por qué coño ibas a pensar que era un perro?

—Porque tú me dijiste —espetó cabreada.

—¿Perdón? —Abrí los ojos de par en par. Definitivamente se había dado un golpe en la cabeza…

En ese momento apareció Roberto y mi amiga se fue sin mediar palabra, dejándome con la boca abierta y un millón de preguntas. Iba a seguirla cuando unas manos me sujetaron por la cintura.

—Mi preciosa esposa, ¿podrías acompañarme?

Miré a mi alrededor y observé que mi cuñado había desaparecido tras la loca de mi hermana, por lo que asentí y seguí a Rodrigo hasta la habitación de invitados. Sobre la cama había varios planos.

—¿Y esto es...? —pregunté nerviosa.

—Pequeña, es mi regalo de boda. Son los planos de nuestra nueva casa. Empezarán a construirla pasadas las Navidades. Creo que es tal como tu prima lo hubiera deseado, pero puedes modificar todo lo que quieras.

Estudié con detenimiento los planos, llorando llena de emoción. Era perfecta, la casa de los sueños de mi prima y mía. Siempre hablamos de que construiría una casa en planta con cuatro

dormitorios, dos baños, una cocina-comedor enorme y un salón para disfrutar en familia. Pero, además, a mi marido se le ocurrió hacer una planta superior con dos habitaciones de invitados, un baño y una sala polivalente para que los niños tuvieran un espacio independiente donde poder tener privacidad cuando estuvieran sus amigos.

Agradecida y enamorada hasta la médula le besé e hicimos el amor con devoción, demostrándonos que pasara lo que pasara en el futuro, lo afrontaríamos juntos.

Una vez acomodados nuestros trajes de la mejor forma que pudimos, llegó el turno de mi regalo de boda. Le entregué una pequeña caja rectangular y alargada. Mi amor desenvolvió el obsequio y se quedó callado. Te juro, *Cómplice,* que su silencio me pareció eterno.

—Mi vida, ¿estás bien? —dije rompiendo su hilo de pensamientos.

—Pequeña, ¿esto es una prueba de embarazo positiva? ¿Es... es tuya?

—No, Rodrigo, ¡es de la vecina del quinto, no te jode! ¡Claro que es mía!

—¡Alma, esa boca!

Rodri me sonrío o más bien sonrió a mi camionero cerebral, al que parecía haberle cogido cierto cariño.

—¡Perdón! Es que estoy nerviosa y a mi marido parece haberle dado un aire.

Rodrigo me elevó por los aires y me besó.

—Pequeña, perdona, es que no me lo puedo creer. ¡Es increíble! Yo creía que sería casi imposible y menos en tan poco tiempo.

A ver, *Cómplice*, te explico porque veo en tu cara que te has perdido algo. Después de nuestra reconciliación decidimos dejar de utilizar protección y que fuera lo que el destino quisiera. ¡Total!, las probabilidades de quedarme embarazada en los primeros meses eran mínimas. Pero debe ser que los soldaditos de mi hombretón no opinaban lo mismo y me quedé embarazada en los primeros compases

de la reconciliación, porque ya estaba de ocho semanas. No dije nada antes porque me daba miedo tener otro aborto.

Los últimos meses los hemos dividido entre las obras, la apertura de la tienda de Rodri, el embarazo y la llegada de los pequeños. Que, por cierto, se llaman Raúl y Mada en honor a sus padrinos.

Sí, *Cómplice*, tuvimos mellizos, lo nuestro es ampliar la familia por la puerta grande.

¿Quieres saber qué pasó con Mada?

Sí, te resumo que mi familia no creo que tarde. Pues resulta que mi hermanita me estuvo ocultando muchas cosas durante meses, hasta que al volver de mi luna de miel hablamos largo y tendido. Me contó que…

—Pequeña, los niños tienen hambre y Ari no se encuentra bien, dice que le duele la cabeza. Es mejor que nos vayamos a casa. Perdona, soy un maleducado. Soy Rodrigo.

—*Cómplice*, este es mi marido Rodrigo y mis cuatro hijos: Ari, Oli, Raúl y esta pequeñina es Mada. Lo siento, tengo que irme. La próxima vez que nos veamos te cuento la historia de mi hermanita, que tiene miga la cosa.

Hasta pronto.

Referencia a las canciones

Durante una Mirada, Sony Music, interpretada por La Oreja de Van Gogh.

Lamento Boliviano, Vale Music, interpretada por Dani Mata. Te entiendo, Warner DRG, interpretada por Pignoise

Me haces falta, Universal Music Spain, interpretada por Antonio José.

Si tú no estás aquí, MCA Records, interpretada por Rosana

No me doy por vencido, Universal Music Latino, interpretada por Luis Fonsi.

Me voy, Sony International, interpretada por Julieta Venegas.

Nada sin ti, BMG Ariola S.A., interpretada por Eros Ramazzotti.

Que me alcancé la vida, Sony BMG Norte, interpretada por Sin Bandera

Amiga mía, WEA Latina, interpretada por Alejandro Sanz

¿A dónde Vamos?, Universal Music Spain, interpretada por Morat

Perfect, Atlantic Records, interpretada por Ed Sheeran

Todo cambio, Sony BMG Norte, interpretada por Camila

Reggaeton Lento, Sony Music Latin, interpretada por CNCO

No me acuerdo, Sony Music Latin, interpretada por Thalía

¿Dónde está el amor?, Warner Music Spain, interpretada por Pablo Alborán y Jessy & Joy.

Afterglow, Asylum Records, interpretada por Ed Sheeran

Saturno, Warner Music Spain, interpretada por Pablo Alborán

No place, RCA Records interpretada por Backstreet Boys

Destino o casualidad, Sony Music Latin, interpretada por Melendi.

Agradecimientos

Para mis chicas, por animarme a publicar la novela.
Para mi marido, por apoyarme en todos mis sueños, por muy locos que puedan parecer.
Pero, sobre todo, para la más fuerte y valiente de mis amigas.
Por ayudarme en todo el proceso de convertirme en escritora, por ser el rostro de la portada y por dejarme contar su historia, luchando contra dos enfermedades que, por muy duras que sean, no le hacen perder la sonrisa.

Gracias de corazón.
Ania Zaera